Nietzsche

Mi hermana y yo



Este libro, hasta ahora desconocido para muchos de los lectores de Nietzsche, fue terminado por el autor estando recluido en un asilo de Jena, y amargado por las intrigas de sus familiares más cercanos, empeñados en impedir la publicación de «Ecce Homo» en vida del filósofo.

El destino del manuscrito de «Mi hermana y yo» —que sólo fue conocido y publicado bastantes años después de su muerte—, confinado primero a un compañero de asilo que iba a ser dado de alta, constituye una triste aventura a través de la incomprensión y la estupidez humanas, y supone, sobre todo, un documento excepcional en el que Nietzsche cuestiona su vida entera.



Friedrich Nietzsche

Mi hermana y yo

ePub r1.2
Moro 19.07.17

Título original: *My sister and I*
Friedrich Nietzsche, 1951
Traducción: Bella M. Albelia

Editor digital: Moro
ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

1

Anoche tuve un sueño. ¿O debiera decir una pesadilla? Una pesadilla es algo que se eleva del subconsciente al consciente, plagado de sobresaltos y desazón, para castigar o asustarnos. Pero lo que me sucedió anoche fue un presentimiento frenético de felicidad. Si pienso en ello como en una pesadilla es porque, contrariamente a los sueños comunes, que se elevan y desaparecen en las sombras, éste era profundo y claro, y permanece todavía conmigo en lugar de desvanecerse.

Me pareció que la última ciudadela del enemigo había caído. Mi madre —a quien cada día he odiado más intensamente desde mi niñez— estaba muerta. La vi con mis propios ojos encerrada en un cofre de madera, que fue arrojado dentro de un hueco en la tierra y cubierto con cal. Me encontraba en el cementerio, con un grupo de gente sombría y sollozante, ninguno de cuyos rostros vi claramente, excepto el de Elisabeth, que se mantenía a su lado. ¿Se habría originado en la malevolente visita que las dos me hicieron ayer?

El sueño se desplazó desde el cementerio hasta el carruaje que nos trasladó, a mi hermana y a mí, hasta la casa (me pregunto en qué lugar estaba situado ese hogar). No cambiamos una palabra durante el largo y ruidoso viaje. Nos sentamos el uno contra el otro y dejamos que los vacíos, amargos e inútiles años, arruinados por esa tirana presencia, se fundieran con sus elementos químicos. Sentí lo mismo que debe experimentar la tierra cuando el hielo del invierno da lugar al nuevo brote de flora y vegetación. Mi corazón sufrió por anticipado.

El mismo fervor debe haberse originado también en Elisabeth. Imaginé esto, como siempre lo hago en sueños, con un torrente emocional no dirigido tan claramente como en la vida, pero no por eso menos real. En un momento dado eché una mirada furtiva a su frío y hermoso rostro, y descubrí en su boca una débil sonrisa, que se elevaba vivamente hacia sus magníficos y luminosos ojos. Si no hubiese sido por la presencia del conductor (velado como la gente en el funeral) tal vez hubiera tratado de besarla.

Si se puede transmitir un pensamiento de una persona a otra con palabras concebidas y asociadas pero no manifestadas, ésa constituía mi primera comunicación a Elisabeth, al volver a la casa del sueño *(tan extrañamente familiar para mí, tal como la recuerdo): Hay tres camas en esta casa, y dos de ellas permanecerán desocupadas durante todo el tiempo en que pueda influirte…*

Este pensamiento nunca se le hubiera ocurrido a Elisabeth. En caso de sugerírselo, ciertamente habría reaccionado en forma violenta y desfavorable. El

mundo de mi hermana es el de luces y sombras dispersas, las luces de sus verdaderas pasiones y las sombras de las ideas falsas con las cuales el mundo la ha hechizado. No se puede esperar, bajo ninguna circunstancia, que actué tan definitiva e imperiosamente como lo hago yo. Pero la semilla del pensamiento puede sembrarse en su mente. Con un hermano enfermo, tan necesitado de cariño y simpatía, ¿quién puede predecir lo que pueda suceder?

Por todo lo que ha pasado entre nosotros (directamente en nuestros años de infancia, y directa e indirectamente luego) no es, ni hermana ni ninguna de las otras cosas —consejera y sostén espiritual— como hubiera querido que yo y el mundo pensara que era. Para mí, Elisabeth es primeramente una mujer, el soleado y caluroso puerto hacia el cual gravita toda mi vida.

2

El cementerio estaba tan luminoso y agradable que brilla poderosamente en mi sueño. Cementerios —esos palacios sin techo, de pobres y ricos por igual, que sólo visitamos cuando estamos obligados, y nunca nos desagradan o desengañan— son realmente las habitaciones más duraderas y acogedoras que construimos para nosotros. Invierno o verano nos saludan con sinceros brazos abiertos: *Bienvenido, viejo amigo. ¿Así que has venido a ver el lugar de tu última morada?*

¿Has notado alguna vez las pequeñas piedras redondas detrás de las tumbas cuadradas y grandes? No se lo digas a nadie, pero son en realidad las bolitas con las que juegan los ocupantes de las tumbas durante las tediosas horas de ronda que deben pasar entre los vivientes, cuando cae la noche y los horrendos y cansados celadores se retiran a comer sus potajes o a dormir en sus húmedos lechos.

Sigo pensando en esa gente fatua que desafió al ángel Gabriel, dando instrucciones a sus herederos de que quemaran sus restos y esparcieran las cenizas de su carne y huesos a los cuatro vientos. La inmortalidad personal es una suposición suficientemente ilógica y descabellada para seguirla. ¿Pero no es más razonable batallarla tanto, y con maniobras tan violentas?

Un viento se levantó en mi sueño y sopló a través de las calles de su *terra incognita* mientras el carruaje nos alejaba del cementerio. Lo oía atentamente mientras su ruido se elevaba sobre el débil chirrido de las ruedas del carruaje. Parecía que nos perseguía, a Elisabeth y a mí, tratando de decirnos algo. ¿Se trataría del mismo vientecillo que ahogó finalmente la voz del oficiante cuando pronunció un vacío discurso sobre la virtud y misericordia de mi madre?

Le hablé en un murmullo para que Elisabeth no me oyera: *¿Es algo que dejé en el cementerio que debía haberme llevado, vientecillo? ¿Pero qué puede ser? No ciertamente esperanza, o fuerza, o ambición, o deseo —menos que todo, deseo—,*

pues todo lo que deseo está conmigo, sentada a mi lado, abrigada contra mí como sólo el amor puede abrigar. Fémina personificada.

3

La causa de mi cólera de ayer por la tarde fue la inesperada sugestión de mi hermana, de que lo mejor para mí sería dejar este horrible lugar e ir a vivir con ella al Paraguay. (Esto fue sólo unos días antes de su retorno a ese país para arreglar sus asuntos).

Yo pensaba que no te gustaba Paraguay, le recordé.

No para mí, admitió.

Entonces, ¿por qué para mí?

Para ti significaría la resurrección.

¿Cómo Jesús?

Se encogió de hombros. *Ya empiezas a proferir sacrilegios. ¿No sabes el efecto que esta clase de cosas le produce a mamá?*

No la mata. Y si lo hiciera, sé que no tardaría mucho en volver a molestarme con este asunto, y tú también.

No eres tú el desagradable con nosotros, sino tu enfermedad.

¡Oh, querida enfermedad! Pero no consideraré la posibilidad de ir al Paraguay, de modo que pongamos punto final a eso. En primer lugar, es demasiado lejos, sólo el viaje me mataría si vuestra compañía no lo hizo ya. En segundo lugar, probablemente tu difunto marido ha contaminado en tal forma el Paraguay con su plaga antisemita que debe ser un lugar tan malo para vivir como Alemania.

Peor, podría haberle dicho. El antisemitismo, en un lugar donde ocasionalmente se puede echar una mirada a un rostro genuinamente judío, es una cosa. Pero debe ser imposible respirar donde hay sólo vacíos rostros cristianos que saludan.

Por su exagerado antisemitismo, deduzco que no debe haber suficientes cosas en Paraguay para odiar y hacer soportables las miserias comunes de la vida. Sin duda, el lugar para la persona que odia es Alemania. En primer término está el Káiser; se podría emplear una buena parte de la vida detestándolo a él solo. Luego está Bismarck, como fuente de aborrecimiento, tesoro solamente comparable a su amo. Y al tratar de pensar en forma impersonal, como lo estoy haciendo, olvidando al amo y al siervo, la mirada de cualquier buen ciudadano alemán en la calle debe hacer recordar suficientemente a todo ser sensible que lo que hace superior a una persona, aun ante el Hacedor mismo, es la capacidad de odiar con todo su corazón las cosas que le van enseñado cuando niño a respetar y honrar.

4

Entre las cosas que me trajeron ayer había una carta de Augusto Strindberg, y fue sólo discutiendo con ellos que me permitieron finalmente retenerla. Hela aquí:

He estado pensando en usted durante tres días. Le escribo con la esperanza de que, haciéndolo, desterraré por fin su imagen de mi mente, con el objeto de poder dedicarme a asuntos más agradables a mis ojos, y provechosos para mi alma.

El desgraciado asunto comenzó al encontrar una fotografía suya al pie de la página cuatro de mi periódico matinal. Algo significa salir en letras de molde, supongo. Pero ¿no debiéramos ser más cuidadosos de los medios que se utilizan para lograrlo?

¡Qué fotografía! ¿Realmente parece eso? ¿El Mefisto de un espectáculo de Fausto de tercera clase?

Cuando haya olvidado esa horrible imagen suya le escribiré nuevamente.

A Strindberg le gusta atormentar. Creo que está celoso de mí porque Brandes me presta mucha más atención que a él. Por otra parte, es un atormentador nato. Me atormenta a mí y al mundo, pero sobre todo se atormenta a sí mismo.

5

Tengo sólo una huidiza imagen de mi padre. Recuerdo que era alto, con unos ojos pardos y cálidos que parecían deleitarse con todo lo que veían. Con respecto a mis viejas tías que rebosaban nuestra casa, su conducta era dolorosamente respetuosa. Su forma de conducirse con mi madre sólo puede describirse como idolatría. ¿Era esta solicitud exagerada de mi padre hacia la personificación de la cavidad profunda de mi origen la responsable del abismal odio que sentí tempranamente por ella?

6

Los ojos de mi hermana Elisabeth seguían a mi padre tan devotamente como los de mi padre lo hacían con la lenta y aprensiva figura de mi madre. Una vez me explicó, en un murmullo, que papá no tomaba un bocado de comida o una gota de agua hasta que no estaba completamente seguro de que todo le iba bien a mi madre y a las demás mujeres de la casa. Siempre pensé en esto, especialmente en cuanto puede haber influido en mi propia vida.

7

Sucedió por primera vez entre Elisabeth y yo, la noche en que nuestro hermano menor, Joseph, murió, aunque no teníamos idea de que estuviera moribundo, cuando se deslizó en mi lecho, quejándose de que hacía frío, porque sabía que yo estaba siempre templado. En realidad, eso no era verdad. Aun en esos lejanos días, sufría de escalofríos que me atacaban en los momentos más diversos e inesperados. Y esa noche me sentía especialmente destemplado… Toda la tarde, el pequeño Joseph había alborotado la casa con sus gritos y suspiros de agonía… De improviso, sentí las cálidas manecillas de Elisabeth en las mías, su susurrante vocecita en mi oído, y comencé a sentirme acalorado por doquier.

8

Nunca traté de presenciar uno de los conciertos dirigidos por papá. Cuando tocaba en la casa siempre asistíamos con la respiración contenida, como sólo sucede en las grandes ceremonias religiosas. Aprendí a leer y escribir directamente con él. Creo que también debido a él adquirí mi desesperada devoción por la música. Dios me asista.

9

Después de mi padre, mi abuela materna fue el elemento que rigió mi ahogada niñez. Ella organizó nuestra mudanza a Naumburg-an-der-Saale, que fue su hogar al casarse. Algunas de las más importantes personalidades del pueblo hacían cuestión de honor el visitarla, mientras mi madre se relegaba más y más a un plano secundario. La única vez que a mi abuela la superaron en jerarquía fue cuando el abuelo Oehler me transfirió de una escuela pública a una privada. «A un escolar nato como este muchacho se le deben proporcionar los mejores medios para instruirse», refunfuñó cautelosa y benévolamente.

10

El libro de mi infancia fue la Biblia. Leía y pensaba seriamente en él, antes de que pudiera apreciar cualquier otro. Debía leerlo, por supuesto, pero no recuerdo haberlo hecho nunca con resentimiento. Mi adhesión estricta a él y a todas las ceremonias religiosas que se sucedían me valieron el título de *pequeño pastor* entre los niños del vecindario. Como nuestro pastor era tenido en muy alta consideración por todos los miembros de la familia, tardé en darme cuenta que dicho título no me lo otorgaban con espíritu de alabanza.

11

Amaba y vituperaba al mismo tiempo ese cálido bienestar que Elisabeth me traía en esas inesperadas horas de la noche. Generalmente me encontraba en medio de un profundo sueño, cuando entraba en mi cama, y pese a las agudas sensaciones que experimentaba por los menesteres de sus deditos regordetes, ello suponía el quedar despierto durante horas y horas. Además, aunque mi naturaleza consciente ignoraba completamente lo que estaba sucediendo, he debido sentir que mi hermana traía a mi vida, como hechos consumados, sensaciones cuyo verdadero valor para un niño estriba en ir descubriéndolas en las experiencias del crecimiento. Me estaba regalando triunfos que yo debía alcanzar por derecho, sólo mediante mis propios esfuerzos en un mundo mucho más restringido.

12

Sólo en las ocasiones que visitábamos a nuestros abuelos Oehler en Pobles, en época de vacaciones, me liberaba completamente de las asechanzas de Elisabeth, pues estábamos obligados a pasar las noches en cuartos separados y en partes diferentes de la casa. Esas vacaciones nunca fueron suficientemente largas para mí…

13

Hay gente —la mayor parte ateos profesionales— que atribuyen el origen de su escepticismo religioso al hecho de haber sido criados en hogares sobrecargados de dogma religioso. Para mí fue completamente diferente. Cualquiera fuese el celo religioso que ocupara mi hogar —y nunca estuvo ausente de él—, lo aceptaba con la

misma naturalidad con que se acepta el aire que ha de respirarse para poder vivir. Dios podría haber sido un miembro de nuestra familia, tan distante como el abuelo Oehler, aunque no tan festivo.

14

Comencé a escribir versos cuando tenía diez años. Tendría escrito un centenar, como mínimo, cuando llegué a los doce. Elisabeth me mostró algunos una semana antes de partir con Foerster al Paraguay. Con sólo echarles una mirada, me pareció increíble haber sido en un tiempo tan vago y trivial. Si hubieran estado a mi alcance los habría destruido. Pero Elisabeth volvió a colocarlos disimuladamente en su baúl. *Son míos*, dijo. *¿No recuerdas? Los escribiste para mí. Es todo lo que me resta de tu amor*. Ésa era otra forma de reprocharme la amistad con Lou Salomé, que nunca perdonó.

15

Solía combatir los impulsos emocionales de Elisabeth hacia mí, tratando de interesarla en literatura, música, filosofía y conversación en general. La conversación, considerada como discurso entre dos personas, es inevitablemente imposible de alcanzar por ninguna mujer. En cuanto a los otros asuntos, que hoy día discute con tanta autoridad, no podía interesarla en ellos. A fe mía, no descubro quién la convirtió finalmente, o por qué, o cómo.

16

La primera defunción en la familia que dejó una definitiva impresión en mí fue la de mi padre; la segunda, la de mi hermano Joseph, que sólo tenía dos años y casi se puede decir que no vivió; la tercera y cuarta, las muertes de mi tía Augusta y de abuela Nietzsche. Mi madre comenzó a afirmarse cuando sólo quedaba, de la generación anterior, la pobre tía Rosalía, y fue entonces cuando supe con certeza que la odiaba.

También en esa época, mis ojos empezaron a dolerme manifiestamente, y adquirí la costumbre de acariciármelos de continuo con los dedos. Sufría violentos dolores de cabeza, de los que derivó la sensación de desafío que me imponía la vida. Comencé a

llevar un diario como éste, sólo que no lo necesité tanto.

17

Nunca tuve sarampión. Me atacaron las paperas y por poco pierdo la vida a consecuencia de una escarlatina. El wagnerianismo, del que me contaminé a los diecisiete años, es una peste de la que nunca me curé realmente.

18

De acuerdo con mis puntos de vista actuales, los dos grandes acontecimientos de mi niñez fueron mi pérdida de fe en la religión y la primera sospecha de que el centenar de poemas que había escrito no pertenecían al grupo de los inmortales. No podría decir cuál labró el mayor estrago en mi vida. Mi fe religiosa no fue nunca reemplazada por ninguna otra digna de mencionar. Y con respecto a la convicción de la importancia de mi destino, he asumido una gran cantidad de posturas y simulaciones…

19

Tenía diecinueve años cuando me embriagué por primera vez. Y aun entonces lo malogré, escribiéndole una carta a mi madre, en la que sostenía que no dejara que se expandiera la noticia. Tan fuerte era el lazo que me unía a sus faldas.

20

Todo esto es magnífico y noble, pero lo que realmente deseo es una mujer, cualquiera de ellas.

21

Cuando pienso en mujeres, lo primero que imagino es su cabellera. La idea principal de femineidad es una tempestad de pelo —pelo negro, rojo, castaño, dorado— y siempre con una apasionada boquita en algún lugar tras el espejismo de la belleza.

22

¡Oh, cuántas terribles y magníficas cosas perdí por tu culpa, mi oscura princesa! Has dejado mi boca tan seca como un esqueleto en el desierto. El cielo te ayude si nuestro destino ha de unirse en el mismo círculo del infierno.

23

Adelántanse los pies espontáneamente. Ciérranse los dedos en los puños. Levántanse las manos y caen como pistones de una máquina. Yo ni ante el más violento deseo me levanto. Me veo yacer, como otro apéndice vermiforme, entre mis muslos. ¿Cuánto deberá herir el amor para causar una hemorragia?

24

Tengo manos y pies pequeños como los de una mujer. ¿Habré sido concebido para ser mujer? ¿Soy una frustración del intento de mi Creador?

25

El hombre a quien confío estas notas en la esperanza de que podrá llevarlas a un editor, sin la intervención de mi hermana o de mi madre, está terriblemente resfriado. No me atrevo a acercármele, no sea que después de esto vigilen más mis movimientos. Espero que se reponga. Entre estornudo y tos parece estar listo en cualquier momento para entregar el alma.

26

La gente pelea por muchos motivos y pasiones, pero la única vez que peleé con un arma letal y derramé sangre fue con un amigo. Después de toda la tinta que utilicé en dicho tema, no sé realmente qué quiero decir con «una buena pelea». Quizás si la gente peleara con violines en lugar de espadas y esgrimiera pianos contra el prójimo en lugar de obuses…

27

Esta mañana un pájaro voló cerca de la ventana frente a la cual estaba sentado escribiendo estas notas. Era un pájaro castaño con el pecho azul y las alas castañoblancuzcas. Deslizábanse con un movimiento tan lento que hubiera podido ser Dios personificado que daba un paseo por el mundo y me observaba. Su más fiel súbdito. Según creo, Dios puede ser cualquier cosa en el mundo, el mismo mundo, o nada. Si Él constituye sólo el poderoso origen del cual fluyen todas las cosas, como un nuevo elemento químico que surge de una combinación premeditada de otros elementos, deja de importarme, y estoy seguro que ya no me interesa.

28

Me pregunto si hubiera odiado al cristianismo con tanto ardor y abandono si no me hubiera rendido tan completamente a sus halagos en los inocentes días de mi niñez.

29

Cuando mi presencia física no estaba tan alejada de Elisabeth como para que pudiera olvidarme, en la mayoría de las cosas éramos ella y yo contra el mundo. Pero siempre había en Elisabeth una tendencia a la paz y la comodidad, que es concomitante a la conformidad del *statu quo*. Apenas me alejaba del hogar, una cantidad de reproches surgían en ella, y en sus cartas. Con la aparición en escena del antisemita Foerster ni siquiera mi presencia la influía ya.

30

Una conversación de tres o más personas se convierte en una palestra de las cualidades personales, aunque rara vez determina nada más importante que cuál de los participantes tiene la voz más estridente. Una conversación entre dos personas constituye dos monólogos con series de interrupciones más o menos pacientes.

31

Mamá vino a verme hoy para decirme que Elisabeth ha arreglado sus asuntos en Paraguay[1], y vuelve a Alemania para quedarse con nosotros definitivamente. Durante unas semanas me permití el lujo de despreocuparme de su presencia en parte alguna. Mamá me asegura nuevamente que jamás hubiera enfermado si Elisabeth hubiese estado aquí, en lugar de ayudar a su loco marido en América del Sur a sembrar semillas de odio a través del Atlántico sur. No tengo nada que decirle sobre esto. Podría contestarle que quizás no hubiera necesitado ayuda alguna si no fuera por la interferencia inicial de Elisabeth en mi vida. Si hiciera eso, debía hacerle saber también la verdadera situación de las relaciones entre sus hijos, y entonces, casi inmediatamente, nos hubieran confinado a los dos en lugar de uno solo.

32

Si hubiera cedido a las llamadas de mi naturaleza primaria que en todo hombre clama por paz en el *statu quo*, hubiera podido ser tanto músico como teólogo. Sin duda, habría llegado a ser una gran mediocridad en cualquiera de los casos. Mi elección final, la de convertirme en filósofo, fue realmente un acto de profunda cobardía. En primer lugar, tenía miedo de jamás alcanzar la grandeza de un Wagner; y, en segundo lugar, no admitía ser el segundo violín de nadie, ni siquiera de Dios.

33

Haced la prueba; puedo recordar a casi todos mis primeros maestros de música y a ninguno de los que me enseñaron literatura por vez primera. ¿Esto significa que es

más fácil enseñar música o que los oídos son más agradecidos que los ojos?

34

Me sentí como un fugitivo cuando abandoné Bonn. No lo comprendí entonces. No era un fugitivo de Bonn, sino de la vida.

35

Todavía estoy huyendo. ¿De quién, de qué estoy huyendo ahora? Creí haber despejado todas las dudas cuando terminé de escribir *Ecce Homo*. ¿Cuál es la razón extraordinaria por la cual está tan mal visto por mi familia y se impide su publicación? No hay nada en *Ecce Homo* que no haya dicho por lo menos una vez en mis otros libros. Únicamente que en *Ecce Homo* me encuentro muy aplomado y puedo definir todo más aguda y claramente.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Como en *Hamlet* y *Ricardo II*, Shakespeare centraliza generalmente sus obras en un hombre irresoluto. Sus débiles caracteres son más reales en razón de ser humanos, ya que la flaqueza moral y espiritual es el precio que debemos pagar por ser mortales.

En mis escritos me he dotado con las cualidades más exquisitas, incluso el estoicismo de Prometeo. He gritado con el héroe de Shakespeare: *¡Eleva tu joven sangre, sé valiente y ama!* Pero el peso de la conciencia, unido al peso muerto de la edad y a mis crujientes huesos, me aplastaron finalmente y paralizaron el «valor» que ya no me asalta más. Soy un miserable gusano. Ningún acontecimiento me interesa, excepto el de mi muerte próxima.

¿Me anulará una oleada de pensamiento democrático o un nuevo cesarismo me colocará entre los grandes apóstoles de la fuerza y la violencia, como Bismarck y Treitzschke? Lo que más me preocupa ahora, extraño es, son las reacciones que tendrá la gente con respecto a las revelaciones de mis relaciones con mi madre, mi hermana y Lou Salomé[2]. Hay algunas cosas que no pueden revelarse sin exponerse al Santo de los Santos a los ojos profanos de la plebe. De este modo, muchos de mis amigos me reñirán y me acusarán de arrastrar a mi madre, hermana y amante a la fosa que he cavado para mí y donde yazgo inerte, imposibilitado de ascender nuevamente a la vida.

Algunos críticos me acusarán en la misma forma que condenaron a Galileo por insistir que la tierra giraba, infligiendo así una herida mortal a la Iglesia, la cual, ellos creían, sólo podía sobrevivir en un universo estáticamente centrado en la tierra, con el cielo arriba y el infierno abajo. Es importante, argüirán, preservar la santidad de algunas convenciones que enmascaran nuestro temor de la «bestia». Pero en mi filosofía, me he atrevido a rasgar todas las máscaras, toda simulación de la mente del «hombre», y hacerlo trotar en el escenario de la vida en su desnudo e impúdico esqueleto. Lo que me he atrevido a hacer con «todos los hombres», ¿evitaré hacerlo yo mismo? ¿Deberé descender enmascarado a la tumba, cobarde mortal e intelectual, yo, que he predicado el deber hacia la «verdad» por sobre todos los deberes?

Mi cielo se ha manchado en mis relaciones con cuatro mujeres, y mientras agonizo, las electrizadas nubes se agrupan alrededor de mí y de estas oscuras y fraguadas notas que garrapateo con dedos doloridos y paralizados. La tormenta pronto estallará, y mi cielo, murciélago alado como las despreciables cosas que fluyen de mi mente, estará pronto fresco y claro como una pradera después que una lluvia de montaña cae sobre ella. Cuando estas notas se publiquen, la tormenta habrá

refrescado el panorama de los recuerdos, y calmada estará la sed de mis huesos polvorientos.

La muerte no me dará la victoria sobre la vida, pero mi confesión me dará cierta inmortalidad, pues me atreví a rasgar el velo del Santo de los Santos, y mostrará el espíritu desnudo con todas sus llagas pútridas. Al elevarme del sueño de la vida no estoy en condiciones de desafiar la realidad de la condena desde el otro lado de la tumba.

Il descend, réveillé, l'autre côte du rêve[3].

Mi principal tarea desde ahora hasta el día de mi muerte será evitar que estas notas caigan en manos de mi hermana, que ejemplifica debidamente el dicho de Mateo: *Por sus frutos los conoceremos*. Por temer la tentación, ha sido tentada más allá de lo que es común en el género humano, y me ha arrastrado irresistiblemente hacia sus incestuosas entrañas. Pero invito al lector a recordar la parábola de las cizañas: si se recogen las malas hierbas de nuestro ser, se corre el riesgo de extirpar también el trigo. A pesar de sus inclinaciones incestuosas, Elisabeth ha sido para mí un padre y una madre. Sin su estricta disciplina, mi genio se habría anulado en mi temprana juventud cuando me di cuenta por vez primera que Dios estaba muerto y que estamos atrapados en el «vacío» de un torbellino, un caos de vida sin sentido.

Cuando no estoy enojado con ella, veo una gran cantidad de trigo dorado y brillante en la naturaleza de Lama[4]. Si las cizañas aparecen desagradables al lector, es necesario recordarle que no constituyen la personalidad total, sino sólo la parte que no ha sido revelada jamás a los ojos del hombre. Pero los ojos de «la eternidad» las han visto antes, y mientras me muevo rápidamente desde el tiempo ponderable al tiempo infinito y la riño duramente, es porque en mi actual estado de desesperación tengo más conciencia de los defectos de Lama que de sus virtudes.

Los espíritus se elevan hacia las estrellas, los impetuosos espíritus que han sido destinados al infierno, atrapados en el vómito del deseo incestuoso. Elisabeth es el *diablo honesto* de Hugo que ha encontrado *un Dios descortés*, pero aun el diablo puede desplegar alas, pues todos hemos sido habitantes del cielo alguna vez. Ella sobrevivirá al fango de estas notas que he salpicado en la necesidad de lavar mi espíritu y sentirme limpio, ¡una extraña paradoja de la psiquis!…

¡Si tan sólo pudiera expresarme en una forma delicada con el fin de derribar un ídolo sin destrozar o manchar su hermosa superficie! Pero yo soy *el filósofo con el martillo*, un enemigo jurado de todos los cultos de idolatría, aun el antiguo culto chino de venerar a la familia. ¡No hay nada sagrado para mí, ni siquiera mi propia madre y mi hermana!…

La suerte está echada. He tomado la fortaleza de mi ser más íntimo. Los cadáveres están tendidos al costado del roto cañón y las hojas muertas caen de los

árboles al fin, al fin…

2

He sido un rebelde contra el universo, y el universo ha cumplido su venganza sobre mí. La opinión de Tolstói de que el «amor» está en el corazón del cosmos, siempre provocó en mí la risa más incontenible. Ahora, yo provoco risa.

Como Ulises, he tapado mis oídos con cera, me he atado al mástil de mi barco y he salido a navegar para encontrar las «sirenas». Pero no con cantos de amor perturbaron las «sirenas» mis oídos; mi cera y mis cadenas fueron impotentes contra sus astucias. Tenían un arma más poderosa que el canto para sacarme de mi celda monástica hacia el delirio del amor frustrado: en lugar de canto me anegaron con silencio, la tormenta del escarnio sin voz.

He sido como un zorro astuto en mi impostura, pero Lou Salomé y las otras sirenas me desenmascararon: se adhirieron a sus peligrosas rocas y mi cabeza se ha estrellado contra ellas. La dorada radiación que desciende de sus cabellos pesa fuertemente sobre mí como la tapa de un ataúd. No puedo ya amar y, por lo tanto, no puedo vivir como un bosque petrificado cuyas ramas grises se desmoronan en polvo. Todo lo que temo son los ojos malvados de Lama, pues ella debe sospechar que, si llega la oportunidad y la fuerza para evadirla, trataré en alguna forma de desviar mi lenta agonía en una victoria sobre la muerte. ¿Qué mejor forma de revelarle mi colapso interior que por medio de estas apresuradas notas?

Ayer me sorprendió mientras agonizaba en mi mundo de pesadilla y trató de levantarme el ánimo mediante un informe favorable de los médicos. Me ayudó a sentarme frente al sol mientras revolvía los cajones de mi cuarto con la esperanza de encontrar mi diario. Pero anticipándome a su deseo de que mis confesiones no llegaran al público, decidí confiar estas notas a un vecino, un pequeño y rústico comerciante, que todavía piensa que poseo una inteligencia superior y se dirige a mí llamándome *Herr Profesor*[5], como mis camaradas de hospedaje en Turín.

El gran final del arte es sacudir la imaginación con la fuerza de un alma que no admite la derrota aun en medio de un mundo que se derrumba. Hasta ahora mi trabajo ha sido artístico a causa de mi oposición a vociferar contra mi propio destino. Pero ahora bramo como un toro herido que está atormentado más allá de su capacidad para sufrir. He llegado a ser sinónimo de fortaleza estoica y de indiferencia, y Lama teme de mí tal revelación.

Me han quebrantado en las ruedas de la fatalidad; estoy agonizando, pero mi querida hermana ya me considera muerto y solamente ansia salvarme para el futuro imperecedero y la inmortalidad física de que habló Spinoza. Goza ya mi inmortalidad, pues vienen aquí hombres famosos a presentar sus respetos y traer

flores de adulación a mi prematura tumba. Ella les repite mi *Canto de los Sepulcros*[6]: *¡Salve, voluntad mía! Y sólo donde hay sepulcros hay resurrecciones*.

Le sonrío con aprobación, pero mi voluntad de afirmar la vida por encima de todos los colores se ha secado como agua en un pozo vacuo. Me ahogo en el sofocante vacío de la vejez, sin amor, sin vida, sin el canto de las «sirenas» que me devuelva a mi ser vital, coronado una vez con la verde guirnalda de la gloria. ¡Oh, pájaros cantores de mis esperanzas! ¿Dónde estáis? Vuestras gargantas están quebradas y vuestra sangre hierve sobre las secas arenas del desierto. Y las «sirenas» están mudas y enterradas en el Gran Silencio del Abismo. Le he pedido a la vida que deje su estampa en mi desgarrada imagen: la vida es total y completa, sólo que estoy destrozado y listo para convertirme en un montón de polvo. El divino Nietzsche no es siquiera humano o subhumano, es simplemente un angustioso grito incorpóreo en el caos de alaridos de nuestros días. Una vez en la montaña de Portofino, la divinidad descendió sobre mí y escribí el *quinto evangelio* de Zaratustra. Ahora no puedo siquiera buscar amparo en mi condición de humano o de bruto; mi cuerpo está paralizado, mi cerebro se transforma en roca, y las personas que sostendrán mi paño mortuorio discuten mi grandeza en presencia mía, como si ya estuviera envuelto en la mortaja.

El sol está en su cenit. Es mediodía en Weimar, y Elisabeth sirve el té en el jardín a algunos extranjeros distinguidos que han venido desde el Brasil —¿o el Perú?— para verme en carne y hueso. Como una momia egipcia que en alguna forma ha olvidado de morir completamente, soy el espectador de mi propia muerte, y siento que mis ojos se transforman en polvo.

¡Oh, amor, amor, vuelve a mí, tráeme la vida en tus restañantes alas!… Ariadna[7], ¡os amo! ¡Os amo, Ariadna! Sólo mi mujer, Cósima, puede llevarme nuevamente al amor del mundo donde Dionisio y Jesús se encuentran en el seno de la Eterna Mujer, el Eterno *deleite!*

3

Los mismos problemas que Molière ridiculizó con objeto de evitar el llanto, Augier los encaró con solemne énfasis, como correspondía a su musa burguesa. Cuando hace decir a su heroína[8]: *Tengo el corazón de mi madre*, da énfasis al impacto de la herencia que es tan implacable como el *ananké* de la antigüedad que persigue al héroe trágico hacia su condena.

Tengo el corazón de mi madre: su hipócrita virtud me ligó con vínculos de acero toda su vida y sólo podría liberarme de ellos tratando de alcanzar un imposible, la continuación de la desesperada relación amorosa con mi hermana, presa también en

las garras del falso pudor de mi madre. Nos atrevimos a llegar a extremos violentos porque no nos animamos a alimentar esperanzas de una relación sexual normal, pues mi madre, con sus ojos de Medusa, petrificaba nuestras emociones. Ésta es la paradoja de mi existencia: he amado la vida apasionadamente, pero nunca me atreví a encauzar este amor en la dirección de una experiencia erótica normal.

El exceso de pudor de mi madre envenenó el manantial de mi existencia. Como perdí a mi padre en mi primera infancia, las aguas de mi vida permanecieron contaminadas, por falta de los elementos químicos necesarios para purificar la fuente de mi ser. Desde entonces me ha encolerizado interiormente la debilidad y el pudor de las mujeres, y cuando Lou Salomé me asaltó con el total impacto de su naturaleza erótica, me rendí a ella con una sensación de infinito desahogo y deleite.

Pero ¡ay!, como la heroína de Augier, *tengo el corazón de mi madre*. Puso en sus entrañas el ideal ascético de Cristo para escapar a la tortura de la carne, y aunque traté de construir un nuevo cielo en el cuerpo de mi amada, el Dios de mi madre cubrió mi paraíso con los sueños de la propia conciencia acusadora, de modo que lo convirtió en infierno, y como Adán, fui expulsado de mi primer Edén. En lugar de transfiguración, sufrí la crucifixión, y mi *Zaratustra el Ateo* fue simplemente Nietzsche-Jesús que afirmaba la «vida» en la cruz, aunque con un secreto terror de la existencia.

Nunca quise mi orgullosa soledad: he deseado ansiosamente el amor apasionado de una mujer que pudiera redimirme del terror de un mundo que ha sido testigo de la muerte de Dios. Como le escribí a Elisabeth: *Un hombre profundo debe tener amigos, si es que no tiene un Dios. ¡Pero yo ni tengo Dios, ni un solo amigo!* Con la tempestad llamada amor, Lou Salomé barrió todas las nubes, todas las oscuras nubes que ocultan al viudo de Dios del sol de la camaradería y la comunión. Ahora las nubes han vuelto, el mar rompe nuevamente sobre la playa y me hunde en el marasmo de la soledad, mientras las campanas de la aniquilación braman en mis oídos.

Una vez le puse música a mi trágico *Himno a la Vida*, para hacer eco a las resonantes armonías de Wagner, que me condujo a través de las oscuras callejuelas del ascetismo cristiano, a la creencia de que el sufrimiento eterno es el precio que el hombre paga por la causa de la verdad eterna. Éste es simplemente el consejo de la desesperación: a medida que las olas de la muerte se agrupan a mi alrededor, grito más que nunca contra la hipocresía del amor, la cual constituye el látigo de la sociedad moderna que me destruyó mediante la torpe castidad de mi madre.

Esas virtudes, necesarias para legitimar los placeres de la carne, pueden existir, porque la austeridad de los santos pilares no es piedad sino patología. Lou Salomé era recatada en el verdadero sentido de la palabra, pues estableció límites a nuestra pasión y nunca permitió variaciones que sobrepasaran la línea de nuestro mutuo goce. Nunca nos aburrimos el uno del otro, ya que siempre guardaba una reserva de voluptuosidad, un depósito de femenino misterio que la convertía, como Dios, en una

fuente de infinito deleite. ¡Oh, Lou, mi paraíso perdido, no hay retorno al Edén, a la gloria que fue y no existe más! Como las gigantescas sombras que nos arrastran en la noche, los besos de nuestra amada desaparecen súbitamente en la oscuridad, sin dejar ni una luz de sus dorados arrobamientos, ni un rayo de luz de luna que dulcifique los agudos aguijones de la profunda desesperación…

Los vientos amainan, todo está en calma, pero una loca tormenta brama en el corazón, pues la hora de la muerte ha llegado. ¡Oh, paz de los hombres y los lugares! ¡Oh, cavernas donde las almas pueden esconderse y encontrar tranquilo olvido! ¡Oh, dulce refugio de las montañas donde el «silencio» camina con pasos de terciopelo y los arroyos ondean sin un sonido a través del éxtasis de un verde tranquilo! ¿Por qué debe mi cabeza estallar con el rugido de mil mares, yo, que he amado la calma de las montañas y he caminado solo a través de millas en completo silencio?… ¡Oh, Lou, éste es mi castigo! He obstruido el amor para dar paso a la muerte, y su fantasma me hunde en el movimiento furioso de sus aguas…

4

Me cansé paulatinamente del mundo del cual recibí sólo engaños. Apenas tuve el precioso regalo del amor como solaz, me fue arrebatado por las «vandálicas» manos de mi celosa hermana. Igual que el guardián cuida las torres purpúreas de una ciudad, así hizo guardia sobre las purpúreas torres de nuestra pasión incestuosa.

El amor de una mujer es en verdad un bálsamo para el alma herida, pero el incesto es un jardín cerrado, una fuente sellada, donde las aguas de la vida se secan y las flores recién abiertas se marchitan con sólo tocarlas.

Así me retraigo interiormente en mi desesperación, y sólo recuerdo los besos culpables de aquella que cerró toda salida a la vida de amor, condenándome a un odio hacia Dios, hacia el hombre y hacia mí mismo que consume totalmente, y se agrupa a mi alrededor como un sueño sin forma, atrapándome en el terror de mí mismo; el miedo de un hombre que ha sido ensombrecido por el amor que él ha matado…

Amémonos los unos a los otros en unidad de pensamiento. Las palabras suenan en mi cerebro como una campana, una campana de anhelos que oscila en una torre de Tautenburg. Amémonos los unos a los otros… amémonos…

5

Nunca cesé de educarme a mí mismo, y aun al borde de la tumba, mientras persiste el

flujo de la transfiguración, mi juicio sobre la vida cambia con el tumulto de los acontecimientos circundantes. Se prepara mi mortaja y estoy a punto de reunirme con mis antepasados, pero mi cerebro todavía trabaja y agita las complejidades del pensamiento.

Mientras otros escritores se han ocupado sólo de describir los amores de la gente, yo he diferido para el final este insignificante tema. Ahora esta faz personal de la vida ha tomado total posesión de mí; ni el arte, ni la ciencia, ni la filosofía, sino el amor, ha usurpado el panorama de mi tambaleante existencia. No hay otra cosa para hablar sino del amor que nos elude y que buscamos apasionadamente como al hundido continente de la Atlántida sumergido bajo el océano del odio del mundo.

Concentrado en sí mismo, sombrío y solitario, mi cerebro cesó de alcanzar la vida del arte o de las ideas, y sólo corre implacable hacia el amparo de sus brazos, entre el rugido de los vientos y los furiosos lazos de la existencia.

¡Oh, Lou, deja que me rinda a mis instintos de pasión y gloria! ¡Ay, es demasiado tarde, demasiado tarde, tú te has ido y mañana ya estaré muerto!

6

Empiezo a cansarme de mi lasitud, sueño con un remoto futuro, y olvido que estoy atrapado en la muerte paralizante. Es una prerrogativa del hombre insano la de soñar que es un ser fatal, y que ha partido en dos la historia del mundo como pensaba que hice en *Ecce Homo*. El mundo no ha sido aniquilado, sino yo; la naturaleza rechaza las ideas, aun las más nobles, a favor de la simple existencia animal: la «vida» es su propia meta, y todos mis pensamientos son como una paja menuda en el viento del destino cósmico.

Despojado de mi último velo de ilusión —el poder de las ideas—, contemplo con terror el «vacío», pero todavía me aferró a la existencia, pues el solo hecho de vivir es lo único que me resta en el destrozado panorama del intelecto.

Todo razonamiento es una forma de propia decepción, pero no puedo examinarme en un estado de euforia e imagino que puedo encontrar felicidad en el reino de la muerte, hundido profundamente en el Nirvana. ¡Oh, estar vivo, vegetar estúpidamente, pero estar *vivo* todavía y sentir el calor del sol!

En ausencia de todo deseo queda todavía el deseo de vivir, aun cuando cada hálito es una agonía, y la muerte contiene la promesa de aliviar el dolor. La muerte está en nuestro poder, pero la vida nunca, y como la vida nos rechaza nos aferramos a ella con desesperada firmeza, como un niño que agarra una lámina de acero. Lucho por la vida ahora, como luché por ella en las entrañas de mi madre, con el mismo pánico ciego, ya que temo el solo pensamiento de la existencia, pero ansío todavía penetrar en la luz del día.

7

Como ya he escrito, ¿qué es más terrible que el último grito de don José?: *¡Sí, la he matado, mi Carmen, mi Carmen a quien adoraba!* Sí, he matado a mi Carmen con el puñal de mi megalomanía, la he destruido no porque rehusara amarme, sino porque he rehusado amar a Dios, o aun admitir Su existencia. Y la «negación» de Dios ha sido terrible para mí, como es terrible Él con todos los ateos que niegan el divino Amor del cual procede todo amor.

Ahora que yazgo agonizante mientras los árboles saludan a la primavera con su nuevo manto verde, sé que soy una hoja muerta que la brisa lleva y que el temporal cósmico no dejará ni una débil huella de mi demoníaco orgullo. Como de las generaciones desaparecidas, nada quedará de mí, mientras la naturaleza, con su orden imperecedero, se trasladará de la primavera al invierno y nuevamente a la primavera…

¡Oh, mi Dios Lou, tenías veinte años y eras hermosa, elocuente con el eterno lenguaje de las flores, y yo no te escuché! Dejé que el tizón de Lutero cayera sobre el jardín y marchitara cada pimpollo, cada dorado capullo. Mi padre tropezó contra su perrito mimado y murió de una enfermedad del cerebro, pero mi locura es mi propio castigo, y hubiera muerto porque sacudí un golpe al «amor», el que había en ti y el que había en mí. Yo no tropecé en la noche contra ningún peldaño. Me deslicé a través de mi propia locura… ¿O la intención de la naturaleza es atraer al hombre hacia la locura?

Verrá un giorno, dijo Goldoni, *che dei piccoli e dei grandi si faro nuovamente tutta una pasta*[9]. Ésa era la observación favorita del panadero italiano en Turín, a quien compraba el pan y roscas, y me encerraba en mi cuarto temeroso de mis compañeros de hospedaje que me alimentaban con Jean-Jacques Rousseau.

He luchado contra este concepto igualitario toda mi vida; he combatido desesperadamente para mantener el espacio social, *la sensación de distancia* entre mis inferiores y yo. Pero ¿quién es ahora, sobre esta tierra, inferior a mí? Mis miembros están paralizados, mi cerebro resquebrajado, y a esta gran mente mía, la más grande desde Aristóteles, la están amasando con la pasta de la imbecilidad.

Estoy preparado para Rousseau y Schiller; estoy listo para exclamar con el autor de Minna von Barnhelm: *Gleichheit ist allein das feste Band der Liebe*[10]. Cuando uno ha sido aplastado hasta el límite de la escoria, está preparado para aceptar la causa del albañal, de la igualdad, con todos los vulgares exponentes del pensamiento democrático. *¡Adelante con la Revolución!*

8

Si la «vida» nos ultraja, en cierto modo nosotros hemos ultrajado a la «verdad». Nuestros primeros errores yacen en nuestra espera y estamos emboscados para la ruina. Todas las generaciones luchan para convertir la verdad en una unidad, en la idea de Dios, «justicia», «amor» y «poder». Mi Dios era el «poder», y por mi impotencia me doy cuenta que he construido sobre cimientos de arena.

Jesús decía: *De este modo, todo aquel que escuche mis palabras y las siga, lo consideraré un hombre sabio que construyó su casa sobre una roca; las lluvias descendieron y las inundaciones llegaron y los vientos soplaron y acometieron contra esa casa; pero no sucumbió, pues tenía una roca por cimiento.*

Y todo aquel que escuche mis palabras, y no las siga, lo consideraré un insensato que construyó su casa sobre la arena; las lluvias descendieron y las inundaciones llegaron y los vientos soplaron y acometieron contra esa casa, y sucumbió: y grande fue su caída.

Mi casa se ha derrumbado, y grande fue su caída. El Anticristo yace en ruinas frente al indestructible pie de Cristo, calzado con el amor del mundo, el amor manifestado en hechos. ¡Oh vida, no te burles de mí! *¡Tú has vencido, Galileo, tú has vencido en el mismo corazón de tu mayor enemigo!*

¿Debo ocultar la victoria de Cristo a mi propia alma para perpetuar el mito del Anticristo, tema de mis futuros biógrafos? ¿No gritó Ajax: *¡Oh Zeus, alúmbranos, aunque nos aniquiles con la luz!*? He sido asesinado y vuelto a asesinar por la verdad, y si Cristo me ha derribado por un momento o para siempre, ¿debo negarle los laureles de la victoria?…

Creo qui absurdum[11]: creo el absurdo absoluto de Jesús, pero tampoco puedo ser salvado. No puedo rendir mi orgullo del intelecto hasta el último momento, ni mi convicción de que Jesús debe inclinarse frente a Nietzsche, aunque sea un montón de ruinas. ¡No más enemigos, no más odio, sólo un mundo abrazado en amor! ¡Ése no es reino para mí! ¡Debo tener relámpagos y truenos, y morir mientras el mundo se estrella en mis oídos!

Estoy asustado por sueños y aterrorizado con visiones; como la de Job, mi piel se quiebra y está desleída. Pero en todo este mundo deshecho no puedo asirme a ningún salvavidas a lo Swedenborg, como hace Strindberg. Sólo puedo hundirme, sin dejar huella en el violento alud de la existencia. Estoy perdido, irremediablemente y sin esperanza… Como Napoleón, muero en medio de una terrible tormenta; el panorama está quebrado, cada árbol despedazado, y nada de lo que alguna vez amé u odié puede sobrevivirme.

Antes que yo, los filósofos afrontaron una *guerra de coles*[12] contra el cristianismo: yo me empeñé en un ataque total contra la esclavitud moral de los judeocristianos.

Esto me dejó sin un amigo, y fui un ermitaño en mi soledad. Hasta que aparecieron las lagunas de la locura y sucedió esto: ¡Al gritar contra la locura de Dios, enloquecí yo mismo!

Todo se puede adquirir en la soledad, excepto la cordura.

9

Un hombre solamente puede vivir mientras esté ebrio, ebrio de vino, de mujeres, de ideas o de pasión mesiánica. Y en mi sed dionisíaca me he intoxicado con todo, aun con la humanidad de los monos de Darwin y de los positivistas.

Pero aunque pruebe, no puedo hacerme budista y emborracharme hasta la muerte. La idea de hundirme en la nada me horroriza; como a Dostoyevski, el glacial horror a la eternidad me vence; dormir un billón de años y nunca más ver el alba que se eleva sobre las montañas…; nunca más…, nunca más.

Por eso los hombres necesitan el mito de Dios. Sólo somos un conglomerado de partículas, accidentales y sin sentido, y este hecho es terrible de soportar. De ahí que Dios o el hombre sea quien toma Su lugar en nuestra fantasía…

Nos acercaremos a la verdad en la proporción que nos alejamos de la vida, dijo Sócrates, a punto de beber la cicuta. Todo es vanidad y una persecución tras el viento, pero esta sabiduría salomónica es difícil de aceptar. Hasta el fin soñaré con aquella que me enseñó por primera vez las posibilidades del amor romántico. Contra sus besos, Sócrates, Schopenhauer, Salomón y Sakia Muni sólo son envidiosos eunucos que han perdido el sabor de la vida.

La muerte no es jamás mejor que la vida, a pesar de Buda y de los santos. Yo que muero, sé que no hay nada más trágico que un hombre muerto, ya esté bajo tierra o camine como un cadáver viviente a través del mundo, sin fe en la vida o en el futuro…

En las entrañas de mi madre he amado la vida y la amo ahora cuando los que llevarán mi paño mortuorio se agrupan a mi alrededor y esperan la señal para llevarme a la eternidad.

10

He sufrido al no aceptar los consuelos de otros hombres: Dios y la «inmortalidad». Pero como Jerjes, que estaba enamorado de un plátano, así me aferré al arca de un futuro «utópico» y de este modo traté de revocar a Dios y a la inmortalidad del petrificado bosque del pensamiento moderno.

Se puso de moda el admirarme por mi negación de Dios, pero mi optimismo de Zaratustra es simplemente Jehová disfrazado. Ladrón de Dios, deshice los vínculos de

mi ateísmo y me opuse a que Él se fuera. Quise una bendición de Él que ciertamente está muerto.

Pero ¿está muerto Dios? ¿Qué sucederá si me encuentro cara a cara con Él —*Nietzsche-Anticristo*—, yo que construí mi vida en la roca de la incredulidad? Quizá verteré sangre por primera vez, como lo hizo Lou, cuando me confesó que a los quince años era todavía virgen y tembló en presencia de un hombre.

CAPÍTULO TERCERO

1

Un cuento anatómico, una broma, un chiste, algo sucio y pegajoso, cualquier observación vulgar referente a un asunto excepcionalmente delicado ha estado dando vueltas por esta maligna casa, y finalmente me ha hartado. Uso la palabra *anatómico* para describir esta caricaturesca historia ultrajante, no por miedo a llamar por su nombre a un cuento sucio, sino porque el alcance ha dado a la palabra que los alemanes usan comúnmente para designar la vagina, y el uso descuidado que hacen de esta palabra, me ha volcado a tumultuosas series de reflexiones sobre la seriedad de las cosas relativas a la carne como símbolos de inclinaciones no reveladas de nuestras misteriosas y ocultas vidas.

2

El cuento no se originó en esta casa. Probablemente es más viejo que esta casa o este país y puede pertenecer a un siglo completamente diferente. Sin embargo, no sólo concierne a la persona que lo contó por primera vez entre estas paredes, sino a todo el que lo ha oído repetir, a todo el que encuentre aquí algún día una residencia inhospitalaria y sombría.

3

Cualquiera que sea el que haya tenido por primera vez la idea de contar la historia en esta morada mental y espiritualmente perversa, es el que separó en su mente esos elementos premeditados y accidentales que rugían en las inmundas profundidades de sus entrañas, y ruda y violentamente los mezcló para producir la primera explosión de risa estentórea con la cual fue recibido.

¿No hay en realidad algo fundamentalmente cómico en la concepción aborigen de la vagina como laboratorio primario de la naturaleza?

4

He soñado con la muerte de mi propia madre, aunque bajo las circunstancias en que me encuentro es muy posible, casi seguro, que ella me sobrevivirá. Mi madre; ¿pero debo realmente tratar de trasladar al papel todas las tonterías, imaginables o no, que se elevan a las capas superiores de la mente humana al solo recuerdo de esta palabra? Todo lo que puedo pensar en relación con mi madre, y el cielo me asista, si es que hay un cielo, es que desde la muerte de mi padre, menos de seis años después de su matrimonio, cerró las puertas de su vagina a todos los hombres y miró con ojos hostiles a todo macho, defendiéndose con ojos y manos. El hecho que yo fuese la única figura masculina que podía mirar con aprobación (y, alguna vez, creo, con anhelo) fue una prisión que sólo el que haya vivido en esa casa puede comprender.

5

A este punto, el burgués medio, completamente ruborizado, me increpará a gritos, o como pueda alcanzarme a través del solitario espacio: *¿Qué le importa a usted lo que su madre hizo de su vida, miserable ingrato?* Comprendo su furia y lo respeto, pero debo contestar: me incumbe mucho lo que mi madre hizo de su vida, en cuanto ésta influyó mi propia vida, la de mi hermana y todas las vidas de los que se pusieron en contacto con nosotros. Si mi madre no hubiera impedido la entrada al amor en nuestra casa, y no hubiera forzado a mi hermana y a mí a buscarlo entre nosotros, por lo menos dos personas que vivían en el mayor infortunio hubieran encontrado alguna felicidad en la tierra, y por lo menos una, estoy seguro, no se hubiera suicidado.

6

¡La soledad de un útero desierto! Una vez vi una fotografía de una calle de una ciudad americana que tomó impulso, durante la fiebre del oro en el oeste de los Estados Unidos, y fue completamente abandonada en cuanto las posibilidades mineras del terreno se extinguieron. La fotografía que vi debe haber sido tomada algunos años después que el último de los habitantes de esos lugares hubo desaparecido. La maraña silvestre invadió todos los senderos que conducían a ella y hacia afuera, y alcanzó las casas más elevadas y el más alto de sus tejados. Ninguna ventana quedó entera ni derecha, ninguna puerta afirmada en sus bisagras, ni una sola

viga se dejó con el orgullo con que se supone que debe sostener una casa. Ni aun esas ruinas daban una imagen de soledad comparable a la de una vagina desierta, respecto a la cual la gente en esta maligna casa todavía retuerce y revuelve sus miserables entrañas.

7

¡Pobre tía Rosalía! Ahora comprendo lo que quería significar cuando, creyendo que nadie la oía, decíale a mi madre parodiando a las prostitutas: «Yo sólo podría *hacer la calle* por Jesús».

8

¡Se pueden hacer grandes estragos en este mundo sin levantar un dedo, sin abrir la puerta de tu propia casa! (Por ejemplo, se dice de Kant que todas sus andanzas sobre la faz de la tierra fueron las que hizo entre su casa y las aulas de la Universidad, que se encontraba a corta distancia de aquélla).

9

La soledad de una solterona es algo completamente diferente. La solterona se ha alejado paulatinamente del sistema rector de la naturaleza. No ha roto ninguna conexión vital porque nunca tuvo alguna para comenzar.

10

Como sucede con la solterona, así es también en el solterón. Un solterón tiene por supuesto mejor aspecto, pero no por eso es menos infeliz, créaseme.

11

Qué maravilloso y qué diferente habría sido mi tránsito por la tierra, si mi madre, un poco menos devota, se hubiera casado con cualquiera de los solteros disponibles a nuestro alrededor. He pasado muchas noches haciendo conjeturas acerca de la clase de hombre que habría elegido y el efecto que él hubiera ejercido sobre Elisabeth y yo.

12

¡Con un nuevo hombre de cualquier clase en la casa, Elisabeth nunca se hubiera convertido en el animalito violento y perverso que es ahora! Con respecto a mí, probablemente hubiera seguido su ejemplo sin apartarme de la situación que me cupiera en el mundo. ¡En el mejor de los casos habría llegado a ser un filólogo de primera categoría!

13

¡Quizás yo mismo no sea nada! Pero ¿qué sucederá en el mundo como consecuencia de haber vivido yo en él unos pocos años infelices?

14

He tenido oportunidad de leer y oír muchas definiciones interesantes sobre la cultura. Ninguna de ellas ha puesto debidamente en evidencia la única cualidad de la cultura que existe y puede ser reconocida, a la vez, en el hecho y en el sentimiento: el predominio de la bondad.

15

Esto se puede explicar mejor haciendo notar que mientras el primer implemento de guerra fue probablemente fabricado en secreto en alguna cueva de Asia Menor, la primera marmita de cocina ha sido torneada seguramente al aire libre, en algún lugar de la costa norte de África, con todos los vecinos y los niños que miraban asombrados.

16

En todas partes del mundo las cosas más viejas son las tumbas de los conquistadores. El reino de la benevolencia, en su tiempo, se inicia sólo con su muerte.

17

Mirad a vuestro alrededor. Toda la creación lucha por su existencia, que consiste en un continuo goce de las facultades de vivir y engrandecer. El hombre es el único fenómeno orgánico que se alista conscientemente en la cruzada de la mala voluntad y la malevolencia.

18

En un impulso original (entre los pueblos prehistóricos), era de suponer que la religión señalara un predominio mínimo de benevolencia. Pero el predominio estaba tan limitado por los sacerdotes (los políticos de aquellos tiempos) que algunas veces se excluía del mágico círculo al conquistador mismo.

19

Los primeros poemas sólo fueron plácidas notas sobre los acontecimientos domésticos. Un acontecimiento combina su propia música cuando se está en perfecta armonía con él.

20

Las manos del hombre, con encantos y artificios facilitaron la alimentación, la bebida y el sueño. De ese modo los dominios de la bondad, entre la gente que hacía uso de ellos y los admiraba, se desarrollaron cada vez más profundamente.

21

Nadie ha tratado nunca de hacer que una maquinaria bélica parezca bella. El más hermoso general de un país nunca tuvo mejor aspecto que el más rústico de sus herreros.

22

La tiranía de las supercherías del sacerdocio comenzó como una tiranía exclusiva del conocimiento. Desde el principio, la vida dependía, para regirse, de las observaciones a que llegaban los que ocupaban sus horas de ocio en establecer cuidadosamente los movimientos de los cuerpos celestiales. Fuera rico o haragán, el hombre estaba obligado a capitalizar esta ventaja, para hacer que sus subordinados intelectuales estuvieran tan sujetos a él como lo estaba él mismo con respecto a sus superiores en el mundo material.

23

Mientras no se perturbe a los dioses en sus templos, no seremos molestados en nuestros hogares.

24

Cuando se desarrolló la guerra de Troya a causa de ella, Helena no era más que una mujer. Las crónicas de esa guerra, que fueron escritas mucho tiempo después que finalizara, la elevaron a la categoría de diosa.

25

En sus ensayos sobre Teseo, Plutarco declara que descubre en esas historias, más que poesía, la mejor guía en el camino de lo que él considera la verdad. Naturalmente, la

verdad histórica es lo que Plutarco tuvo en su mente, pues de ella se ocupó durante toda su vida; y si la verdad, como el hombre, necesita cierta humedad en la atmósfera para desarrollarse, no se podría pensar en mejor ambiente para ella que el atesorar los mejores recuerdos de las experiencias de la raza. Pero ¿abandona realmente Plutarco la guía de los instintos, que constituye la esencia de la concepción puramente poética que parece desdeñar, para depender exclusivamente de los hechos concretos? El secreto de su estilo y su supervivencia en virtud de ello como el más grande historiador de la antigüedad, demuestra elocuentemente lo contrario. Dice de Teseo, por ejemplo, que había nacido fuera de matrimonio y de padres inciertos, pero la biografía consecuente señalando un feliz término medio entre estos dos extremos no llega a ser ni el retrato de un dios ni de un bastardo, sino de un hombre.

26

En la antigua Grecia se consideraba rico a un hombre de acuerdo con la multitud de sus hijos, los cuales —en nuestro tiempo, sólo sirven para empobrecer aún más al que ya lo es.

27

La Revolución Francesa no tuvo paciencia con la religión, pero tampoco la tuvo con la ciencia. Lavoisier, que trató de probar las primeras investigaciones de Priestley sobre la importancia del oxígeno, fue decapitado por la Revolución, que «no tenía necesidad de químicos». La ciencia no parece ocupar un lugar preeminente para los dirigentes del Estado que sólo piden de ella las investigaciones que tiendan a reforzar su maquinaria bélica.

28

De las anotaciones de Montaigne: «El señor de Fragnet, teniente de la compañía bajo las órdenes del mariscal de Chatillon, fue colocado por éste en el gobierno de Fuenterrabía, en lugar de *monsieur* de Lude, y habiéndose rendido a los españoles, fue condenado a la degradación de todos los honores y títulos nobiliarios. Se le declaró innoble, así como a sus descendientes, sujetos a impuestos e incapaces para

siempre de llevar armas. Esta severa sentencia fue debidamente ejecutada en Lyon». Durante el feudalismo, un acto de cobardía conducía a quedar sujeto a impuestos. En nuestra democracia, lo degradamos a este nivel sólo cuando ha demostrado inclinación a ganar más dinero del que puede gastar.

29

El amor al bienestar y el amor al saber son las dos fuerzas que mueven la tierra, y lo que se da a uno debe quitársele siempre al otro.

30

Voltaire era Francia que hacía una profunda y larga aspiración del aire inglés de libertad intelectual.

31

Voltaire nunca se cansaba de decir a su pueblo cuánto amaba la valentía con que pensaban los ingleses, y dejaba que adivinaran por sí mismos que sólo debían atreverse a pensar para merecer la misma distinción, ya que la valentía es un atributo tan natural del pensamiento como el pensamiento es un atributo natural de la libertad.

32

Los chinos que (en El libro de las Permutaciones publicado alrededor del 1100 a. de C.) dividieron los números en pares e impares, introdujeron en la aritmética un elemento de sexo que todavía debe ser elaborado.

33

Stendhal se preguntaba cómo hacía un francés para no pensar como todos los demás. Si notara lo poco que un francés piensa, se sentiría seguramente muy decepcionado.

34

Si Francia encuentra alguna vez a la Alemania de Bismarck en el punto en que Rusia encontró a la Alemania de Federico, será conveniente recordarle el acuerdo habido en el siglo XVII entre el parlamento inglés y los nobles escoceses por la cabeza de Carlos I. La cabeza de Bismarck no será tan buena, pero Europa pagará con satisfacción mucho más por ella.

35

La mente del hombre socialista falla en comprender que la distribución desigual del bienestar, poder y conocimientos son esenciales en una comunidad para ejercitar continuamente sentimientos tales como piedad, compasión, generosidad y protección, que constituyen los ingredientes de la única civilización que ha persistido entre los hombres.

36

Es curioso, pero no por eso menos real, que hay más claridad solar en los cuadros de paisaje de la escuela inglesa (ejecutados en una tierra nebulosa y triste) que en todas las pinturas que se descubren en la soleada Italia. Probablemente lo mismo que ha impedido que el sol aparezca en las pinturas italianas es lo que traba toda lógica en sus raciocinios.

37

No es el bienestar lo que arroja a la gente al abismo artísticamente, sino más bien el método mediante el cual se acumula el bienestar.

38

La tragedia real del hombre en la historia aconteció quizás, no cuando el hombre descubrió que él y su compañera estaban desnudos, sino cuando se dio cuenta por primera vez que era necesario evadirse de su propia persona para ofrecer veneración a una deidad. No supo que había sido echado del Jardín del Edén hasta que se vio fuera de sus puertas.

39

Sólo se puede observar con asombro los pies de las estatuas griegas. Es difícil creer que con tales pies un pueblo puede haberse permitido aún la interferencia de las sandalias, o arriesgarse a caminar bajo un sol tan fuerte. Si nosotros tuviéramos esos pies, probablemente los hubiéramos arruinado curándolos.

40

Entre todos los sueños del mundo moderno, el de los pacifistas es el más necio y tan cercano a la sinceridad como ella lo está del vicio. Ningún pueblo, excepto el de los judíos, trató de abstenerse de la conquista, y ninguna nación pudo mantenerse unida sin regar continuamente sus raíces con conquistas adicionales. Una nación que ha abandonado sus sueños de conquista, ha renunciado al sueño de vivir. Una nación pacifista es una nación que agoniza, si no está ya seguramente muerta.

41

Ahora que la presencia de la fuerza ha sido eliminada del sistema del universo físico, será más simple descartarla como medio de persuasión internacional.

42

La mayoría de las disputas del mundo se refieren a las posesiones reales. La creencia popular de que donde hay mucho humo debe haber algún incendio, pertenece evidentemente a la edad intelectual del género humano en que el fuego era uno de los cuatro elementos a los que se suponía que todo el contenido del universo debía reducirse. Pero sería arriesgado sugerir que donde hay tantas palabras debe haber alguna base subyacente de hechos; muy frecuentemente, cuando se analiza una controversia del día anterior, se descubre que virtualmente ha carecido de hechos.

43

Comprendo el impulso que llevó al autor del *Génesis* a hacer anotaciones de una fecha. Esta costumbre todavía mantiene alguna poesía de probable utilidad en el *Levítico* y el *Deuteronomio*. Pero en las *Crónicas y Reyes*, por ejemplo, ya comienza a ser superflua. ¿No será ello un toque de atención a los historiadores inadvertidos del vacío esencial de sus datos en su progresiva multiplicación *ad infinitum* y *ad absurdum*?

44

Hasta ahora, todas las diferencias personales en los asuntos relativos al bienestar público han sido psicológicas; las primeras, basadas en las limitaciones personales, y las segundas en las limitaciones puramente sociales. Sólo le queda una alternativa para desarrollar a una persona dispuesta a sacrificarse por el bien público, si queremos batallar por una forma más placentera de vivir que la que prevemos actualmente. Ésta se apoya en las limitaciones inherentes al universo mismo que constituye nuestro hogar. En todas partes nos estamos excediendo, del crédito en nuestros cálculos. En primer lugar, el universo no es tan grande como creemos. El mundo como organismo tiene una enorme importancia para sí mismo, pero sólo un mínimo significado para el individuo. ¡Y con todas sus perfecciones, el hombre es una criatura extremadamente imperfecta! Por lo tanto, debemos cesar de ser tan pródigos con lo que no tenemos. Casi todo lo que la humanidad posee de valioso lo contienen unos pocos edificios en Roma, París y Londres, y yo no cambiaría todo el resto del universo por el contenido de uno de ellos. Sin embargo, en el momento de escribir esto, parecería que las fuerzas armadas de la humanidad están preparadas para devastar esos edificios y establecer una discusión entre hombres cuyas verdaderas potencialidades son tales, que si fueran los únicos hombres que quedaran

en el mundo, toda la raza hubiera muerto sin dejar posteridad.

45

Para evitar que un animal continúe por el sendero trazado por sus instintos naturales, es necesario por lo menos tirarle algo duro a la cabeza. Para obtener el mismo resultado con un hombre sólo es necesario conversar con él.

46

En la mayoría de las comunidades civilizadas ha llegado a ser un crimen divulgar informes financieros equivocados que lleven a la gente a perder su dinero. Pero no hay una ciudad en el mundo en la que no se pueda tergiversar los hechos respecto a las costumbres e ideas de algunos de sus habitantes, hasta el punto de robarles el derecho a la existencia.

47

Aunque un hombre pudiera realmente crear las leyes para su pueblo, su importancia en relación a las leyes mismas sería comparable sólo a uno de los rayos de la rueda que coloca en el lugar estratégico a las piedras del molino.

48

El rey Luis, que decía: *El Estado soy yo*, habría sido más sincero si hubiera dicho: *He suspendido en mi Estado la ejecución de todas las leyes, excepto las que contribuyen a mi placer*. ¿Pero realmente se divertía Luis con ello? Si lo hacía, dejó muy pocas pruebas para sostener esa idea. Piensen, por ejemplo, que tuvo el privilegio de reinar sobre un rey nato como Descartes, y no fue capaz de retenerlo en su país más de dos años consecutivos.

49

Descartes, el filósofo más grande de su tiempo (y que siempre será considerado el más grande de todos los tiempos), hizo de lo castrense un hábito religioso. Fue soldado de Holanda, de Italia, de Rusia, hasta de Prusia. ¿Por qué, entonces, jamás se puso el uniforme francés? ¡Probablemente porque pensaba que no sería tan divertido pelear por un hombre como lo era por una ley creadora!

50

Tal como entendemos su funcionamiento, la ley es en primer término del Estado, y sólo mediante un proceso de reflexión, lo será del individuo. Si hubiera una ley que rigiese al individuo como tal, debiera ser una ley especial que considere al hombre como idea más que como animal, de modo que sujete al individuo interiormente en forma tan completa como la del Estado lo aferra y lo modela exteriormente.

51

Parecería, por lo tanto, que la ley pertenece a lo externo, al mundo infinito. Forma parte de una esfera de vida que no tiene fronteras, límites o cualidades; pues todas las fronteras son del infinito, todos los límites corresponden a cosas que no tienen fin, y todas las cualidades son de esencia absolutamente incomprensible.

52

Una ley por sí misma es un hecho positivo, y la única fase moral de su existencia es la relación que comporta para la comunidad durante el proceso de su influencia. Si en general es obedecida es una buena ley; si no se la respeta, se puede tener por seguro que fue incluida en los libros estatales como consecuencia de una legislación equivocada, estúpida, y erróneamente dirigida.

53

Una filosofía de la ley es a lo sumo una derivación de un número de códigos conocidos de la ley, todos sujetos a ser obedecidos o desobedecidos. Su uso es de una naturaleza misteriosa. Como filosofía es completamente inútil, porque mi mano sólo es de utilidad a mi otra mano, y ninguna de ellas crea el hábito de mantener el equilibrio sobre un solo pie.

54

El elemento del consenso universal en la ley está en su mismo encanto y colorido. Constituye los pulmones y el corazón de la ley; el ritmo en que fue concebida y la atmósfera en que continúa su florecimiento.

55

Cada sociedad crea su propio ciclo de leyes; este ciclo es el imperio total de estas leyes a las cuales debe dársele un límite de vigencia: diez, quince o cincuenta años, a cuyo término cada ley debiera ser reconsiderada y readaptada. Esto no sólo aseguraría que las leyes sobrevivieran a su utilidad, sino que serviría como una restricción natural para impedir que los legisladores inunden el mundo con tantas leyes inútiles.

56

Una ley que tiene éxito y es necesaria en un ciclo de leyes, puede estar fuera de lugar y ser probablemente destructora en otro.

57

Si hubiera una escuela para legisladores (¿y por qué no la habría?) sería importante enseñarles a los inadecuados y dispendiosos políticos que la frecuenten, que palabras tales como *ley*, *derecho*, *deber*, *propiedad* y *crimen* son abstracciones que por sí mismas no tienen ningún valor y esperan recibir contenido, color y significado de las circunstancias particulares por las cuales se han desarrollado. Para un país puede ser

deber, lo que para otro no sería difícil que constituyera un crimen. Y aun virtudes tales como *derecho y propiedad*, no son *virtudes* en todas partes.

58

La ley es una luz que en diferentes países atrae hacia sí especies diferentes de insectos ciegos.

59

Toda la ciencia de la jurisprudencia analítica no es más que un fraude y debe ser descartada y olvidada, pues trata de resolver mediante fórmulas matemáticas lo que en la ley sólo puede ser realmente determinado por el examen sensorial y de hechos.

60

El asunto de la legislación práctica es el edificio de los caminos morales e intelectuales del comercio —tratados y alianzas, diques y represas— mediante los cuales las corrientes de la emoción popular y la actividad comercial se dirigen con la mayor economía para el Estado y el mayor engrandecimiento financiero de los ciudadanos que lo constituyen. Las relaciones entre las naciones están plagadas de grietas que podían haber sido rellenadas con inteligentes alianzas.

61

Hay dos formas de autoridad en el Estado: el soberano, y su maquinaria que es el gobierno. El soberano es la fuente de inteligencia en el Estado, la cual constituye el cuerpo jurídico. Un buen soberano puede hacer más por el cuerpo del Estado con una maquinaria pobre, que lo que puede hacer un mal soberano con una maquinaria perfecta.

62

El soberano de un Estado puede ser un hombre, un parlamento o un congreso. Se deduce como una posibilidad natural que un parlamento de hombres es capaz de dar énfasis a la grandeza de uno de sus miembros, pero esto es algo que sucede raramente. La lucha por el poder entre los legisladores no es el lenguaje del elogio; éste multiplica la fuerza de la brutalidad. Y donde predomina la brutalidad no hay nada atractivo o inspirador.

63

Como Hobbes hace notar muy sagazmente en *El Leviatán*, el soberano actúa mejor como fuente de ejemplo para la ciudadanía del Estado: si es un buen hombre, el Estado es doblemente mejor de lo que hubiera sido.

64

Una de las curiosas razones de Hobbes para preferir la soberanía del Estado personificada en un rey (entre otras sonoras y mejores razones), es que la misma presencia entre los hombres de uno elevado a un alto rango, sugiere con persuasión la presencia de una elevación mucho mayor de la cual puede esperarse que fluyan las virtudes más permanentes más allá del tiempo y del espacio. ¡Hobbes vivió para llegar a ser un convencido ateo!

65

La paz en un Estado presupone la existencia de una relación de buena voluntad y entendimiento entre los administradores de las leyes fijas y el continuo crecimiento, expansión y dulcificación de los miembros del Estado.

66

La ley, aun la que llamamos divina, cesa de ser de utilidad al Estado cuando los términos mortales con los que ha sido concebida se han puesto fuera de uso en el curso de luchas de facciones, por las cuales el Estado se equilibra (por fuera de uso, quiero decir, en la palabra o en la autoridad del incidente o en ambos). Las palabras son sólo las telas del ropaje de las ideas, y como las leyes son el ropaje de las emociones gubernamentales más que las emociones mismas, tienen su propia limitación en ello. Hay que dejar que el maravilloso palabrerío de una ley se desgaste, así como las más grandes ideas se transforman en anacrónicas en el proceso de nuestra aventura humana. ¡Una ley común cuya aplicabilidad a la naturaleza humana permanece fresca y flexible, es una ley divina de primer orden!

67

Para satisfacer sus más profundas necesidades, el labriego (¡hombre feliz!) sólo tiene que obedecer a su inmediato superior en la comunidad, y continuar su labranza continuamente persuadido de que el funcionario al que obedece pierde a menudo su situación de intimidad con el rey de su país. Recordar periódicamente que a uno de sus propios superiores —digamos aquel que en términos de privilegio está colocado tres veces sobre él—, se le ha revelado, y está tan lejos de la esfera del rey como lo está el mismo rey de la esfera de Dios, debe mantener al labrador en un claro equilibrio entre lo correcto y lo erróneo, entre el deseo del bien y su alejamiento del mal.

68

Las llamadas leyes de la naturaleza no son órdenes. Son uniformidades observadas en todas las leyes que parecen órdenes sólo en cuanto provengan de un ser inteligente. Nuestra moral y las leyes divinas llegan a nosotros por el mismo camino. Contribuimos tanto a la comprensión y embriagamiento de las leyes divinas como a la comprensión y embriagamiento de las leyes de la naturaleza.

69

La identificación indiscriminada de las cosas a las cuales el lenguaje común le da el

nombre de ley, era y sigue siendo una fuente de confusión. Cada vez que un jurista se desvía hacia la ciencia, abusa de la ley. Cada vez que un científico se convierte en legislador, cierra tras él la puerta de su laboratorio.

70

Como consecuencia de la intervención de los economistas en la ley puramente científica, algunos principios de economía parecen haber adquirido un doble carácter: el de las generalizaciones científicas y el de las reglas que pueden ser desobedecidas impunemente.

71

El mayor mal que puede sobrevenir ahora a un Estado es encontrarse en espíritu de lucha con respecto a alguna ley, cuando una facción del Estado está en perfecto acuerdo con ella, mientras que otra, quizás una minoría, piensa que constituye una violación de su derecho natural.

72

El mayor mal de la ley civil es que su valor se estima por el valor de la palabra, y que la palabra ha llegado a ser la clave de su análisis y de su aplicabilidad. Se puede llamar a esto el espíritu «narcisista» de la ley, sólo que, en cualquiera de los casos, se ha perdido muy poco amor.

73

En mi experiencia, lo que más me asombra es el modo inconsciente con que los hombres y las mujeres tienen por seguro que son los superiores naturales de la flora y de la fauna a su alrededor. ¿Qué sabemos, por ejemplo, de los animales, plantas y pájaros, que pueda justificar tal conclusión? En efecto, no tenemos mejor aspecto y algunas veces parecemos mucho peor. Una vez vi en el zoológico un animal con un

rostro tan bello que tuve que pensar en San Francisco de Asís para compararlo en nobleza de fisonomía. Qué muestra extraordinaria de arrogancia, pensé cuando miraba la cara de la bestia, es suponer que lo que acontece detrás de esa frente peluda es de menor importancia que lo que sucede detrás de la de mi delgada piel.

74

¿Han visto ustedes alguna vez una niña tan bonita como el más abandonado de los gatos de albañal?

75

Entre todos los habitantes de este planeta, los árboles me parecen los más nobles. Despliegan sin duda el más perfecto sentido de la simetría. Continuamente tratan de elevarse sin abandonar sus raíces que se hunden más y más profundamente en la tierra que los engendró.

76

Si alguna vez vuelvo a casa, creo que observaré más atentamente al egipcio *Libro de la Muerte*, cuyas páginas he hojeado, pero nunca leí con la atención que tal libro requiere de un lector que habita un mundo tan diferente de aquél en que fue escrito. Como pueblo y clase dominante, los egipcios sólo tuvieron un interés mínimo en los problemas morales; por eso estaban mejor equipados que todas las naciones para iniciar y llevar a cabo un programa de cultura científica. Se les podría envidiar, aunque, de acuerdo con lo que sabemos, no aportaron mucho en ese sentido. Si lo consideramos como amo de sus oportunidades, el egipcio evolucionado es menos admirable que su sucesor lineal, el europeo evolucionado.

77

Siempre quise ampliar mis primeras observaciones sobre el europeo evolucionado,

cuya función más importante debe ser llenar el hueco entre el hombre tal como es hoy día y el Superhombre, que con tiempo, infinita paciencia y coraje, esperamos realizar. La tarea del europeo evolucionado es conservar la pasión de Cristo por la verdad en la ciencia y la sinceridad en la vida, mientras arrastra a su conciencia a sonreír cuando saca la lengua cada vez que pasa ante una iglesia, una sinagoga o una mezquita.

78

¿Cómo deberá ser el Superhombre? No es suficiente esperar de él que sólo sea capaz de sacar la lengua a los absurdos remanentes de un mundo muerto. Y es demasiado esperar de él que aprenda a gozar completamente de la vida en este planeta. Ya que jamás podremos sustraer de la vida del hombre la necesidad orgánica de decaer y morir.

79

El esqueleto del europeo evolucionado deberá formarse de una mezcla del anglosajón, escandinavo, galo, celta y del teutón que hoy lucha por el dominio espiritual del continente. Se advertirá que no he dicho nada del judío, que ciertamente es carne y hueso en esta gran lucha. En cierta manera, el judío es parte de esta contienda y, sin embargo, no está en ella. Quizás es una especie de director, un maestro de ceremonias no oficial; no lo sé.

80

Hubiera deseado que los escandinavos no renunciaran tan fácilmente a la puja por la dirección física de Europa. Desde la humillación de Carlos XII a manos de una mujer polaca, y no muy bonita, si debo creer en la palabra de Voltaire…

81

No me gustan los alemanes, y me desagradan especialmente los alemanes germanos. Sin embargo, me considero extraordinariamente feliz de haber nacido en Alemania, rodeado de alemanes de diversos grados de índole detestable, que me permite la exuberante y ocasional sensación de sentirme una especie de personificación de un alba que atraviesa un bosque particularmente tenebroso.

82

Dejad que aquellos que dirigen al pueblo, dirijan, y dejad que el pueblo —cuyos movimientos no deben impedir los demagogos— se deje conducir a las plenitudes de la edad científica. Dejad que disminuya la guerra de palabras entre los que tienen tanta capacidad para recibir y tan poco para ofrecer. Nada bueno resulta del debate público que los americanos consideran tan importante para determinar un veredicto. Decidir el destino de la comunidad mediante el voto común se parece mucho a elegir una mujer por lotería.

83

Nada se ha hecho en Europa para instaurar los ritos de Baco que se practicaban en la era clásica. ¿Será posible que el apetito europeo por la comida y la bebida haya disminuido? ¿O es a causa de su repugnancia a sentarse en la mesa con su vecino?

84

He encontrado en mi vida por lo menos cuatro personas que pensaban que haría un buen papel como centro de una religión. Tres de ellas eran mujeres. Esto me ha hecho desconfiar de la religión y también de las mujeres.

85

He amado a Sócrates con un afecto que no sentí por ningún ser humano en la historia. Le he perdonado aun su único gran pecado: la transformación de la razón en una

fuerza tiránica.

CAPÍTULO CUARTO

1

En total, ha habido cuatro mujeres en mi vida. Las dos únicas que me aportaron alguna felicidad fueron prostitutas. Pero la felicidad que me trajeron fue una dicha momentánea. Si estuviera alguna vez bastante loco como para hacer una historia de mi felicidad con una o ambas, tendría que ordenar una investigación para buscarlas. Y si las buscara y tuviera la mala suerte de encontrarlas, cesarían de ser en ese momento las hijas de un accidente divino y las creadoras de mi extraordinaria satisfacción.

Elisabeth era lo suficientemente bella, pero era mi hermana. Lou, muy inteligente (demasiado inteligente, a veces), pero rehusó casarse conmigo. No hay felicidad en nada de lo que hacemos, excepto si lleva el sello de aprobación de la sociedad en que vivimos. Esto es tan aplicable a nuestros pensamientos como a las mujeres contra las cuales luchamos, cualesquiera que sean los honores de la unión del momento.

Me pregunto qué tipo de mujer me haría feliz, después de Elisabeth y Lou, en la susurrante media luz de este temible invernadero.

En cualquier estado de ánimo en que me encuentre, mi felicidad sexual se condiciona a que la mujer sea joven. Sin la aureola de la juventud, considero que ni siquiera es una mujer. Podría ser la portera del paraíso, pero ya no puede ser para mí un elemento del interior del mismo.

Pero si una mujer es joven, ¿qué más puede importar?, sigo preguntándome. ¡Ah, sí!, ¿qué otra cosa puede importar? Puede ser oscura como la noche, rubia como el sol, o pelirroja como el crepúsculo de una pesada tarde de verano; sus brazos se transforman en fuego líquido que me aprisionan tan sólo al pensar en ella. Los psicólogos explicarán esto como consecuencia de mi edad madura, y como de costumbre, se equivocarán.

No hubo jamás una época en la que pudiera mirar a una mujer de mediana edad sin reírme, y a una mujer vieja sin sentir una intensa piedad. Como demostré ampliamente en *Aurora*, he nacido en la juventud del mundo. Soy la juventud misma y la juventud llama a la juventud, no importa cuán profundos sean los abismos y los estilos de retórica que la separen.

Creo, al pensarlo mejor, que la longitud de las piernas de una mujer también es importante, no tanto como la juventud, naturalmente, pero importa. Esos pequeños caballitos son bastante deliciosos para contemplarlos, así es. Pero ¿le será posible a un organismo tan pequeñito acompasarse y recibir en su interior todo mi ser? Me lo pregunto y me perturba.

Una mujer pequeña no es bastante, a menos que su única utilidad sea la de inspirar la sensualidad para volcarla en un marco mayor.

Pero si se concentrasen todas las maravillas de las mujeres en una sola (una radiante mujer de piernas largas y deliciosamente esbeltas), ¿qué atributo puede intervenir para apagar mi apetito por ella? Desgraciadamente, muchas cosas. Una verruga en la base de su nariz, una nariz rústica con arrugas en los costados. Manos grandes y rojas. Pies demasiado anchos y sin un empeine o tobillos hermosos. Una frente muy estrecha…

Por otra parte, si encuentro a esta mujer perfecta que anhelo ardientemente, ¿le daré con seguridad la felicidad necesaria para grabar el momento de nuestro encuentro en algo memorable en el tiempo y el espacio?

De pronto mi fe vacila. Creo que habiendo tantos, tantos medios por los cuales el hombre puede satisfacer aun a la más sensual de las mujeres, un hombre que ama tan apasionadamente como yo amaría a esa mujer, no puede fallar en ninguna forma. Traédmela sin temor, y seré el buril que esculpa con deleite en su ser más íntimo.

2

Pienso a menudo en Wagner, en Lou Salomé, aun en el pícaro Paul Rée, y casi nunca en ese buen maestro que tuve, Ritschel, el autor de mí primera sensación de independencia intelectual, el hombre a quien debo una buena parte de las virtudes de erudito que he desarrollado. Ritschel, a su modo, era más artista que Wagner. En cuanto a su valor como ser humano, excepto en lo que puede haber existido detrás del velo personal que nunca violé, era el ser humano más completo que he conocido.

3

Creo que lo que más me atrajo (al principio) de los escritos de Schopenhauer fueron su simplicidad y seriedad. ¡Qué alivio sentí después de la falta de pulcritud de Kant, la afectación de Fichte, la frialdad tiránica de Hegel! Schopenhauer, pensador tan grande como cualquiera de sus predecesores, no se avergonzaba de ser ante todo un escritor.

4

¿Cómo hizo Schopenhauer para llegar a conclusiones filosóficas tan cercanas a mi corazón, mediante experiencias personales tan diferentes de las mías? La única gran diferencia entre nosotros es que Schopenhauer, no comprendo cómo, pudo vivir en una paz envidiable a pesar de su desilusión.

5

Schopenhauer se parece en cierto sentido al autor hebreo del *Eclesiastés,* que escribió tan elocuentemente sobre la vanidad de los deseos humanos sin hacer resaltar los pequeños deseos pecaminosos, ni los síntomas de la corrupción fundamental de la naturaleza humana. De acuerdo con su opinión, la naturaleza humana no degenera, porque no puede probarse a sí misma más que un origen vulgar.

6

Ni en mis peores momentos me sentí pecador; nunca me hundí tan bajo en mi espíritu como para sentir la necesidad de hacer confesiones a nadie. Para alcanzar tal sensación es primordial ser el producto de una educación y una ascendencia puramente católicas.

7

La angustia que acompaña a la pérdida de fe, puede constituir los dolores de alumbramiento del arte.

8

Schopenhauer superó a Kant así como Kant superó a Galileo, y como éste se elevó sobre las ilustradas charlas de los eruditos maestros de su tiempo. Tanto me he elevado ya sobre Schopenhauer y a tal superficie, que dudo que jamás tenga un sucesor espiritual o intelectual.

9

En muchos sentidos, Kant fue el creador del mundo moderno —¡y qué mundo exclusivista!—, en el que sólo pueden existir las cosas que han sido concebidas en términos de sentido humano y de experiencia. En este mundo la mente humana es el dictador supremo y sólo las cosas que están preparadas (y dispuestas) a sujetarse a su regla pueden formar parte del reino de la existencia.

10

Schopenhauer marcó una aguda línea entre él y Kant, cuando proclamó que el mundo era una idea suya y que la experiencia humana apenas entró en sus cálculos. Schopenhauer reabrió todas las puertas de la existencia cerradas por Kant, pero sólo extrajo observaciones amargas y sin esperanza de todo lo que vio. Me pregunto, ¿cómo puedo amar tanto en un mundo que él amó tan poco?

11

¿Por qué este permanente retorno sobre el tema de la salvación, como si nuestra vida en esta tierra no fuera más que un castigo constante?

12

Las cosas por sí mismas no nos conciernen, porque si analizáramos su significado, y si sus extrañas cualidades formaran parte de nuestro sistema instintivo de cálculo, ¿qué llegarían a ser nuestras simples necesidades orgánicas y deseos?

13

Schopenhauer ha aparecido en mi mente a causa de este perfecto día schopenhaueriano, que con sus pesadas y amenazantes nubes y con su cielo de un gris

profundo ha aguijoneado el reumatismo de mis huesos desde el momento que abrí los ojos. Estos días tipo Schopenhauer visitan a Alemania por lo menos un centenar de veces al año. Afortunadamente para nosotros, los Schopenhauer en persona aparecen con mucha menos frecuencia.

En este país obstinado y entumecido, cuya policía es nuestra única y verdadera comadre, y las piedras nuestros únicos profetas, es Schopenhauer, y no Goethe, el poeta natural. Estamos condenados a la derrota en nuestras guerras, así como en nuestras filosofías. Si por error la victoria militar queda con nosotros, no se adapta de ningún modo a nuestras ceñudas disposiciones.

14

Sólo podía inducir a mi hermana a poner una cara solemne cuando lograba influirla a adentrarse como yo en el espíritu de Schopenhauer. Durante un tiempo, mis dos únicos conversos eran mis dos buenos amigos de intelecto, Mushacke y Von Gersdorff, y en la época que estaban completamente convertidos ya no estaba muy seguro de ser yo mismo un «discípulo».

15

Le he pedido al hombre que tienda un puente hacia el Superhombre, solicitándole sacrificios en los altares de los dioses desconocidos. Al hacerlo, no he sido tanto un filósofo como un moralista. Es una cosa peligrosa ser un pequeño Schopenhauer, si no se es el mismo Schopenhauer.

16

¿Por qué será que puedo fijar pensamiento tras pensamiento sobre el papel, tal como se presentan en mi mente, y si alguien me interpela preguntándome simplemente la hora, me confunde? El hecho de que se espera que pronuncie una serie de sonidos familiares como vía de contestación a la pregunta del hombre, paraliza todo mi sistema y me reduce a la impotencia intelectual. ¿Pueden suceder las cosas en el mecanismo de nuestros pensamientos sin herir a los pensamientos mismos? ¿El elemento espiritual es en nosotros enteramente independiente de los canales

materiales a través de los cuales fluye?

17

El hombre que ocupa el asiento frente a la puerta ante la cual debo pasar para cumplir mis diarias necesidades constitucionales, es bizco o lo soy yo. Uno de los dos haría bien en aprender a mantenerse alejado del camino del otro. ¿Y por qué me mira como si estuviera a punto de volar de un salto por la ventana, hacia la libertad?

18

Schumann y Schopenhauer son los dos polos de mi existencia. Ellos me han conducido a la admiración. Entre ellos me siento aplastado como entre las piedras del molino.

19

Hay aquí un hombrecito que frecuentemente habla conmigo. Me ha contado todo sobre él, y su historia es la menos interesante que he oído en mi vida. Si alguna vez le presté atención fue porque mientras me hablaba podía formarme juicio de la estatura total del ciudadano común de cualquier parte del mundo.

Hasta que un colapso nervioso lo trajo aquí, era un corredor de Bolsa que utilizaba el clásico bagaje de triquiñuelas del comerciante para comprar barato y vender caro. Sus ocupaciones lo llevaban al escritorio alrededor de las diez cada mañana y lo abandonaba cerca de las cuatro y media por la tarde. Durante esas seis horas, y con la ayuda de un grupo de cuatro o cinco empleados más o menos inocentes, manipulaba en grupos de alza y baja las acciones que necesitaban los más perversos para llevar adelante sus amplios proyectos de pillaje.

Cuando volvía a su confortable hogar, asumía el papel que a todo burgués alemán le agrada desempeñar, el papel del ciudadano recto y religioso. Cuando cansaba a su familia con sus historias para justificarse a sí mismo, llamaba a sus vecinos. Cuando se cansaban los vecinos, acudía a los miembros prominentes de su iglesia. Y cuando todos ellos estaban exhaustos, recordaba la lista de contribuyentes. Con toda esta gente sólo hablaba de un tema único: sus propias ganancias eran obtenidas

honestamente y con el debido temor de Dios; los beneficios de sus competidores, por supuesto conseguidos a sus expensas, era dinero mal habido en la forma más baja de deshonestidad y depravación. ¿Cómo sé lo que decía a toda esta gente? Porque llegó a mí, después de agotar el padrón de contribuyentes.

Qué sucedió cuando su conciencia íntima, con una vocecita, le dijo: *Vil mentiroso, ¿conoces alguien con una codicia más profunda que la tuya?* Creo conocer también su respuesta a ello. Haría donaciones de beneficencia. Todos estos miserables son devotos de alguna institución de caridad.

20

Soy un hombre de genio. Por lo tanto, puedo permitirme sonreír o escupirle a usted.

21

Los ricos dicen que el dinero no tiene verdadera importancia. No lo dan sólo de miedo a dañar, en aquellos a quienes pudieran darlo, el sentido de la apreciación de los valores. Personalmente, nunca quise dinero. Las únicas veces que pienso en él es cuando lo necesito.

22

En Leipzig me perfeccioné mucho espiritualmente, me masturbé ampliamente, y no frecuenté tanto a las prostitutas como debí hacerlo.

23

Prefiero ser un buen psicólogo antes que el Dios del Génesis.

24

Siento por Bismarck lo mismo que Moisés debió sentir por Amalek o Josué por Og, rey de Bashan. Sólo que como soy yo un ciudadano de Amalek, rompo huevos cada mañana con Og.

25

La ironía de mi vida es que elogio al fuerte, simpatizo con el débil y siento un amor inextinguible por los más menesterosos. Ésta es la contradicción imposible de mi vida que me reconcilia con mi actual convivencia entre los dioses menores.

26

Así como Alemania es la negación de Francia, Rusia es la negación de Alemania. Rusia tiene dos importantes ventajas sobre nosotros. Tiene más espacio donde pelear y más judíos con quienes batallar.

27

El mayor susto de mi vida lo tuve en 1866 cuando el cólera apareció a mi alrededor y huí de la ciudad. Ahora sé que es posible soportar mucho más que la rápida, violenta y nauseabunda muerte del cólera.

28

Muchas de las personas que he conocido, parientes en su mayor parte, que yo esperaba que me sobrevivieran, han muerto. Dios haría bien en vigilar a Su único laurel marchito.

Cuando recuerdo el incidente me pregunto qué hizo esa preciosa cantante rubia, *Fraulein* Raabe, de las canciones que escribí especialmente para ella y le envié por correo. Estaba ansioso de tener algún contacto físico con su belleza, y ya que el deseo máximo que tenía en la mente era evidentemente imposible, opté por el camino de su deliciosa garganta. Pero es probable que desde el punto de vista del amor, no del

digestivo, he elegido el más prescindible de sus orificios.

29

Siempre es un error llevarme a ver una obra teatral. Me río cuando no debo y cuando lloro durante la representación es justamente en el momento que se supone que nadie debe soltar una lágrima. En los espectáculos musicales soy siempre la encarnación de la sobriedad. Por eso es que, sabiendo que nada se espera de mí, no me fijo en nada en particular y perdono a todo el mundo y a todo. Quizás ése es el secreto por el cual Dios se alejó súbitamente del mundo al que durante tanto tiempo no le ha dado un profeta. Si es así, ¿no se debiera informar sobre esto al Papa?

30

La causa de mi oposición a los médicos de aquí, es especialmente su conversación, el vacío e inútil palabrerío que promueven sobre ellos y a su alrededor. Recuerdo un trabajo de puntadas y costuras perpetrado en mi anatomía cuando, siendo joven, y mientras montaba un caballo, fui arrojado contra el pomo de la montura y me lastimé el pecho y el costado. Sólo en esas oportunidades, cuando la carne está desgarrada y los huesos rotos, el médico es verdaderamente útil.

31

La soledad es lo que más me hace padecer aquí, aunque no es una sensación nueva para mí. Pero hay muchas clases de soledad. Existe la soledad de los lugares, la menos dañina de las soledades porque cuando se vive lejos de un lugar querido, nace la esperanza y el deseo de un futuro en el cual el espíritu humano puede felizmente confiar y trae consuelo. Existe también la soledad de una alta aspiración, la más bendita de las soledades, que involucra no sólo planes para sí mismo sino para la humanidad en general, y no necesita así cuidarse de las probables contrariedades que acarrea. Y por fin, está desgraciadamente la soledad que tiene una falta total de compensaciones, la soledad debida al fracaso del individuo para alcanzar un entendimiento común con el mundo. Ésta es la soledad más amarga de todas, la que corroe el corazón de mi existencia.

32

Cada artista es la alegre fortuna de los pocos que lo entienden. El artista ha nacido para su público y su público ha nacido para él. A los ojos del cielo los dos son iguales. No incluyo a los adoradores del populacho que es tan detestable e inútil como la despreciable canalla afectada por sus enamorados seudoartistas.

33

Mala gente viene a esta casa, y a la mala gente se le deja partir de ella.

34

He estado enamorado de dos mujeres, quizás sólo de una, y estoy tan alejado de los ángeles como siempre.

35

Recuerdo con respeto al padre que realmente nunca conocí, y sólo puedo pensar con desprecio en mi madre, aunque sé que no hay nada que no hiciera para darme consuelo y comodidad. Dios hace bien en esconderse detrás de Su pico en el monte Sinaí.

36

Para mantener expedito el tubo digestivo, cómanse ciruelas y estúdiese filología. Mientras reservé mis energías para la contemplación de las diosas frívolas de ordenados sonidos, gocé de buena salud y espíritu alegre. Sólo cuando troqué la filología por la filosofía me atacó la maligna progenie de Pandora. Pobre Rhode, que creía que me elevaba sobre el mundo cuando se me ofreció la primera cátedra de filosofía en Basilea.

37

Nada de lo que amo es bueno para mí. Ni siquiera la cerveza. Bebo sólo un vaso y ya quedo tan soñoliento que prefiero dormir a conversar.

38

A mis colegas profesores de la Universidad que se sentían satisfechos de su trabajo los llamaba lechuzas y topos. Para caracterizar a los rebeldes los hubiera debido llamar ratas. ¿No son acaso éstos los que minan la casa de la filosofía?

39

Una pelea entre filósofos debe tomarse tan en serio como una discusión filosófica entre dos albañiles.

40

Hoy tuve otra de esas conversaciones con mi hermana que ponen a prueba. Mi madre, como de costumbre, vino con ella y también como de costumbre se quedó en la puerta del consultorio en lugar de acompañarme en la visita.

¿Por qué esta amabilidad súbita?, le pregunté a Elisabeth.

Culpa tuya, Fritz, me respondió. *La sacas demasiado de sí misma cuando la sometes a tu conversación. ¿No te imaginas que goza más estando aquí sin verte?*

Puedes consolarte con el pensamiento de que tú sola me torturas por las dos.

¿Cómo te torturamos?

Espiándome. Mamá espía en la oficina mientras tú lo haces aquí. ¿Por qué no me dejáis en paz?

¿No quieres que vengamos más aquí?

Mi corazón empezó a fallar. La verdad es que no lo sé realmente.

De súbito me miró con agudeza y clavó en mis ojos su peligrosa mirada.

¿Escribes algo aquí?, me preguntó.

He escrito bastante sobre el mundo, le dije. *Deja que el mundo escriba ahora*

sobre mí.

Eso ya sucede, me aseguró. *Brandes y Strindberg no son ahora los únicos que proclaman tu genio. Hay otros, muchos oíros. Hasta me han pedido que escriba mis impresiones sobre ti.*

Me resultaba difícil creerlo.

¡A ti!

Sí, y me han ofrecido dinero también.

¡Pero no lo harás!

¿Por qué no?

No sabes nada de mí ni de mis ideas.

¿Quién puede saberlo mejor que tu propia hermana?

Sí, ¿y quién puede conocerme menos? Prométeme, Elisabeth, que no lo harás.

Dudó, y por un momento pareció que consentiría.

No puedo, dijo finalmente.

¿Y por qué no puedes?, pregunté.

Rió rápidamente.

¡Simplemente porque todavía no me he decidido, Fritz! Un minuto después se había ido.

41

He tratado de imaginar lo que mi hermana es capaz de decir al mundo sobre mí.

¿Diría que en los tempranos años de la niñez tomó la costumbre de deslizarse dentro de mi cama los sábados por la mañana para jugar con mis órganos genitales, y después de un tiempo se habituó a ocuparse de ellos como si fueran sus juguetes predilectos?

¿Diría al mundo que durante muchos años obsesionó la órbita de mis sentidos con sus maravillosos dedos, llevándome a un despertar prematuro y desesperado, de tal modo que por un espasmo total de mi vida estuve incapacitado de pensar en la belleza o el placer excepto en relación a sus ojos y a sus infames y prodigiosos dedos? ¿Y que pulió en tal forma mi vida que en lugar de la extraña diosa que visita la imaginación de todo adolescente normal, sólo podía enfrentarme con jaquecas y una hermana?

Éstas no son las cosas que Elisabeth diría de mí al mundo, si existe algún loco que la haya animado a escribir sobre mí.

Entonces, ¿qué *diría* Elisabeth en los artículos que amenazan comprarle? A fe mía, no puedo adivinarlo.

¿Diría con qué ansia se unía a cada esperanza mía y cómo se alejaba cuando la pesadumbre me atacaba?

¿Diría en qué forma cada vez que aparecía alguna persona que podía haber sido un verdadero amigo, hombre o mujer, encontraba alguna razón para que cortara esa relación, generalmente con la excusa de una razón moral?

¿Diría cómo instigaba a mi madre para que la secundara en difamar la reputación de Lou Salomé hasta que yo mismo me uniera a la injuria que las dos acumulaban sobre ella?

¿Diría que por rencor a mí se alejó con Foerster para alimentar en Sudamérica el odio por los judíos, y que fue principalmente para esconderse de mí que se dejó tomar por este tinterillo?

Pero no, la verdad no es para la pobre Elisabeth.

42

Una vez más empleé dos días de la semana para leer *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo a un grupo de estudiantes, y otros dos días leyendo *Edipo Rey* a otro grupo. Se puede leer Hesíodo a los jóvenes en forma tan frecuente como para matarlos, aunque si fueran niñas a quienes les leyera *Edipo Rey* todas concluirían encinta.

43

En el mundo intelectual tantas cosas han sido cercadas y graduadas por la teoría de la evolución de Darwin, que me pregunto por qué ha influido tan poco a los pensadores contemporáneos. Tememos tanto a los ingleses, que hasta nos asustamos de compartir la verdad filosófica con ellos.

44

No sucede nada mejor en Inglaterra, donde, según tengo entendido, los discípulos de Darwin tienen tanto trabajo en sostener sus principios más elementales que las tentativas de mejorar sus premisas fundamentales son muy pocas y están lejos de ello. En general, los ingleses han estado siempre más interesados en los hechos que en las ideas. Es por eso que jamás será posible hacer que el populacho inglés sea capaz de obrar impulsivamente en una acción irrazonable (o sangrienta). Nadie conseguirá de ellos que ingieran ningún caldo social, sino del que previamente hayan probado lenta

y cuidadosamente soplando cada cucharadita.

45

Uno de los nuevos huéspedes de esta casa es un converso al catolicismo. Usa su cruz conspicuamente, y oí que le decía al doctor que no intervendrá en ningún servicio que no sea primeramente aprobado por su sacerdote. Esto me recuerda el tiempo en que mi amigo y camarada Romundt, un maestro de Schopenhauer e incrédulo si alguna vez conocí a alguno, anunció públicamente su intención de unirse a la Iglesia de Roma. A mí y a los otros asociados de la universidad nos hizo la misma impresión que si nos hubiera dicho que estaba cansado de ser un hombre y que en una fecha futura entraría en una jaula del zoológico local para convertirse en mono. *¿Qué lo ha fatigado tanto de la aventura de pensar?*, le preguntamos, y por supuesto, no contestó. Cada vez que oigo a alguien, casi nadie, que ha sido instruido en *la fe*, tengo el mismo curioso sentimiento. Nadie se convierte al catolicismo por inspiración. Se debiera instruir a la gente sobre la forma de vivir en una religión en la cual el ochenta por ciento de sus adherentes son semiliteratos.

46

He estado acertado en casi todos los puntos con respecto a Wagner, pero estaba ciertamente equivocado cuando confundí la necesidad de entenderlo a él y a su trabajo, con las necesidades de la lucha por la cultura en nuestros tiempos. ¿Qué tiene que ver la cultura con la música? La mejor de las músicas, refinamiento del instituto que brama y nos eleva cuando estamos doloridos, sigue siendo, a pesar de nuestros esfuerzos para refinar su llamada, una expresión puramente primitiva del animal que todo ser humano esconde dentro de sí.

47

Una vez traté de reconciliar a los dioses y a los artistas mediante la sugerencia de que los dioses sólo eran hombres que posaban como artistas. ¿Bajo qué concepto arrogamos entonces a los dioses el derecho a amar sin participar también de nuestras funciones orgánicas menos elegantes? Ya en el Renacimiento, se nos ocurrió que al

más distante de nuestros creadores le era necesario mover el vientre, y finalmente en los cuadros de la Asunción, tuvimos el espectáculo de una fila de ángeles que orinaba sobre la otra.

48

No hay nada científico en nuestra moral, y todavía menos moral en nuestra ciencia. Para conciliar las dos, un nuevo grupo de dioses deben ser concebidos, ordenados y popularizados.

CAPÍTULO QUINTO

1

¡Ah, Orestes, la sangre de tu madre pesa sobre tu conciencia, y a tus pies, la cólera vengadora te arrastra al camino de la condena! ¡Madre, estoy colmado de remordimiento; sé que te he asesinado con mi intenso odio, tan grande y ardiente que es capaz de destruir a todas las madres del mundo!

¡Pero Ifigenia[13] expiará mi vil crimen, ella conoce la agonía de Tántalo, el agua que se mofa de sus labios, la fruta que elude la boca entreabierta hasta que el hambre y la sed incitan al espíritu extraviado hacia la locura matricida! ¡Ella expiará mi culpa y la tuya, porque la sacerdotisa de la virtud hundióse conmigo en el pozo más profundo de Tártaro, hacia la insondable perversidad de los egipcios que desafiaron las barreras de consanguinidad! ¡Ah, este dionisíaco frenesí, esta alegría de vivir que transforma en Paraíso a este mundo inferior donde todos los odios y miserias terrenales desaparecen en el éxtasis del momento eterno, y los sombríos pecados se consumen en las llamas de los cometas lanzados a través de los remolineantes abismos del espacio!

¡La fortaleza ha caído y mi cuerpo yace junto a los muros en ruinas! Pero Ifigenia desafía los truenos de Zeus; reúne los fragmentos de Orestes, todos sangrientos, e invoca a los dioses a realizar el gran milagro; transformarme nuevamente en cuerpo, mente y espíritu. Ése es el destino de mi estrella; restituirme a la totalidad del planeta donde cada brizna de yerba marchita florece hacia la vida de resurrección.

¡Ifigenia, Ifigenia, tu hermano Orestes espera el milagro de tus restañantes manos! ¡No temas los truenos de Zeus: nada hay en el cielo ni en la tierra que pueda impedir nuestra voluntad de plenitud y de santidad, excepto nuestra propia cobardía y nuestra violenta desesperación! ¡Demonios: levantaos, soplad las trompetas y marchad en ronda alrededor del terror del espíritu hasta que sus muros caigan en ruinas! ¡Levanta, Satanás, levanta la tormenta en el cielo, dispersa a los ángeles de la oscuridad y esparce tu violenta luz sobre el trono vacío de Cristo!…

¿Quién es él? ¡Sí, es Nietzsche, el hijo de Odín, pulverizando los planetas con el martillo de Thor! ¡Soy el gran Destructor, el gran Constructor; construyo un nuevo cielo y una nueva tierra para dejar lugar al espíritu de Prometeo, el alma infinita de Zaratustra!… ¡Ay de mí!, el mismo Constructor está demolido: ¿cómo puede el polvo transformarse en Dios, el Dios de los dioses? En los truenos de la voluntad todas las tumbas tiemblan y se abren en grietas. ¡Polvo: levántate, y marcha hacia tu virilidad, tu «divina virilidad», sobre la montaña santa donde la serpiente y el águila esperan el retorno de Zaratustra al hogar! Al estallido de una música de Mozart las puertas de la

alegría se abren y el hombre marcha hacia su heredad…

Sed finalmente una sola mente, unida en el sentimiento[14]. Ifigenia, Ifigenia, ¿no estamos unidos en cuerpo, mente y espíritu? ¿No es tu destino mi sino predeterminado? ¿No vibramos juntos con los vientos del amor y del odio como un arpa eólica que palpita en los dedos de la tormenta? ¡Ifigenia, Ifigenia, no temas a los dioses que sólo conocen el pecado de la debilidad, y ni siquiera la sombría lujuria faraónica de la sangre que busca su propia imagen en el burdel del incesto!… Soy el rey Tolomeo Filadelfo; construyo un fanal en Faro para que los marinos puedan guiarse, y estoy deshecho contra las rocas…

¡Ah, Ifigenia, Ifigenia, no temas a los dioses, pues los dioses están en nosotros; somos nosotros los dioses que tememos, y al perder nuestro propio temor sobreviene la locura! Esta trágica discordancia se presenta: nosotros mismos nos separamos contra nosotros. No ruegues a los dioses, no ruegues:

Rettet mich
Und rettet euer Bild in meiner Seele![15]

¡No ruegues a los dioses, ya que los dioses están en nosotros; el espejo refleja su imagen; nosotros somos los dioses y toda la fuerza del cielo! ¡Ruega más bien a ti misma, estrecha al mundo entre tus brazos como Anteo, y sé fuerte con la potencia de la Tierra todopoderosa! Somos los guardianes de nuestro propio sino; yo soy tu destino y tú eres el mío…

¡Ifigenia, Ifigenia, Orestes ha caído en la fosa; la tierra se estrella contra su cabeza, la buena tierra en la que él confió hasta el fin! ¡Rescátame, *amada* mía, rescata al enamorado del mundo…! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Hermana, me entierran vivo! ¡Ayúdame, ayúdame, Ifigenia! ¡Ayúdame!

2

Si con mi martillo filosófico hubiera forzado cajas de caudales o aplastado cabezas, en lugar de cazar fantasmas, todavía estaría gozando la compañía de mi Calipso rusa que llenó su caverna con Khornyakow, Leontyev, Aksakov, Federov, Solovev, Bakunin, Kropotkin, Mijailovsky, Kreevsky, Belinsky, Dostoyevski, Herzen y Tolstói. Alineados frente a mí estaban todos estos religiosos y ateos intoxicados de Dios, el regimiento completo de mesías rusos, y tenía que defender mis ideas contra las de ellos o se me privaba de mi ración de nocturnales besos. ¡Como yo era un filósofo ella también adoptaba la misma postura, y hasta cuando se desvestía en su

tocador debía mantener mi imaginación alejada de su voluptuoso cuerpo y defenderme de la acusación de haber robado mis ideas a Leontyev!

Leontyev, ¡su nombre y sus pensamientos me eran tan desconocidos como los de cualquier filósofo negro del corazón del Congo! Este filósofo que se hizo monje, trató de defender la obscena tiranía del Zar diciendo que el fenómeno de Pushkin justificaba todo el sufrimiento del pueblo ruso. ¡Si todo lo que los rusos tienen para ofrecer es Pushkin, bien merecido tienen su sufrimiento! Es cierto que Leontyev se oponía a la rusa idea mesiánica de la igualdad, que destruye la cultura, pero el colapso de ésta puede bien ser un acontecimiento afortunado si surge una nueva raza de bárbaros, salvajes de Rousseau, que aniquilarán una cultura cuyas raíces están en la mentira y la hipocresía de nuestra civilización convencional. Antes que ser un apologista del Zar para una cultura de pogroms, estoy preparado a unirme a los socialistas en su lucha contra la seudocultura de los filisteos y los antisemitas.

Mi actitud hacia la cultura es el polo opuesto del leontyevismo, y mi encantadora rusa lo sabía, pero me castigaba por profanar nuestro nido de amor al arrastrar en él los cucos de Sócrates, Kant y Hegel. Venus está celosa de Minerva, y si la diosa de la sabiduría trata de exhibir la brillantez de su inteligencia mientras la diosa del amor se quita su cíngulo, la guerra entre ellas arrastra a los cielos y a la tierra al combate mortal. ¡Los muslos desnudos de Venus resplandecen a través del universo como la espada del juicio final, y cualquier filósofo que se atreve a jurar lealtad a la virginal Minerva es aniquilado!

Tuve la misma sensación cuando, al seguir el ejemplo de Platón, Boecio, Böhme, Goethe y Solovev, traté de personificar la filosofía en la virgen Sofía, el emblema integral del «eterno femenino» que hace frente a nuestra diferenciación y cae a través de la desgarradora serpiente del sexo. Sobre las alas de la imaginación de un «cabalista», volé hacia el cielo unificado de la gloria donde Minerva y Venus están fusionadas en el tórrido ardor de la pasión que une nuestra naturaleza andrógina al cuerpo puro de los amantes de Platón. Pero el sueño de la virgen Sofía viola la rígida ley de la verdad biológica. El Eros místico pide el completo abandono de la mente para entregarse a los torneados muslos y a los pechos palpitantes.

A pesar de San Agustín que escribió sus *Confesiones* en forma exhaustiva, como Tolstói, la unión sexual implica en nosotros el animal más que el ángel, y ya que el filósofo no puede condescender a la bestia que lleva en sí, no puede ser útil a una mujer apasionada como Lou, excepto como un objetivo del que pueda sentirse orgullosa.

Stendhal, el único hombre en Europa que intelectualmente era mi igual, tenía el mismo predicamento cuando escribió *Lamiel*. A pesar de todos los libros que leyó sobre el arte de amar, que incorporaba a sus novelas y ensayos, no pudo, como filósofo y psicólogo objetivo, someterse al velludo animal que llevaba en sí, y contraponer la pasión desnuda de una amante con la violencia de la bestia. Por lo tanto se sumergió en el sueño artificioso de un filósofo ladrón, pleno de bestial

lujuria, y adoptó citas de Molière y Corneille. Este ladrón filósofo, que hacía la guerra a la sociedad, la que según decía él, le declaró la guerra, tenía la opción de cortarle el cuello a su heroína, o violarla. La heroína se decide a someterse con éxtasis a su deshonra.

Ésta era la opinión de Stendhal sobre sí mismo y también su juicio sobre mí. Mi veneración a la Dama Filosofía, la virgen Sofía, era un abandono herético frente al altar de Afrodita donde Lou Salomé yacía en su lecho de damasco, como una ramera sagrada, que pedía una entrega completa al divino éxtasis de la carne. Yo no ascendía a su lecho como un devoto de Afrodita, sino como un fugitivo de Palas Atenea: nunca pude reconciliarme con mi propia *bestia rubia* —el ladrón de Stendhal, estuprador y asesino al por mayor—, y Lou me castigó por mi incorregible virtud, mi preferencia por el puritanismo de mi hermana que abandoné en el pensamiento pero no en el hecho…

Cada mujer es una ramera de corazón, y hasta que un hombre no comprenda esto no le será posible penetrar en la pureza virgen de su ser. Si alguna vez logro liberarme de mi parálisis, empezaré nuevamente la vida dejando el enigma de la Esfinge a los eunucos y filósofos, para transformarme en un héroe de novela de segunda categoría. Cuando sorprenda entonces en su tocador a una belleza semidesnuda, le pondré un cuchillo en su cuello y dejaré que tome su gran «decisión». Como el *Lamiel* de Stendhal, ella se deleitará con mi bestialidad, mi energía desenmascarada que enfrenta el furioso embate de su íntima naturaleza femenina.

¡Y si trata de inducirme a una discusión sobre filosofía, simplemente para probar el carácter genuino de mi bestialidad, cortaré sin más ceremonia su cuello de oreja a oreja, desmembraré su cuerpo con la sierra de un carnicero y arrojaré sus restos en las llamas de un horno!…

¡Ah, mi querida dama rusa, gozarás entonces la demostración de mi terror! *Haré actuar* mi filosofía: el cráneo de César rechinará en la tormenta, con el estrépito de la muerte de los imperios.

3

Ésta fue mi tragedia: llegué a ser un apóstol para los cristianos, predicando el Anticristo con el mismo celo fanático con que San Pablo preconizó la redención mediante la sangre de Jesús. Yo que creí que todo está determinado por la fatalidad, que debemos amar el destino del hombre con temeridad verdaderamente estoica; yo, el decidido promulgador del *Amor fati*, me coloqué el manto de Elías, y con el cósmico frenesí de Jeremías pronuncié la condena de nuestra era, la era de los filisteos triunfantes[16].

La presunción afectada e hipócrita del papel de Mesías, que tanto odié en Carlyle

—esta blasfemia del judío en Cristo castigado—, se posesionó de mis partes vitales y comencé a profetizar mientras duraban mis heridas en lugar de dejar que sanaran con estoica resignación.

¡Qué sensación de distancia entre Heraclito y su discípulo Nietzsche, que a pesar de su rebelión contra la esclava moral de Jesús, una muralla de diecinueve siglos de amor y piedad lo separa del ideal de Heraclito!

Heráclito, el efesio, no tuvo ningún Naumburg contra quien luchar, ninguna gente hipócrita a su alrededor que saturara la atmósfera con el sentimiento cristiano y emponzoñara la mente con pensamientos de crucifixión. Este veneno cristiano ha permanecido en mi sangre, de modo que el águila orgullosa, y la sabia serpiente —posesión común de Heráclito y Zaratustra— se han fusionado en la imagen de la cruz.

Conservo todavía, como el efesio, un aristocrático desprecio por la moral, la comodidad y la quietud, y como él, glorifico la lucha, pero *contrariamente* al antiguo filósofo, he permitido que la lucha entre en mi alma, de modo que mi espíritu se ha transformado en un campo de batalla entre las dos visiones del mundo: la judeocristiana y la grecorromana, la moral y la amoral. Este conflicto, el augurio de la enfermedad de amor y compasión de Cristo, hendió mi mente en dos partes, y mis amigos recibieron de Turín cartas irrazonables y fantásticas, firmadas «el Crucificado» y «Dionisio».

Heráclito no escribió tales sátiras y libelos engendrados por una mente turbada y dividida por los conflictos de nuestra era. Él tenía fe en la eterna razón, la única parte de su credo que no adopté, porque engañado por Schopenhauer, confundí el tiempo con la eternidad, y coloqué al filisteo en el trono vacío de Dios, el filisteo cuya insensatez e irracional falta de objetivos constituyeron para mí las cualidades de la «deidad». Al luchar contra los filisteos me transformé yo mismo en filisteo, y abandoné el deseo de la razón por el deseo ciego del poder, el deseo que se destruye a sí mismo en la impotencia si no está dirigido por una mente cósmica, como Pascal comprendió tan claramente.

Ahora en las garras de esta parálisis rastrera que convierte cada párrafo que escribo en un calvario del espíritu, una angustia apocalíptica, comprendo más que nunca que mi cruzada contra Sócrates era realmente una guerra contra mí mismo, es decir, la parte de mi ser racional que poseo en común con Heráclito, mi voluntad para razonar, mi pasión por la verdad absoluta, que a pesar mío me obligó a renunciar a Wagner y al wagnerianismo, los sumideros de la triaca irracional que el ignorante todavía confunde con los tubos de órgano de la música divina.

No estoy de acuerdo con Shakespeare con respecto a que los dioses nos atormentan y nos mutilan del mismo modo que los colegiales torturan y arrancan las alas de las moscas. Por el contrario, los dioses han sido amables conmigo, y mediante la lección de la parálisis y enfermedad del cerebro me han enseñado a valorar mucho más la salud física y moral, aplastando mi frenesí dionisíaco para apreciar mejor la calma apolínea y la razón de Sócrates. Gozo el invencible optimismo de Goethe, que

decía: «Nos hallamos bajo la protección de los dioses misericordiosos que cuidan de nosotros mejor de lo que nos cuidamos nosotros mismos».

4

No sólo los dioses, también las diosas nos protegen de nosotros mismos. Mi Venus rusa, demostrando la capacidad destructora y la futilidad de la locura dionisíaca, me hizo volver a mi convicción spinozista de que la divinidad del hombre se expresa por el amor a la verdad, que la orgía griega es un esfuerzo salvaje y coribántico para borrar el miedo y la ignorancia de la vida en una histeria erótica, y prácticas sexuales desvergonzadas. Lou Salomé llegó a ser una droga para mí, como el cloral y el narcótico javanés que cesé de tomar durante nuestras frenéticas orgías, una droga que me sumergió a través de todos los terribles abismos de agonía y gloria descritos por De Quincey, el consumidor inglés de opio.

Cuando me curé de Lou Salomé me sentí como un adicto a las drogas, enmendado, que puede gozar nuevamente del amor intelectual a Dios, como Spinoza, y solazarse otra vez en el reino del espíritu humano. Cuán bajo cayó Zaratustra; esta águila y su serpiente miran hacia abajo, observando con desprecio, desde la gran altura de la vigilancia cósmica.

Ésta es la paradoja dialéctica de la vida —paradoja que Heráclito fue el primero en descubrir— que la traición de Judas hecha por Lou era realmente un despliegue bendito de la gracia divina: al enseñarme la falta de significado de sus besos estériles, me obligó a cambiar los fundamentos dionisíacos de mi filosofía, construidos sobre una nube, para colocarlos en la roca firme del conocimiento científico. Entrelacé en mi poder mental los descubrimientos de los socialistas darwinianos, y si los socialistas rondaron mi cabeza y me transformaron en un abogado del poder del pueblo, estoy preparado para adherirme a ellos en su beneficio. No temo el triunfo democrático del pueblo, si la historia ha decretado el triunfo de la mayoría sobre la minoría. La fuerza viril de la vida misma es lo que importa, lo que siempre decreta que la victoria debe ser del más fuerte, fuerte en cuerpo, mente y espíritu. Estoy convencido ahora que la simple fuerza bruta no armoniza con el sistema cósmico de las cosas.

Esto, por supuesto, lo sabía Pascal hace mucho tiempo. La fuerza debe ser compatible con la justicia racional, o si no degenera en barbarismo. Ésta era la opinión primordial de Paul Rée, el judío, que junto con Lou Salomé (¿es ella una judía oculta de la casa de Herodes?), exaltó en mí el fanatismo de San Pablo que machacaba el mensaje de Cristo en los cráneos de acero de los romanos. Ella menospreciaba su papel de Cleopatra, y porfiaba que sentía más respeto por la serpiente de Zaratustra que por la serpiente del Nilo. Del mismo modo que Pablo[17]

negaba a Jehová con su mente y lo aceptaba con su corazón, Lou aprobaba a Venus con su corazón pero la negaba con su cabeza.

Me convenció que no podíamos desempeñar más el papel de amantes de Ovidio, ya que los siglos que se interponían entre Augusto y Tolstói eran zarzos, que nosotros, con nuestro cristiano concepto del pecado, no podíamos saltar. Los idilios de Teócrito y los cantos de amor de Catulo hicieron célebre una era clásica que no conocía el pecado original, y donde poetas de torturada conciencia no transformaban el cuerpo de la mujer en el cuerpo de la «deidad» misma. El *pequeño pastor* que había en mí se rebeló contra su lasciva desnudez, y el fantasma de su conciencia asesinada la sumió en la aceptación del credo de Tolstói de que la expresión sexual era obra del Diablo.

Así fue que los dos nos pusimos las hojas de parra y nos alejamos del Jardín, mientras mi hermana Elisabeth nos daba un fuerte empujón por detrás para asegurarse que no seguíamos el ejemplo de la mujer de Lot y miráramos con anhelo hacia la llameante ciudadela de nuestros pecados…

¿Quién si no una mujer puede darle integridad a un hombre en un mundo destrozado en añicos sangrientos por los Césares del industrialismo?

Sólo la tumba conoce la agonía de la vida mutilada del hombre, dividido contra sí mismo, y sólo la tumba puede restituir al hombre al cosmos de Heráclito que en un mundo de tumultuosos cambios puede todavía observar el invariable absoluto, la divina razón dominando el caos de los siglos y sosteniendo en alto los estandartes de la armonía y de la paz.

5

Hay renovación para la naturaleza, para el hombre no hay ninguna. ¡Querido Horacio, qué bien has hablado! En mi agreste refugio, como en el tuyo, la naturaleza se renueva constantemente; los pimpollos se transforman en heliantos, venerando a Helios como Julián el Apóstata, que aspiraba ardientemente restituir al hombre a la naturaleza y asegurarle de este modo su inmortalidad. Pero todavía podemos escapar del establo cósmico de los filisteos donde el coraje y la temeridad se medían con el nexo dinero de Carlyle y cada sentimiento humano se reducía al consejo de Yago: *Poned dinero en su bolsa*.

Todavía podemos desviarnos del Trasímaco de Platón, con su obscena lujuria por el poder de los filisteos, que se ahogaba en placeres sibaríticos, hacia la estoica disciplina de Zaratustra que gobierna el futuro, respira aire de montaña y no se alimenta de periódicos, política, cerveza y música de Wagner. Todavía podemos adiestrar nuestras voluntades para escudriñar los cielos en busca de lo mejor de nosotros mismos: ¡el ideal del Superhombre!

¿Por qué hallamos instrumentos de suplicio para nuestras mentes, retorciendo nuestra miseria hasta irrumpir en la locura? La mirada paralizante y feroz de Medusa me está transformando en piedra, pero todavía puedo volver mi rostro hacia el jardín y observar cómo las rosas se elevan hacia su incienso, y son destrozadas por su misma fragancia deliciosa. Es un lujo estar vivo, sin meta ni propósito, succionar el sol como una flor de jardín, y olvidar la angustia de la existencia simplemente en el deseo ardiente de vivir.

Ésa es la sabiduría del populacho que no fue maldecido por la enfermedad mortal del ideal, y, hundido hasta las rodillas, se resignó a su naturaleza finita, y renunció a desafiar a los cielos con satánico desprecio. ¡Ay, ay!, he tratado de elevarme por sobre mi condición de animal y derramé sangre como uno de los toros de Virgilio, tornando púrpura los verdes pastos con mi rugiente muerte. Sin embargo, mis bramidos se han silenciado y Lama no sospecha que mis destrozados cielos se inflaman con relámpagos y se sacuden con truenos mientras sonrío amablemente a medida que se presentan los huéspedes, como el catálogo de naves de Homero…

El crepúsculo desciende sobre el jardín, los últimos rayos del sol desaparecen para siempre y mi espíritu se inflama de sagrada resignación al repetir con el Estoico Emperador[18]:

¡Oh Universo! Todas tus obras me complacen. Todo lo que llega a tiempo para ti no puede ser para mí ni prematuro ni tardío. ¡Oh naturaleza! Lo que me traen tus estaciones es para mí siempre sazonado fruto. Todo proviene de ti, todo reside en ti, todo vuelve a ti. *¡Oh ciudad de Cécrope*[19], *ciudad querida!*, ha dicho uno. Y lo que se ha dicho de Atenas, la hermosa ciudad de Cécrope, ¿no se podría decir del Universo, la hermosa ciudad de Dios?

¡Así habló Zaratustra, que es la encarnación de todo hombre que haya «afirmado» la «vida» en medio de la muerte, superando así su mortalidad, y en su «divina virilidad» ansiaba estar dentro de una danzarina estrella!

6

Cuando en Ginebra le propuse matrimonio a una muchacha holandesa, después de algunas horas de haberla conocido, me aterroricé al pensar que podría aceptar mi irreflexiva propuesta, que nació de un súbito acceso de romanticismo wagneriano. Pero las estrellas me fueron favorables ese día, y la hermosa muchacha holandesa me rechazó de plano.

Debí seguir el ejemplo de mi colega Burckhardt. Su ejemplar de Schopenhauer estaba plagado de signos de interrogación, y yo debí marcar a todas las mujeres que me fascinaban con signos de interrogación, incluso a Lou Salomé. La fe en las mujeres es una forma de idolatría, y en un siglo en que los principios ya no imponen

la lealtad en los hombres, nos inclinamos delante de ídolos vestidos con uniformes prusianos o enaguas de seda.

La idolatría, sea con respecto a un gobierno o a una muchacha, no es una caída hacia el paganismo sino hacia la estupidez. Federico el Grande decía: «Si tuviera más de una vida las sacrificaría por la patria. No creo en la fama, excepto en la del Estado». Por supuesto, Federico, con su maquiavélica astucia, mentía como el barón Munchausen, pero aunque lo creyera, seguiría siendo un real idiota, a pesar de su apoteosis en las páginas de Carlyle. Es un instinto saludable dar cuerpo y vida a las ideas y a las teorías, ya que si no fuera así vagarían como los espíritus en la morada de los muertos de Hornero, como simples fantasmas condenados.

Buscar la concreta realidad del amor en el cuerpo de la muchacha holandesa era un saludable instinto por mi parte, pero debí recordar que ella sólo era una personificación momentánea del platonismo, la «belleza» absoluta que el artista sólo puede poseer en su imaginación creadora. Aunque mi fe en Platón no forma parte de mi credo, cualquier filósofo puede verse apresado en esa emergencia cuando Loreley canta su salvaje canción en la roca y atrae al pescador a la destrucción…

Al menos la rubia muchacha holandesa me hizo conocer a Longfellow y su poema *Excelsior*, que al principio creí que era un plagio de mi idea del Superhombre, hasta que descubrí que la obra maestra era tan vieja como yo. Desde entonces he tenido un respeto sincero por el poeta de Nueva Inglaterra, aunque me han dicho que todas las prostitutas de burdel en Norteamérica recitan sus poesías, especialmente *El herrero de aldea*.

7

Como Titania, ella olvidó mi rostro a la luz de la luna y otorgó sus besos a un asno. Pero esto es inevitable cuando un león vive entre burros y los rebuznos suenan como un canto de amor en los oídos felinos.

Vivo en mi propio universo elemental donde el juicio y la sensibilidad de Goethe se combinan para crear la atmósfera de felicidad. Yo, con mi visión montañesa, ¿qué tengo que hacer con el ganado del valle o con los garañones que montan a sus yeguas por mandato de la naturaleza?

Sólo Aspasia puede comprender mi amor pasional, porque vivió en el siglo de Pericles cuando la mente era carne y la carne era mente, fusionadas las dos en la brillante llama del amor nupcial. Pero Atenas ha dado paso a la furia de igualdad de Rousseau, y yo me mantengo, como un gigante entre pigmeos que no conoce otro sonido que el rebuzno de la carne, y me he hecho hermano del asno como San Francisco…

Algún día iré a la casa donde nació Rousseau y destrozaré todas las ventanas.

Mientras tanto viviré para los deberes culturales y despertaré en mí, y en los demás, al filósofo, al artista y al santo. ¿Me dejaré abatir como Titania y su asno y deberé exiliarme de la vasta comunidad de la cultura europea?

8

Pascal, el agudo cazador, persiguió a cada fenómeno hasta su cubil, desde el más infinitamente pequeño, al más enorme dinosaurio del cenagal. Pero ¿podría él explicar el amor a primera vista de Cándido y la hermosa Cunegunda «después de comer, apenas abandonaron la mesa»?

¿Tiene alguna relación un estómago satisfecho con el sentimiento de amor romántico? Este sentimiento es desconocido entre los salvajes de la jungla y muchos de ellos han desechado la palabra «amor» de su lenguaje y la han sustituido por la palabra *apetito*. Los misioneros cristianos han tenido dificultad en predicar el amor a los aborígenes, ya que no podían inculcarles la idea de Dios, porque su idea suprema en la vida no es Dios, sino una tajada de carne de elefante o de jabalí.

He hecho referencia brevemente a la filología, que en Basilea constituía mi especialidad, porque, como el infortunado Cándido, he sido expulsado del mágico castillo del amor *con una descarga de puntapiés en el trasero*.

Después de haber comido con mi Helena rusa me enamoré a primera vista; ¡lástima que no sufro la dispepsia de Carlyle; si el alimento hubiera fermentado en mi estómago mi amor hubiera muerto al primer eructo!

9

Soy un producto híbrido de Sócrates y de la sombra, un razonador fantasma entre los condenados. El mundo está hastiado de filósofos. Yo estoy hastiado de mi personalidad socrática. Sócrates pensaba que constituía un remedio lo que sólo era otra manifestación de la enfermedad: ¡la enfermedad del *pensamiento*! Mi espíritu ha desafiado a la verdad fundamental, la certidumbre absoluta, y esta certitud me ha enloquecido. Mi sabiduría, al fin, está desencantada; sé menos que Hamlet, menos que Sócrates, *¡menos que nada!* Ésta es la verdad final: no hay verdad, sólo está el espíritu que cuelga agonizante de la cruz…

¡Oh, cazador de ratas de Atenas! ¡Oh, Critón, yo también debo a Esculapio un gallo! Yo también padecí durante un tiempo la enfermedad de la vida, deseché al doctor, la Muerte, lo evadí con mi razón, mis instintos, mi máscara de ilusión, con

mis disfraces de pensamientos elevados hasta los cielos. La mascarada ha terminado ahora, la farsa se acaba. *¡Der Vorhang fällt, das Stück ist aus!* La última de las luces chisporrotea en la oscuridad: *das arme Licht war meine Seele*[20].

Como las Danaides, me vi obligado a verter agua en un vaso lleno de agujeros. Ahora el cedazo se hunde, las galeras de Sócrates son devoradas por las olas, y todos los esclavos de las galeras se sumergen con sus naves, mientras los cielos braman con las llamas de la locura del mundo. ¡Oh, Anticristo, oh, «tercer hombre» de Aristóteles, oh mediador impotente entre el cielo y la tierra! ¿Dónde está tu helénica sabiduría en esta hora apocalíptica, el momento de la condena final? ¡Contéstame, Matilde[21], que cuidas a tu poeta en su lecho mortal!… ¿Pero puede una vaca contestar cuando el mismo Sócrates no puede resolver el enigma? ¡Hasta la roca de Goethe se funde bajo el llameante sol del Nazareno!

Tú has conquistado, ¡oh, Galileo!; Julián el Apóstata yace aplastado bajo tus pies. ¡Tú me has conquistado, oh Heine, tu humilde Nazareno ha vencido a la orgullosa Helena que lo ha desafiado, y aun ahora, en su momento de agonía, lo desafía para siempre! ¡Las coronas de vid de Dionisio se arrastran en el polvo; se ha estrellado en pedacitos y arrojado a los lobos, pero los vientos alzan sus trompetas y soplan vida a través del funeral del mundo!…

Ya no soy una rolliza Helena, plena de la alegría de la vida, que mira con una condescendiente sonrisa al humilde Nazareno. ¡Sólo soy un pobre judío, enfermo a punto de morir, una imagen extenuada de la miseria, un despreciable infeliz! Yo también soy un despreciable infeliz, querido Heine, pero ¿me reclamará Nazareno o Jehová porque la tumba se mantiene abierta? No, no: *¡donde hay tumbas hay también resurrecciones!*

Aquellos que no traicionan a la «vida», la «vida» nunca los traiciona.

10

Dios ha tornado tonta la sabiduría del mundo, dijo San Pablo. No ha sido Dios sino nuestra propia estupidez que ha transformado la cultura en anticultura, de modo que los modernos sofistas —los humanistas, los empiristas, los relativistas, los utilitarios y los individualistas— se encuentran en la misma media luz de la mente cuyos vapores hierven en mi cerebro, una bruma púrpura que amenaza convertirse en una total oscuridad.

No puedo estar de acuerdo con el pensamiento de Epicuro: *Aprende con tiempo a morir, o si prefieres, a superar a los dioses*. La elección de llegar a ser un dios o un cadáver, un superhombre o un puñado de polvo amargo, no es para mí. Tal razonamiento sofista es posible para Epicuro que tomaba sol en su exuberante jardín, pero no para mí que transpiro sangre y tormento en el jardín de Getsemaní y siento

que mi mente y mi cuerpo se pudren mientras la cruz está preparada para mi crucifixión.

Tranquilidad de la mente y paz del espíritu, cuando el amor se ha fugado de mi corazón y un judío epiléptico, colocado en el centro de mi corazón, ríe estrepitosamente como un desenfrenado filisteo, mientras Sansón, enceguecido y atado a un pilar, brama su furia contra los que le atormentan. *¡Dios ha tornado tonta la sabiduría del mundo!… ¡Basta, basta, esta carcajada filisteo debe cesar! ¡Destrozaré los pilares de la cordura y me precipitaré de cabeza en las ruinas…!*

Dios ha tornado tonta la sabiduría del mundo. Ah, judío, tú has sabido cómo burlar al guerrero de la cultura, ya que habiendo perdido la fe en su causa, no puede más luchar. ¡Pero la muerte pone término a toda burla; de este lado de la tumba la risa debe cesar!

11

Puesto que muero, yo, Cayo César[22], también llamado Calígula, ordeno la muerte de Tiberio, nieto del emperador Tiberio, que se arrogó la *toa virilis* y cuya muerte vicarial puede aliviar los sufrimientos de mis últimas horas sobre la tierra.

Ordeno la muerte de Potitus, el plebeyo, que prometió morir en caso que yo recobre la salud, y ya que puedo curarme decreto que cumpla su juramento y sufra la pena de crucifixión.

Ordeno la deificación de mi hermana Dursila Elisabeth; que se erija de ella una efigie dorada en la casa del Senado, y que en el templo de Venus, en el Foro, se coloque una estatua de su figura de la misma medida que la de la Diosa, y se la honre con los mismos ritos.

Decreto también que se construya un altar en su honor, un templo con veinte sacerdotes, tanto hombres como mujeres, y se celebre el día de su cumpleaños un festival con los mismos honores otorgados a Ludi Megaleures. Firmado: Cayo César, Emperador.

12

Cuando Hegel estaba terminando su *Fenomenología*, miró por la ventana y vio a las tropas de Napoleón que entraban en Jena.

Observo a través de la ventana de este manicomio en Jena y veo a los fantasmas de la armada de Napoleón que marchan delante mío, y se ríen del filósofo con el

martillo, del mismo modo que se habrán reído de Hegel con su *genio del mundo histórico*, el hombre que personificó y creó una era.

Napoleón, el aristócrata por decreto propio, creó la *desilusión* del poder, la misma desilusión de la grandeza que me obsesionó cuando me erigí a mí mismo en el déspota intelectual de Europa. Es una verdad eterna que el genio, en su lucha contra los filisteos, se yergue al nivel heroico, y, como Goethe, elige en calidad de su *alter ego* a un inculto y nauseabundo villano como Federico el Grande, el hombre que personifica su ansia secreta del poder.

Del mismo modo yo me sentí Napoleón, y al venerarlo, yo, profesor Nietzsche, con mis ojos que portan lentes y encorvado como los eruditos, monté un blanco corcel y cabalgué furiosamente hacia la batalla. «El hombre más grande que ha llegado al mundo desde César», como Stendhal llamaba a Bonaparte.

Este manicomio me ha curado de tal insensatez, pues todos los demás hombres creen ser Napoleón, y si se me permitiera entrar a los pabellones de las mujeres encontraría hembras Bonapartes y Césares tan obstinadas, tiránicas e implacables como Lama o Mamá. Ahora que mi Waterloo ha llegado y estoy enjaulado aquí en Santa Elena, puedo ser bastante antinietzscheniano como para darme cuenta que las masas, a quienes yo llamaba *estiércol*, constituyen realmente las fuerzas triunfantes de la historia, mientras que los Césares y los Napoleones son simplemente chispazos producidos por las botas de acero del «pueblo», que convierten en polvo todas las manifestaciones de genio y cesarismo que no lleven en sí el sello de la voluntad popular.

Los demócratas de Rousseau y los socialistas darán la bienvenida a esta confesión con triunfal exaltación: es la primera vez en mi carrera de pensador que admito el papel heroico de la masa anónima que los románticos como Hugo, Scott, Delacroix, Michelet y Berlioz adoptaron como piedra de toque de su credo estético. Por otro lado, los aristocráticos helenos me acusarán de haber traicionado la causa de la cultura al formar parte del bando judío de los nazarenos, donde se refugió Heine al morir. Atribuirán a mi locura mi renegado hebraísmo, lo cual es verdad. Al despojarme de toda ilusión, me volví loco; el último velo de la danzarina Salomé ha caído e introducen la fuente que lleva la cabeza de Juan Bautista, mi sistema de pensamiento aristocrático.

Nietzsche contra Nietzsche: sorprenderé al mundo con mi autotraición. ¿Pero no estoy montando nuevamente el caballo de Napoleón y cabalgo hacia el campo de batalla del pensamiento aristocrático que acabo de abandonar?… El cesarismo de los genios es congénito: al no tener con quien luchar, excepto con su mente, se abstrae de las masas necias y forma una barricada tras su falsa tesis de pensamiento antidemocrático. Pero su ansia de poder es realmente un ansia de impotencia, el deseo de exiliarse a sí mismo de su humanidad. Como sugirió Pascal, una vez que nos hemos embarcado en la aventura de lo humano, no podemos volver atrás hacia lo subhumano o dirigirnos hacia lo sobrehumano.

Nuestra humanidad nos pone limitaciones, rompe los muros de nuestros propios cuerpos y provoca a los dioses con el desafío de Prometeo: ésa es la senda que he seguido, senda que yo procuré abandonar cuando escribí *Humano, demasiado humano* y *La alegre sabiduría*. Pero si nos mantenemos dentro de las barreras de lo humano llegamos a la misma conclusión que Macbeth: *la vida es un cuento narrado por un idiota*; la vida, en la forma prescrita por los filisteos, se convierte en una mofa y nos vemos forzados a acudir a los imaginarios dioses que hay en nosotros para superar la vida y habitar en la rara atmósfera del Superhombre: el aire puro de la locura mesiánica. De este modo, los ateos como Delacroix, Berlioz y yo, nos convertimos en artistas intoxicados de Dios, y por intermedio del arte nos convencimos a nosotros mismos de hacer el papel de frenéticos mesías, luchadores del «ideal» que desechamos por considerarlo superstición religiosa.

¿Qué sé?, preguntaba Montaigne. En los tiempos del Renacimiento el hombre se enorgullecía del conocimiento, pero nosotros, con la salvaje indignación de nuestros corazones, estamos empantanados en la confusión del sentimiento y pensamiento modernos, que a pesar del superficial optimismo de nuestro siglo nos obliga a decir como Berlioz:

¿De qué sirve? El pensamiento y la sensibilidad se han negado a sí mismos; estamos en el torbellino mismo del nihilismo; por eso he predicado una era de caos y delirio en que los hombres beben de la copa del temblor y sucumben en el estrago de la guerra universal.

Un Aristófanes del siglo veinte me pondrá en la picota, tal como Demócrito fue una vez objeto de sátiras: *¡Viva el «rey torbellino» que ha destronado a Zeus!* O dentro de una canasta, junto con Sócrates y Zaratustra, me elevarán para resollar el aire de montaña de la inteligencia pura, mientras ríen los hombres vulgares, mordiendo sus salchichas y tragando sus jarros de cerveza para demostrar su mundana superioridad sobre los filósofos que arañan los cielos.

La verdad es que el pensamiento moderno está encadenado como la asustada Andrómeda a la roca cercada por el mar, mientras la «quimera» del nihilismo que respira en el infierno, escupe fuego y azufre sobre su hermosa desnudez. Como el conquistador Perseo, me precipité al rescate de esta divina cautiva, y sostuve en mis brazos su casta desnudez. Pero como soy una criatura de mi siglo, comencé a escupir fuego sobre sus muslos y su pecho: yo mismo era la «quimera», una parte de la locura de nuestro tiempo contra la cual luché desempeñando el papel del infinito Perseo, el pensador socrático cuya mente marcha al unísono con la mente de lo «absoluto».

Condenado por la fe y la incredulidad, por la razón y el instinto, por la carne y el espíritu, veo a la «quimera» que devora a Andrómeda en un estallido de llameante locura. Y esta llameante locura está en mi cerebro: soy el «devorado» y el «devorador», el asesino y el asesinado.

Pero cuando, desde afuera, miro a través de la ventana de este manicomio, veo dentro a Nietzsche, el filósofo, que echa espuma por la boca, observa a Sócrates en el

espejo y destroza su imagen de traidor. Me uno al ejército de Napoleón, el ejército del pueblo, pues ya nada queda si no las necias masas que generarán sus propias mentes…

¡Si no puedo ser Napoleón Bonaparte, *al menos puedo ser Peter Schlemihl*!

13

Rousseau era uno de los más grandes sacerdotes que halagan y ordenan, pero al incluir a *madame* de Warens en la comunidad de los santos, no estaba acrecentando la historia, sino simplemente alimentaba su propia vanidad perversa. No puedo hacer lo mismo con Cósima, Lou o Lama, pues tengo demasiado respeto por la verdad para ajustaría a la imagen de un ideal religioso o romántico. Si he sido cruel en mis revelaciones con respecto al bello sexo, no puedo igualar la audacia de George Sand, que transformaba a todos sus amantes en tinta de imprenta y amonedaba sus besos en dinero contante y sonante que servía para cuidar de ella y su familia.

Si he usado un cuchillo metafórico para cortar la cabeza de una o dos mujeres, no he sido tan feroz como la Agripina de Claudio, que dio muerte a Lollia Paulina, porque la temía como rival del cariño del emperador. Dio Cassius nos cuenta, que como no reconoció la cabeza de la mujer cuando se la trajeron, le abrió la boca con su propia mano e inspeccionó la dentadura, que tenía ciertas particularidades.

Nunca fue culpable de tales horrores, especialmente en relación con las mujeres, y aunque he aconsejado a los demás que sean duros y crueles, toda mi vida he estado uncido al yugo de la piedad, y cuando vi en Turín que un caballo era castigado por su dueño, corrí fuera de la casa, abracé al animal y vertí amargas lágrimas por su destino.

Esto ha sido la causa de mi ruina: el divorcio entre lo que he predicado y lo que he hecho; y lo ha sido también de la mente occidental, que, como la mía, está enloqueciendo.

Como Diceópolis[23] el obstinado labriego, quiero paz a toda costa, y como soy el único que la desea, he formalizado un convenio solemne conmigo mismo. Pero los carboneros[24] de Acharnae se apresuran a atacarme por traidor a la causa de la guerra, causa que en mis escritos he glorificado.

¿Lo he hecho? ¡Qué hábiles han sido los nietzschenianos para hacer que Nietzsche se volviera contra sí mismo! Cuando hacía el elogio de la guerra no quería significar la matanza de las poblaciones hacia la cual tienden las guerras modernas. Sólo los soldados de Bismarck cosechan beneficios: acuñan en oro y plata la sangre de los hombres, mujeres y niños. ¡Desde Waterloo la guerra ha llegado a ser un medio anticuado e inútil de saldar las disputas, y tenemos necesidad de otro Aristófanes que precipite a los luchadores en olas de risa! Cuando la carnicería de la masa llegue a ser

ridícula y se la despoje de toda nobleza, los filisteos cesarán de defenderla por temor de transformarse en víctimas del escarnio público.

Pero al decir esto temo proceder como los antiguos griegos que incendiaron la escuela de Sócrates para liberar a Atenas de la retórica socrática que esconde la necedad en los velos dialécticos de la razón. ¡El culto de la guerra está demasiado arraigado en la conciencia de los europeos para que las manos de la risas puedan desenraizarlo, y aun cuando llegue a ser una farsa sangrienta que amenace la existencia de la humanidad misma, los hombres se abalanzarán hacia sus barriles de cerveza para beber el amargo fermento[25] de la muerte y la destrucción!

Pero la risa, en sí misma es preciosa, como lo comprueban los maniáticos de este manicomio, y aunque no consiga evitar las guerras, puede por lo menos mostrar lo ridículo de los demagogos cuando los persiguen los sabuesos de la ironía en sus metafóricos paños menores. En *Los Caballeros*, Aristófanes hace que el esclavo Demóstenes examine a un vendedor de salchichas para descubrir si es lo suficientemente ignorante como para ser estadista y provocador de guerras. No se les debiera permitir a nuestros Bismarcks gobernar y arruinar naciones, antes de ser interrogados por un loco como yo: ya que al ser un perfecto idiota puedo reconocer a los politiqueros sin hacer muchas preguntas.

Platón nos cuenta que las Gracias, buscando un templo que no pereciera, eligieron el alma de Aristófanes. El espíritu de la risa es imperecedero, y tan imbuido estoy de ese espíritu que me río de mi propia locura. El hombre contemporáneo que busque un refugio contra la furia de las masas guerreras puede atrincherarse en mi cerebro: aquí reina la «risa» suprema, y aquellos que se aferran a las vestimentas de este payaso pueden contemplar el abismo con una sonrisa.

14

Mi hermana me ha leído un artículo[26] de un escritor que ha demostrado quizás una mayor comprensión de mi significado histórico que yo mismo. Decía:…

Me he rebelado contra filosofías tales como las de Hegel y el socialismo, y religiones tales como el cristianismo, que colocan a un mismo nivel e inevitablemente hacen desaparecer toda sensación de distancia entre los de mente vigorosa que constituyen la minoría y los débiles de espíritu, es decir, la mayoría, pulverizando así la cultura humana en un molde común de estéril mediocridad. Los sofistas modernos, al forzar a la filosofía a «amasar pan» para las masas, han desmenuzado la mente como Protágoras, conduciéndola a la corriente de Heráclito, y no dejaron norma para el juicio excepto la fantasía e imaginación del individuo. Hemos llegado al nihilismo extremo del sofista Gorgias: *nada existe; los conocimientos no pueden ser transmitidos porque nada existe realmente*.

Como Parménides lo hizo hace mucho tiempo, compruebo que el problema primordial de la filosofía es descubrir nuevamente *aquello que existe permanentemente*, el ideal del Superhombre hacia el cual debe dirigirse todo esfuerzo humano. La paradoja de la vida estriba en el hecho de que si abandonamos lo ideal por lo real, lo absoluto por lo relativo, lo eterno por lo finito, no conservamos nuestra humanidad puesto que la perdemos en el torbellino ciclónico del cambio incesante. La medida no es el hombre sino el *Superhombre*; Protágoras debe dar paso a Nietzsche y debemos comenzar a observar las estrellas como Tales de Mileto, aunque como él alguno de nosotros puede caer en un pozo.

Creí conveniente, por supuesto, llevar una joven traciana que me acompañara en mis paseos a través del campo para contemplar las estrellas, pero en lugar de protegerme de que diera un mal paso fatal, exhibió su hermosa pierna, de modo que tropecé contra ella y caí. Por lo tanto, aconsejo a los filósofos que hagan en soledad sus paseos para contemplarlas, y cuando vean una estrella danzarina se aseguren que no es producto de su imaginación, una trampa para apresar al crédulo…

Agradezco especialmente al escritor inglés, porque en Inglaterra casi se me ignora y no se me denuncia como Anticristo. Por el contrario, si el cristianismo significa la sustitución de la cruz por el embuste y el oportunismo, debo entonces, con seguridad, ser aceptado como discípulo de Jesús. Sí como dice Justino Mártir, Sócrates fue el único cristiano *antes* de la llegada de Cristo, yo he sido el único cristiano *después* de la llegada de Cristo.

Ésta es la verdad positiva que el próximo siglo descubrirá, cuando sobre mi hipótesis de la voluntad de pensar se construya una estructura del mundo sin fraude, un edificio a prueba de mentiras como el mismo Partenón.

15

Lou Salomé tenía, como George Sand, dos ídolos: su arte y su cuerpo, y su arte se expresaba habitualmente mediante su cuerpo de Venus. La ficción de George Sand era simplemente la confesión de su yo erótico; estudiaba cada gesto íntimo, medía cada suspiro de sus temerosos amantes y los detallaba cuidadosamente en sus libros.

Pero esta Napoleón de dormitorio, esta estratega de infinitas campañas en las batallas desnudas de los sexos, era puramente corporal al compararla con Lou, cuyo vestuario de estudiada simplicidad sólo acentuaba los voluptuosos contornos de su cuerpo, y cuyo penetrante perfume, tan provocador como el desnudo encanto de Elena, inducía a la pasión, al místico ritual de Afrodita.

También como George Sand, ella era una ley en sí misma, y sólo una mujer puede desafiar las leyes del hombre y de la naturaleza sin sufrir la venganza de los dioses. A las mujeres, como a los judíos, nunca se les permitió la condición de mortales: o son

ángeles o son demonios, o ambos a la vez, y están colocados sobre los peldaños de la escalera de Jacob que une el cielo con el infierno. No desean existir porque son la existencia misma, y personifican el principio eterno del mal y del bien. Ya que la mujer es una fuerza elemental, es tan ridículo acusar a una mujer por faltar a la moral como lo sería condenar al rayo por herir a una iglesia, burlándose así de Dios.

Arístides fue condenado al ostracismo porque el pueblo se cansó de llamarlo el «justo», y los hombres se exilian a sí mismos de la buena conducta humana para tratar de justificarse a sí mismos a expensas del Eterno Femenino, el telón de los siglos. Y al contemplar a la humanidad en conjunto, a la sobria luz del realismo, estoy de acuerdo con la exclamación de Lessing:

Der Mensch, wo ist er her?
Zu schlecht für einen Gott, zu gut fürs Ungefähr.[27]

El deseo de ser buenas es una ilusión, una fantasía a la que pocas mujeres se entregan. Su virtud fue una vez la realización más grande del hombre, el triunfo del arte sobre la naturaleza femenina. Pero Lou Salomé, educada en la escuela del nihilismo ruso, eligió la emancipación femenina y se despojó de la camisa de fuerza de la moral filistea. Esto es lo que me atrajo a ella; como en Aspasia, era decidido su rechazo de los valores burgueses de los que yo sólo me atreví a abjurar en mis libros.

Si perdí la fe en ella es porque perdí la fe en mí mismo, en el destino de mi vida. Ahora la suplica de mi Zaratustra se ha cumplido: *Vosotros, seres divinos, dadme la locura, para que pueda creer en mí mismo*. Al estar completamente loco, creo con firmeza en mí mismo y me aferró a Lou con la cósmica certidumbre de Job. Puedo decir con verdad, parafraseando al turbado judío que se atrevió a utilizar a Dios para justificar su conducta ante los hombres: *Aunque me ha matado, todavía creo en ella*.

16

He tratado de convertir la filosofía en un arte, el arte de vivir. Con este objetivo a la vista seguí el ejemplo de Empédocles de Agrigento y traté de organizar todo el conocimiento en una unidad total, para que armonizara con la sinfonía de los planetas. Música, poesía, ciencia, filosofía, ética, política y literatura, todo lo estudié para establecer la hegemonía del hombre sobre la naturaleza, de manera que pudiera superarse hacia su «divina virilidad», y alcanzar la meta del Superhombre.

Pero como no había amor en mi era, ni en mi vida privada, no pude concebir ningún «amor» cósmico arraigado en los miembros del hombre, como lo hizo

Empédocles, y del conflicto cósmico entre el amor y la lucha que por sí mismo se armonizan en el proceso dinámico del vivir, sólo quedó para mí, la lucha, la brutalidad pura del darwismo social. Fue Lou Salomé la que se evadió con su tesis tolstoiana de la hegemonía del amor sobre el odio, tesis que el mismo Empédocles había ya desarrollado y en la que perdí mi fe cuando, niño aún, se me expuso al helado puritanismo de Naumburg con su escalofriante atmósfera de gazmoñería y decoro.

En sus brazos pude muy bien creer con Empédocles que el amor cósmico estaba arraigado en mis propios miembros y se atestiguaba por sí mismo. Y si obré como el Werther de Goethe cuando me fue arrebatada por las viles tácticas de Lama, fue porque estaba histérico de miedo de perder mi asidero al amor que había llegado a ser la vida misma para mí, ¡vida desnuda y triunfante!

Los creadores de leyendas vieron a Empédocles lanzándose a las vomitantes llamas del Etna, pero, ese destino no se reservó para el gran presocrático, sino sólo para mí. Cuando se me separó del amor de mi vida, el amor que me hizo humano, di mi desesperado salto a las llamas de la locura, y confié como Zaratustra en arrebatar la fe en mí mismo evadiéndome de la mente para entrar en una región superior de la cordura, la cordura del delirio lunático, ¡la locura normal de los condenados!

CAPÍTULO SEXTO

1

Una mujer pasó ante mi ventana ayer por la mañana y cuando su última vislumbre se desvaneció en mis ojos, se llevó, con ella toda mi ternura.

Me gustaría describir esto en detalle, porque creo que es una de las pocas experiencias vitales posibles para un enfermo o un prisionero.

(¿No podría, por lo menos, conjeturarse que el enfermo y el preso forman el suelo fértil donde crece todo lo bello y deseable en los fondos de esta fea fábrica?).

Vi el desvaído contorno de su faz, velada por la distancia, pero nada supe captar de su cara, el objeto con el cual se soñaría y viviría. Una larga capa marrón que caía descuidadamente de sus hombros cubría su alta y lánguida figura. Era una tarea desesperada adivinar sus senos, su cintura, sus caderas y sus pies.

Nunca tuve la oportunidad de saber siquiera aproximadamente cómo serían sus ojos.

Cuando se aproximó a mi vista se transformó en la encarnación de todas mis esperanzas. Mientras mis ojos la gozaron, significó todo lo que conocía de la belleza. Y cuando finalmente desapareció en el paisaje quedé en el éxtasis de la dulzura.

Alguna vez imaginé que un pajarillo que pasó frente a esta misma ventana podría ser Dios en una gira de inspección. ¿Pero ha dado Dios alguna vez a una vida humana tanto como lo hizo esta mujer anónima?

2

He aprendido demasiado poco de demasiados maestros. La lectura de los clásicos y mis sueños con la garganta de *Fraulein* Raabe, me han aportado la única felicidad pura que pueda mencionar sin humillación.

3

Hablo de mi alegre erudición en contraste con la triste sabiduría de Arturo Schopenhauer. Además tenía esto Schopenhauer para ofrecer al mundo: la tristeza que sólo decanta una tristeza más profunda, mientras que lo que estoy viviendo ahora

es el precipitado de la alegría.

4

Si los niños se deleitan al ver fantasías, y es conveniente satisfacer sus extraños caprichos, no es preciso enviarlos al circo, donde la tristeza va acompañada de una tensión de brutalidad. Sólo tenemos que ampliar su educación en los colegios secundarios y universidades de nuestra gran nación. Allí encontrarán en sus instructores la suma de lo que puede esperarse en extravagancias humanas.

5

¡Todas estas trágicas interrupciones del solemne tránsito de una cueva a la otra!

6

Después de soportar la primera sangría parece que he interrumpido mi carrera de violencia. ¿Experimenté un cambio de idea sobre la gloria de emprender una buena lucha? Un buen médico estaría en condiciones de averiguarlo. Pero en primer lugar sería necesario encontrar el buen médico.

7

A medida que envejezco me fascinan más las ideas y me atrae menos la gente.

8

A causa de mi vista disminuida es más fácil para mí reconocer una buena idea que un viejo amigo. Con la vista en estas condiciones ¿cómo puede un nuevo amigo mío llegar a ser un viejo amigo?

9

Si tuviera una segunda infancia y pudiera elegir dónde ser educado, creo que preferiría un burdel a esta religiosa casa en la que he crecido.

10

No, el mundo no está descentrado, sino yo, su gran enamorado, el enamorado de lo natural, que nunca hice algo natural excepto si encontraba un acto artificial que pudiera reemplazarlo. Testimonio: no vivo, escribo.

11

Como dionisíaco, soy un disoluto que no frecuenta orgías, un bohemio que no goza de la bebida, un exponente del torbellino universal que se encuentra tan enfermo que no puede ya rodear la cintura de una mujer con su brazo y bailar.

12

Mantengo la confianza en mi futuro hasta que recuerdo a Schopenhauer, con quien riño todas las mañanas y me reconcilio cada atardecer. A pesar de todos sus fallos era más perfecto, más puro, más inteligente de lo que yo seré jamás. Era aún más loco. Excepto esto, puedo perdonarle casi todo.

13

Un artista es un hombre que se adiestra como si fuera un dios, y, en cuanto a lo demás, se comporta como si su única oportunidad de obtener placer fuera la de actuar como un ser humano.

14

Dos sueños quiméricos, el arte apolíneo y la vida dionisíaca, pueden constituir un ideal para la comunidad, pero no para el individuo. Es un error profundizar sus valores porque ninguno de ellos son comparables, y cada uno tiene la misma importancia para el desarrollo de cualquier raza o nación. Este dionisíaco que sólo es capaz de una expresión apolínea de sus energías, hubiera podido adaptarse a una vida mucho más tranquila si hubiese comprendido esto un poco antes.

15

La vida moderna tiene una diferencia fundamental de la de los griegos. Los artistas griegos se consideraban no sólo artistas de brillo propio, sino artesanos del Estado griego. Nosotros sólo vivimos como individuos, nuestros objetivos son individuales y nuestras realizaciones se limitan a glorias personales. No comparamos nuestros poderes en relación a la curva creciente de la grandeza de la comunidad, sino con la talla y el adelanto de los otros individuos similares a nosotros. Escribimos poemas a las mujeres, esculpimos estatuas a los políticos y concebimos planes que sólo requieren esporádicos esfuerzos de acción.

16

En rigor, los individuos no tienen más valor por sí mismos que el que tienen cuando forman parte de las masas violentas. No son nada mientras viven, y son menos que nada después de muertos.

17

Podría hablar indefinidamente del ejército sin aproximarme siquiera a comprenderlo, ni en la vida prusiana ni en la mía. Cuando un acceso de patriotismo me arrastró a enrolarme, se me arrojó a la caballería, donde entre mi objetivo militar y yo, siempre medió un caballo. Es un hecho incontestable que, en tanto que jamás dañé a ningún caballo, uno de ellos, tras doblegarme, casi me destroza.

18

Los principales atributos del ciudadano del Estado griego eran la gracia personal y la bondad humana. ¿Cómo podían entonces ponerse al nivel del frío acero de Bismarck?

19

Los muros de la ciudad separaban a los griegos de la barbarie. Menos eran los admitidos dentro de su recinto que aquellos a quienes se les impedía entrar.

20

La facultad de destrucción debía mantenerse viva en Atenas, donde siempre los esclavos fueron muchos más que los ciudadanos. Pero sería un error tratar de atribuir a ello el secreto de su predominio cultural. Sí, en efecto, ésa fuera una causa, ¿qué hemos heredado del estado de Alabama, cuya situación era aproximadamente la misma?

21

Profundas son las aguas en las que las ballenas nadan en procura de los pececillos de que se alimentan. Para los prusianos, cuyo cebo son los judíos, Alemania representa dicho mar.

22

La reflexión más triste que sugiere la cultura griega es que aunque Atenas triunfa sobre los primitivos pueblos que la rodean, comporta, sobre todo, una completa bancarrota espiritual. No es la vida superándose hacia lo alto, sino hundiéndose en sus propias raíces; y se puede definir cruelmente como un cascarón que se colma de los explosivos suficientes para provocar su total aniquilamiento.

23

No espero que ningún contemporáneo piense como yo, ni encuentre refugio en mi estilo particular de escribir y pensar. Pero, así como estoy seguro que cuando venga el médico me tomará el pulso y me sonreirá sin motivo con su acostumbrada idiotez, también lo estoy de que todos los sabios de hoy y de mañana tendrán este mismo fin: mi fin.

24

¿Cómo te llevas con las personas de esta casa?, me preguntó Elisabeth el otro día.

Le contesté que me llevaba muy bien con los huéspedes, pero no sucedía lo mismo con los médicos, que eran un fastidio no sólo para mí, sino para el resto de los que la habitan.

Pero debes tener médicos, me dijo Elisabeth.

Así es. Es necesario tener médicos, escribanos y abogados, y Dios nos asista a todos.

25

Después que Elisabeth abandonó ayer el sanatorio, entró un hombre tan inteligente y encantador que me estremecí de terror al pensar que pudiera ser otro médico. No me interpeló con la clásica osadía de los médicos, sino que pidió que nos presentaran; y cuando estuvimos solos, me preguntó si todavía creía estar en lo cierto al pensar que la benevolencia y el poder eran palabras intercambiables. Cuando le contesté que siempre tenía esa idea, me preguntó si no pensaba que mi interpretación de la palabra era una corrupción de lo que en los evangelios cristianos se entiende por benevolencia. *Jesús y sus discípulos eran gente de buen corazón*, le dije, *pero eran malos economistas. Se debe fomentar la bondad entre los hombres, tanto en los ricos como en los pobres, pero el hecho es que sólo los ricos tienen los medios para ser buenos*.

26

En la órbita de las ideas los filósofos actúan muy noblemente. Las paradojas provocan las canas prematuras a sus menguados cabellos. ¿No son, sin embargo, esas paradojas las que ponen a prueba la estabilidad a la que deben exponerse todas las ideas si pretenden subsistir y tener algún significado? He concebido todas las ideas y he luchado con todas las paradojas. Hubiera sido mejor que diera lecciones de música y encontrar una mujer para tener un hogar lleno de hijos.

27

Anhelar un ideal, sabiendo el precio de sangre que la gente debe pagar para introducirlo en la existencia práctica; invocar la fuerza sabiendo el precio que ella pide por el más insignificante de los favores; desear el bien, sabiendo que el bien proviene del mal y que, por sí mismo, sin ningún aviso previo, puede volver a su naturaleza primitiva: he aquí los inconvenientes que debe sobrellevar el hombre que desee ser un filósofo en lugar de carnicero o boticario.

28

He tratado de vivir como Schumann, de pensar como Schopenhauer y de escribir como Platón. Sólo muy breves momentos he gozado la bendita tranquilidad de Schumann. Schopenhauer es una fortaleza; más fácil es volar por encima de ella que conquistarla. Se puede aprender a escribir como Platón, pero al lograrlo, ¿es posible soportar la idea de ver a Platón leyéndonos, si por un milagro él reviviera?

29

En algún lugar de mi espíritu hay un altar secreto, escondido tras el espinoso matorral de mi vanidad personal. Con la ayuda de rojizas hojas de otoño que arranqué del bosque vecino, he deletreado el nombre Wilamowitz. De vez en cuando vengo a este altar y ofrezco un sacrificio de gratitud. Es mi deuda no sólo con un sincero aunque en cierta forma infortunado erudito, sino principalmente con el hombre que puso un fin ignominioso a mi carrera de filólogo.

30

Si algún talento tengo es el de hacer enojar a la gente. Echo una lluvia de orina sobre el mundo, y en tales casos, el mundo nunca tarda en ofrecer reciprocidad.

31

El primer gran estafador y asesino del mundo fue el primer historiador.

¿Debemos entregarnos por completo a carnicería tras carnicería para mantener sus extraordinarias pretensiones, sus incomparables mentiras, sus injustas calumnias? Una vez dividí a los historiadores en monumentales, anticuarios y críticos. Los únicos historiadores monumentales que puedo concebir ahora son los monumentales mentirosos.

32

No dejemos que haya más grandes hombres. Dejemos que los pequeños permanezcan tranquilamente en sus inalienables estercoleros.

33

No podemos liberarnos más de la historia, así como no podemos despojarnos de nuestra animalidad fundamental. Ha llegado a ser tan natural para un hombre recordar a Alejandro, como atravesar el agua. Es tan lógico pensar en Napoleón, como buscar la letrina más próxima después de una comida pesada.

34

Si tuviera el medio de hacerlo, no sólo quemaría todos los libros de historia, sino que arrancaría todas las pinturas famosas de las paredes de los museos, sacaría todos los libros de los anaqueles de las librerías y los archivaría todos en sótanos donde no

entrara el aire durante aproximadamente un siglo. De este modo quizá nuestro pequeño mundo tendría un nuevo gran comienzo. Dejaría en su lugar a las estatuas. Sin ellas probablemente volveríamos a nuestra posición cuadrúpeda.

35

Si el mundo era tan malo como lo dejó Schopenhauer, yo, Federico Nietzsche, hice muy poco para mejorarlo.

36

Una vez enuncié que nuestro mayor mal en la naturaleza es la eterna incapacidad de encontrar lo que buscamos. Pero ¿cuándo accedió la naturaleza a hacernos partícipes de sus secretos? ¡Y cuánto peor serían las cosas si encontráramos la mitad de los objetivos que anhelamos!

37

Era muy joven e inocente de los oscuros significados de la vida cuando oí por primera vez a Wagner. Cuando comencé a pensar en serio en el wagnerianismo, su música removió mis regiones más sensibles mediante abundantes disenterías, difterias y jaquecas. Me pregunto qué oí realmente en esos días.

38

He amado a Wagner durante algún tiempo. Nunca cesé de amar a Cósima. Mi viaje de Tribschen a Bayreuth osciló de Cósima a Wagner y de Wagner a Cósima. La primera vez que Wagner me invitó a Bayreuth, decidí no aceptar la invitación y no fui. Nunca hubiera ido, si no hubiese recordado súbitamente que Cósima también estaba allí. Eso constituía una gran diferencia.

39

El primer cisma entre Wagner y yo resultó de la impaciencia inconsciente de Wagner conmigo durante mi primera visita a Bayreuth. Fui a hablar de la tragedia griega y me encontré con que lo único que Wagner tenía en la cabeza era su propia persona, y el deseo de tener al mundo de rodillas ante él.

40

Si Wagner no hubiera sido un mal músico se habría destacado, sin duda, como actor. En tal caso, Wagner jamás hubiera condescendido a aceptar ninguno de los papeles que él mismo creó.

41

A pesar de todo, la música de Wagner hubiera podido alcanzar su objetivo —tan terrorífico era su frenesí al concebirla—, si hubiera tenido idea del esplendor extravagante y anormal y del ensueño sensual e intoxicante que componen la personalidad de los melómanos. Todo el fuego de los *dramatis personae* de Wagner eran, sin embargo, hojarasca, todas sus furias se desvanecían en una niebla de medias tintas.

42

¿Vivimos para instruir al populacho o es éste el estiércol del cual surgimos nosotros, los gigantes de la tierra, para hacer posible nuestra aparición y condicionar nuestro desarrollo?

43

Mi fe en Wagner disminuye y con ella la confianza en mí mismo en calidad de

ciudadano del mundo de la música. La ópera que Wagner pensaba que debí escribir, y que me tentó tan frecuentemente, nunca cesará de perseguirme.

44

Me he elevado sobre Wagner y sobre la música hacia la de mi propia prosa. Odín usa zapatos de madera cuyo estruendo amenaza ahogar los suaves pasos de Zaratustra. Será una lucha hasta la muerte.

45

Podría haberme casado, a pesar de la estupidez de Malwida, las zalamerías de Wagner y mi inquebrantable timidez, si sólo uno de estos mediadores hubiera comprendido que no me interesan absolutamente nada las mujeres maduras ni sus virginidades viejas y amarillentas bien enclaustradas. ¿Es necesaria tanta imaginación para darse cuenta que el autor de *Aurora* necesita poseer a una jovencita, aunque sea una pobre ramera? ¡Imaginaran también a Zaratustra como un pensionista de un hogar de vejestorios!

46

He nacido en un clima y en un siglo que no son para mí. He vivido tan indefenso durante un tiempo que tuve que distraerme entre cuidar el jardín y estudiar los griegos, y éstos me aportaban tanto beneficio como aquél. Mi única salvación es alejarme tanto hacia el sur de esta nórdica agitación como mis débiles medios me lo permitan.

47

Me parezco mucho a Leopardi, y, sin embargo, también difiero de él. Leopardi era orgulloso, supersensitivo y un infeliz crónico, uno de esos que juran vengarse del mundo a causa de sus propias indigestiones. Yo sufro, pero no siento deseos de hacer

sufrir a los demás. Haría lo posible por dar felicidad a la gente si creyera que eso los beneficia.

48

El arte no justifica el vivir, y ni siquiera se justifica a sí mismo. Ni el arte ni la vida reposan sobre la imprescindible necesidad de justificarse.

49

Mis necesidades sexuales aumentan, no disminuyen. Solía pensar: *Pronto, pronto esto terminará, y estaré en condiciones de ofrecer toda mi naturaleza apasionada a la filosofía*. No sucede nada de eso, y ahora pienso que no sucederá nunca. La filosofía siempre será el segundo violín en las necesidades de mi naturaleza orgánica. Es como morir en el fuego.

50

Las bromas más tranquilas, más profundas y más risibles las ofrece la vida. Mi camaradería con Paul Rée comenzó al leer sus *Observaciones Psicológicas*, un libro lamentablemente pesado en el que trató de probar la supremacía del amor propio; y mis años de relación con Rée, ¿qué probaron? Que para entender su tesis era necesario conocerlo personalmente.

51

La verdadera comprensión no está en el origen del átomo ni en las reglas de proporción, sino en aquello que casualmente estamos dirigiendo y nos parece bueno.

52

Apiadarse de los demás es un deleite íntimo digno de un ogro. Apiadarnos de nosotros mismos es la más oprobiosa de la autodegradación. Si Dios realmente se apiada de nosotros, es que juega con dados cargados.

53

Cuando abandoné Basilea traté de trabajar de noche y dormir de día. Era agradable saber que mientras esas espantosas fierecillas corrían por doquier urdiendo sus obscenas conspiraciones de maldad, yo me liberaba de la capa superior de la conciencia donde habito con ellas sólo cuando estoy despierto. Era magnífico trabajar en la soledad de la noche, la única verdadera soledad posible para aquellos que no compartimos los sueños del ejército de los niños. Podía imaginarme que era el príncipe de la soledad (una especie de Mefistófeles de las regiones más bajas), pero al acercarse la mañana todo se hacía más y más penoso…

54

En toda esta disquisición sobre la libertad personal, ¿pueden ustedes decirme, entre todas aquellas cosas que podemos libremente hacer, cuáles no sería mejor dejar de hacerlas? Debemos descubrir nuestro camino en medio de los desordenados obstáculos de la vida material. Tenemos que templarnos para todos los niveles de la tierra. Debemos comer o morir. ¿Dónde están las grandes alternativas?

55

La muerte constituye el enigma de todos los problemas de la metafísica. No se puede asegurar el papel que desempeña en nuestra vida o cómo influencia nuestro pensamiento. La muerte no es la cesación de la conciencia ni de la personalidad inmediata, ya que las formas, imágenes y sentimientos de las personas que han muerto nos visitan a menudo… ¿Qué es la muerte? Nadie lo sabe realmente.

56

La fórmula de la moral de Kant —*actuad como si la doctrina de vuestros actos se convirtiera en una ley universal de la naturaleza*—, constituye una muestra de la clásica hipocresía alemana. En las cosas que he necesitado hacer, no recuerdo haber podido actuar en esa forma. Y tampoco puedo imaginar que ninguna persona sensata pueda adoptar esta actitud en ninguna situación concebible. ¿Piensa Kant en lo que supone ser el bien común de la comunidad? Pero ¿cuál es el bien común? Por otra parte, ¿era Kant la persona más indicada para hacérnoslo saber?

57

Cuando escribí *Aurora* no sabía todavía que el único modo que tiene el artista para soportar el peso de la estupidez de la sociedad es adoptar *la danza de la oscuridad* que ahora desempeño frente al mundo. ¿Estoy siguiendo mi propio consejo o es mi consejo que me sigue ahora inexorablemente, como una sombra?

58

En *Zaratustra* he abierto mis brazos tan ampliamente como para abrazar al mundo entero. ¡Si él hubiera llegado hasta mí en los días de mi gran amor, y ella hubiera sucumbido a mi pasión en la corriente normal de la aproximación humana! Sin *Zaratustra* nada de lo que hice hubiera sido útil. Con *Zaratustra* en mi poder, puedo permitirme mirar a los ojos del mismo Todopoderoso y guiñarle el ojo.

59

Nuestro más compasivo contemporáneo, la Eternidad, que nos da camaradas y enemigos, que nos dota con los más llevaderos de nuestros hijos, mueve tan oscura y rápidamente estas imágenes familiares, que algunas veces tenemos la ilusión de chocar contra nosotros mismos en los vastos corredores de su morada.

60

El mundo continúa acudiendo a mí tan espléndida y ansiosamente como acudían de todas partes del mundo cuando escribía la cuarta parte de *Zaratustra*. ¿No es extraño que este Zaratustra se sitúe ahora tan débilmente entre estos decrépitos hombres y mujeres?

61

En cada ocupación, el hombre necesita usar un disfraz que simbolice su trabajo habitual. Estos disfraces no son supuestos. Crecen en las gentes a medida que viven, así como crece la piel, y sobre la piel el vello. Hay máscaras para los comerciantes así como para los profesores, las hay que sientan bien a los ladrones y disfraces que sólo parecen naturales en los santos. El mayor de todos los disfraces es la desnudez. Si creyera en Dios, ésa sería la máscara en la cual lo imaginaría.

CAPÍTULO SÉPTIMO

1

Estoy pagando un alto precio por los seductores sueños de mi juventud; sin duda el dinero con el cual se pagan esas deudas, merma a medida que envejecemos; pagamos en moneda de oro la escoria que hemos recibido. Hay intervalos en esta casa en que parece que el mundo entero se desata en gritos delirantes y salvajes cacareos, a los que hace eco el sonido de la corneta de un lunático bávaro que cree ser el ángel Gabriel convocando a los muertos al juicio final. Estoy sumergido en la noche de Santa Valburga, el alma alumbrada por los relámpagos. Los alaridos de las brujas espantan y sus semblantes se esfuman en dos rostros de mujer, uno iluminado y otro oscuro.

Como la visión del malayo de De Quincey producida por el opio, el «rostro oscuro» me aterroriza, mientras que el «rostro iluminado» me recuerda que la «lujuria» lleva una máscara angelical, detrás de la cual el demonio del deseo primario le sonríe a las ilusiones de la juventud que se inclinan hacia la gran aventura del romance.

La lujuria ha logrado enseñarme más que la literatura, y todas las bibliotecas que he devorado son palabras huecas en comparación con los besos perjuros de la condesa, de Circe que transformaba a sus amantes en cerdos. Contrariamente a la oscura flor de la India que encontré una vez en un burdel de Colonia, esta belleza rubia de Bonn parecía tan distante y casta como los iluminados picos del Siebengebirge, y sus claros cabellos resplandecían como las luces de los vendimiadores que vislumbraban mis ojos, cuando siendo estudiante retornaba del subyugante Rin.

El aspecto exterior de un ser humano o de un edificio tiene poca relación con el contenido interior del cuerpo o de la estructura arquitectónica. Aprendí por primera vez de la condesa, que los pensamientos sólo son máscaras que ocultan nuestras verdaderas ideas sobre nosotros mismos o sobre el mundo: no manifestamos nuestros pensamientos porque a menudo no nos atrevemos a admitirlos.

En Pforta encontré por primera vez a la condesa y nuestro común interés por Humboldt nos acercó. Yo creí que compartía mi pasión por Humboldt, pero a los quince años todavía no comprendía que las mujeres piensan a través de su vagina, y que se aterran a cualquier cosa —hasta a Humboldt— para apagar las llamas de su pasión uterina.

La condesa, que tenía treinta años, soportaba la angustia del adulterio con calma considerable, observaba la inexperiencia de mi juventud con cierto horror voluptuoso

y temía cuando, torpe y toscamente, se aproximaba *Martín* (le gustaba identificarme con Lutero para agregar así un estímulo a su voluptuosidad) y, al mismo tiempo, para incitarme a explosiones de exuberancia erótica cada vez mayores. Yo era el sátiro que perseguía al fauno gracial y aristocrático, y ella gozaba el refinamiento de su pecado, purificando el vulgar libertinaje de mis abrazos con la fría presencia de su frivolidad.

Tenía el hábito de permanecer fuera de mi dormitorio, escondida en las oscuras sombras de un olmo, y silbar dulcemente como un pinzón, una llamada extraña que la alejaba de lo humano, y parecía una voz incorpórea, una nota única en la música haendeliana del universo. ¿O debiera decir la música de Fausto de Schumann? Cuando descubrió que yo amaba a Humboldt, a Schumann, y que me gustaba hacer paseos solitarios a través del campo, la condesa agregó la caminata y Schumann a sus pasatiempos predilectos, y hacía marchas solitarias, pero siempre se las ingeniaba para descubrirme en algún arroyuelo del bosque, o en un pico de la montaña mirando abajo hacia los extensos valles verdes. Dentro de su ser existía un sabueso que me seguía el rastro por doquier, y no podía ocultarle nada; mi cuerpo, mi mente y mi alma se encontraban irremediablemente en poder de esta sirena que trataba de contenerme y al mismo tiempo me arrojaba contra las rocas.

No quiero detallar mis intimidades eróticas con la condesa, a la manera de *Manon Lescaut*, que, como decía Napoleón, era una novela escrita para los sirvientes. Además, no puedo competir con el abate Prévost, Stendhal o Zola. Las novelas modernas destierran todo de sus páginas, incluso el sentido común, y cometería estupro contra el arte si me empeñara en imitar a los novelistas modernos describiendo minuciosamente el comportamiento íntimo de la condesa, con el simple propósito de escandalizar al lector con una prueba de depravación.

La condesa es el manantial secreto de mi vida intelectual y emotiva, es más que una antigua aventura amorosa: es mi destino viviente. Cuando me vi forzado a tomar opio para mitigar las agonías de mis sufrimientos físicos, ella apareció en mis ensueños de pesadilla, como el malayo de De Quincey. Es la oscura Venus del cerro hundido, la Venus de Baudelaire que a través de los siglos se volvió diabólica y destructiva, ya que no la aceptaban como deidad. Veo sus enormes muslos que me abrazan en desnudos y voluptuosos estremecimientos de terror, sus pesados y blancos pechos apretados contra la fortaleza de mi ser hasta desmoronarse como un castillo de naipes en las ruinas enmarañadas del cuerpo, mente y espíritu. Cuando vuelve hacia mí como una periódica pesadilla (mi idea del eterno retorno me fue sugerida por la condesa), recuerdo la profecía de Stendhal: Debemos abandonar todo paraíso. Este siglo está destinado a la confusión. Marchamos hacia el caos.

Esta condesa prusiana, Venus diabólica que ideaba medios para hallar placer en las más fantásticas extravagancias, me hacía partícipe de sus ímpetus y de su pasión experimental que me hubieran llevado a la locura en plena juventud, si mi arrogancia intelectual y mi deseo de cultura no hubieran actuado como un contrapeso a su incesante necesidad de fornicar. Creía ser otra Catalina de Médicis o Lucrecia Borgia,

y se esforzaba en inventar nuevos deleites criminales, nuevas y sorprendentes variaciones para hacer el amor, y, al mismo tiempo, me atormentaba por haberla desviado de su casto lecho nupcial. Yo, un niño de quince años, era el cruel halcón que le había arrebatado la hembra al tórtolo, como en la parábola de Mérimée[28]; yo era el búho que revoloteaba sobre la osamenta de su dicha marital.

Yo era como un ratoncillo en el fondo de un barril de cerveza vacío, imposibilitado de salir, excepto cuando el pensamiento de su cuerpo desnudo se fundía en ondas electrizantes que me proyectaban, cual una fuerza gravitacional, hacia arriba en vez de hacia abajo, hacia su alto lecho cuidadosamente cubierto de cortinados para ocultarse de los escrutadores ojos de su propia conciencia. Aunque tímido como un ratón, tan esquivo y aterrorizado como se sentía Kant bajo la mirada de alguna viuda en un salón, ella me inflaba hasta el tamaño de un elefante, y se estremecía en una especie de helada agonía cuando amenazaba estrangularla por haberme humillado hasta el punto de mancillar mi calidad de ser humano. Y en mi tormento, bramaba como el hostigado e insultado sirviente de Dostoyevski: *Yo también soy un hombre*, y para recuperar mi dignidad humana la azotaba con el látigo que guardaba en el tocador junto con sus botas de montar.

Ignorante de las extrañas perversidades de esta Venus de Baudelaire, alimentaba simplemente su deseo de autotormento y crueldad, y mientras el látigo cruzaba su torso desnudo, arqueado como el de un gato asustado, llegaba al éxtasis del deleite y recibía el delicioso terror de mi furia despertada en el ocaso de sus bestiales deseos.

2

Fue la condesa quien me enseñó la diferencia entre el amor y el deseo sexual, la vehemente pasión impersonal que dispara dardos hostiles hacia el adversario desnudo, y salta sobre el enemigo en un súbito movimiento envolvente de pantorrillas y muslos.

He dicho, al recordar a la condesa, que hay que acercarse a las mujeres armado de un látigo, pero la perversidad de la naturaleza femenina es tal, que la crueldad no acalla la lujuria, sino, por el contrario, intensifica hasta el paroxismo su deseo. El deseo de morir es tan fuerte como el de vivir, y las mujeres, que llevan la vida en su vagina, transformarían la muerte misma en un despliegue de fuegos artificiales, disparando y haciendo estallar el blanco, rojo, verde, amarillo y anaranjado en la noche de espantosa oscuridad, haciendo fuego de rebote sobre el cuerpo desnudo de la vida.

La muerte anula la vida y la vida anula la muerte en un constante espasmo de resurrecciones. La primera vez que me hizo desnudarla, mientras apagaba el velador, sentí que la garra de acero de la vida me aferraba, y sus enaguas se desprendían de su

cuerpo una por una como los pétalos de un enorme heliantemo que súbitamente se hubiera sumido en la oscuridad. La condesa resplandecía blanca y desnuda entre mis brazos, como los ojos iluminados de una lechuza nocturna, rodeada de una nebulosidad ambarina, un amarillo que sugiere la muerte en su pesado resplandor. Pero desnudaba su cuerpo de azucena con tanto atrevimiento y abandono, que sólo sentía que corrompía su conciencia luterana cuando me forzaba a arrastrarme a sus pies, ya que no osaba desnudar su alma putrefacta en la misma forma que su hermoso cuerpo.

Recuerdo su último esfuerzo para alejarse de la peligrosa promiscuidad que hacía del amor una burla de la vida, y la transformaba en una flor del mal de Baudelaire, cuyas raíces están profundamente hundidas en el pozo de la muerte. El colegio, en Pforta, había sido antes un monasterio, y los dormitorios conservaban un olor monjil, el mortuorio olor de las flores marchitas. Una noche, mientras mi compañero de cuarto estaba ausente visitando a sus padres en Leipzig, se amañó para allegarse hasta mi «celda» disfrazada de muchacho, y mientras me hallaba semidormido comenzó a zurrarme con un instrumento contundente cuya naturaleza ignoro hasta hoy.

A punto de desmayarme, cambió de pronto sus tácticas, y su pasión por destruirme convirtióse en un terrible deseo de absorber en sí misma mi cuerpo joven. El gran tirano de una mujer es la mujer, como dijera Meredith[29], el novelista inglés; su vagina es una telaraña que envuelve su inteligencia y voluntad haciéndola esclava de su irresistible urgencia sexual, que la arrastra con cósmica compulsión hacia la claudicación de todos sus propósitos de alta moral. Lavando mis heridas con sus lágrimas, ostentó por vez primera el amor que San Agustín descubriera cuando abandonó a las mujeres por Dios y halló en la revirginizada María la más alta consumación de la carne.

Me dejó como un monje ruboroso que hubiera luchado con el demonio en un desierto, ganando las guirnaldas de la victoria; su amor parecía fundido en el poder, el poder de Venus que habiendo arrojado a la serpiente, siente el fluido del espíritu divino en sus pechos y sus muslos.

En mis últimos meses en Pforta veíala, como a la inmaculada Venus griega, cuando emergía desnuda y con sus pechos blancos, del mar ansioso del hombre, para deleite del mundo, pero al final, las negras alas de murciélago de la lujuria ensombrecieron nuestro amor paradisíaco, y trajeron nuevamente los malos espíritus que convertían nuestro cielo de gloria en un tormento de infierno.

Insistía en ser el hombre, y me golpeaba donde más duele —en mi virilidad— tal como fue castigado Abelardo por los rufianes que lo castraron, alejándolo para siempre del cuerpo de Eloísa y del cuerpo de todas las mujeres, fuente de todas las delicias y todas las desesperaciones del mundo. Fue la condesa quien me enseñó que la hembra debe someterse al macho o se trastoca el orden natural, ya que presiona así, no sólo en el acto sexual, sino también en la rutina diaria de la vida individual y social.

3

Mi educación amorosa se continuó en Leipzig, donde mi pasión por la sabiduría se combinó con las prodigiosas fantasías sobre la mujer, que yo clasificaba en sagradas y profanas y preservaba así el dualismo de San Pablo de mis antepasados luteranos, que reflejaba también la división social. En el invernáculo de la condesa en Pforta había observado las plantas tropicales que extendían sus tentáculos como las piernas y los brazos de los amantes, y se retorcían y abrazaban en una gran copulación de la naturaleza, un cósmico desposorio del cielo y la tierra sorprendidos en el espasmo de la gran lujuria que mueve las ruedas de la creación. Fue en el invernáculo y a espaldas del marido, donde la condesa me hizo caer en la tentación por primera vez, ya que las plantas frescas y multicolores hicieron nacer en mí el deseo de reunir todas las delicias dispersas de la naturaleza y fundirlas en la pasión única y divina del cuerpo de la mujer, que contiene todos los éxtasis del cielo y del infierno y de la verde tierra intermedia. En el invernáculo pude captar una visión total de la vida en un vulgar orgasmo, un espasmo de deleite; pero en Leipzig aprendí que las hijas de los pobres y de los ricos pertenecen a dos categorías muy diferentes, y es más correcto seducir a las sirvientas que a sus patronas de alta alcurnia.

4

A los quince años escribí en mi diario: *Grande es el dominio de la sabiduría y eterna la búsqueda de la verdad*. Descubrí en Leipzig que los estudiantes limitaban a las cervecerías y los burdeles su búsqueda de la verdad, y que era más importante practicar el arte de fornicar que estudiar los sistemas estéticos de Aristóteles y Schopenhauer.

Gracias a la instrucción de la condesa, yo era un devoto de Príapo más experto que la mayoría de mis compañeros de estudio, los cuales poco habían aprendido en los brazos de las sirvientas, excepto los vulgares abrazos derivados del artificio del tocador, donde las sutilezas eróticas de las cortesanas hindúes y japonesas se estudian tan puntillosamente como los religiosos examinan con atención cada párrafo de la Santa Biblia.

En un burdel de Leipzig conocí el oscuro reverso de la condesa, una niña semihindú, la euroasiática cuyo cuerpo oleoso y perfumado llevaba el hálito del Extremo Oriente, adiestrado durante generaciones para pasar por todas las ganas de la pasión, hasta que la lujuria misma se convertía en un gesto del alma y sólo conocía el deseo de la satisfacción erótica. Como la condesa, la oscura flor oriental hacía de su carne el centro del deleite del mundo, pero su éxtasis no estaba corrompido por el

dolor de una conciencia culpable, y se daba libremente y sin pecado, así como las hijas de Idumea se entregaban a los israelitas en un ritual de autoabandono a los ritmos de la naturaleza.

¡Ay, las hijas de Canaán estaban infectadas con los males de la civilización y comunicaban su podredumbre a los hijos de Abraham, causando a su alrededor el estrago y la destrucción! La hermosa euroasiática del burdel de Leipzig es la culpable de que mi mente y mis huesos se pudran, ya que sus amplios muslos encerraban el veneno que mató a Heine y a mí. Me observo como si ya estuviera muerto, entregado *post mortem* en cuerpo, alma y mente a los fiscales del futuro, para evitar que me juzguen según sus propios prejuicios y extraigan homilías y parábolas de mis entrañas.

Heine en su lecho de muerte, y yo en la tumba de este manicomio, podemos apreciar la cósmica «ironía» llamada Jehová que nos arrastró a los brazos de la oscura y sofocante Venus, y luego nos aniquiló con el rayo de la sífilis, destrozando nuestro cuerpo, mente y alma, por haber osado cometer el mayor de los crímenes, el crimen del amor.

Muchos de mis compañeros de *Franconia* fueron castigados por la misma enfermedad y la curaron a tiempo. Pero yo, por mi orgullo de Prometeo y mi negligencia fatal, permití que los venenos se acumularan dentro de mí hasta que he llegado a ser la cloaca colmada de los ponzoñosos desperdicios de un barrio de covachas, donde las muchachas vagan por las calles y descargan su venganza sobre la ciudad que condena al pobre a la miseria y a la corrupción. La sífilis constituye el arma del pobre contra el rico y, probablemente, contagié mi infección a la condesa, ya que su segundo hijo fue un idiota mogólico, y sin duda el fruto maldito de nuestra unión.

Con una sensación de alivio huí de Pforta para ir a Leipzig, como si *el ángel de nuestra última hora de Richter* hubiera abandonado su esfuerzo para llevarme en sus negras alas, aunque no pude arrojar de mi sangre el recuerdo de la condesa y de la euroasiática. Eran una parte integral del mundo de luz y sombras, y cuando veo detrás de la ventana del manicomio un pájaro blanco que pasa en la oscuridad, pienso en ambas, que separaron mi universo en negro y blanco hasta que se fusionaron en el gris inarticulado de nuestro siglo muerto y disoluto.

Jeder Mensch hat seine Narrheit[30], escribía Tieck a Kopke. Tieck, con su sentido de la cósmica ironía pudo apreciar el dilema de mi vida, mi miedo al amor que se combinaba con el amor al miedo y provocaba una sensación de horror en mi mente, forzándome a huir de los deleites incestuosos para volcarme en los brazos de las rameras sifilíticas y prostitutas aristocráticas.

Los barnizados cadáveres, los esqueletos con esencia de almizcle, los cráneos perfumados que hacen eco a mi locura en la ventana de este manicomio, ésas son las lúgubres imágenes que evoca mi cerebro enfermo, sólidos fantasmas que giran alrededor del blanco y desnudo cuerpo de la condesa, aterrorizada por su desnudez y

transformando su temor en un culto de la brutalidad erótica. Y luego para borrar a la condesa, el cuerpo de ébano de la euroasiática, impúdica en su desnudez, y deleitada por la idea de que los hombres pueden ser atraídos por la carne desnuda como las moscas por un pote de miel.

Mi talón de Aquiles, el defecto, o *locura* (como Tieck prefería llamarlo) era la condesa, que simboliza en mi mente la fragilidad de la naturaleza humana y me obligó luego a abjurar de todos; los hombres y sostener mi fe imperecedera en el Superhombre del futuro. Su tétrico encanto, como la desintegrante belleza de Venus, tenía un atractivo irresistible para mí, y quise superarlo sumergiéndome en la música de Wagner y en los brazos de Cósima, su amante, la Brunilda de mis sueños. Pero desgraciadamente descubrí que Wagner y Cósima formaban parte del mundo decadente y filisteo del que ansiaba escapar, y que el wagnerianismo sólo era otro síntoma de la decadencia occidental. Wagner, como Baudelaire, sólo habían creado *un nuevo estremecimiento*, como Hugo hacía notar, en el cual fui atrapado por el gélido abrazo de la rubia condesa.

La condesa fue producto del mundo de la imaginación, que constituye el mundo de la «eternidad», y por ello permaneció conmigo hasta el fin. Si aceptamos la tesis platónica de que la mente del hombre es inmortal, probablemente me perseguirá más allá de la tumba. Me pregunto algunas veces si era una criatura del mundo material o un fantasma creado por mi íntima necesidad de personificar las perversidades de nuestra naturaleza brutal. Pero recuerdo perfectamente el día en que marchaba con mis compañeros de *Franconia*, exaltados por la orgía de la noche anterior, cuando gritábamos y cantábamos, y con dolor noté que los pantalones de mi uniforme de desfile estaban rasgados en la parte de atrás, y mostraban un pedazo de mis prendas interiores de lana. Fue entonces que su risa alegre e impúdica se elevó sobre mi turbación, y supe que la condesa había atrapado la presa destinada a someterse para siempre a su voluntad.

En un café italiano frecuentado por estudiantes reveló que era viuda: el conde, harto de sus libertinajes, se encerró en su establo, le prendió fuego y se descerrajó un balazo en el cráneo. Recuerdo bien a su marido: usaba barba y era bien plantado, parecía un «pashá» oriental que se sentaba con dignidad en un sillón endoselado, y discutíamos sobre filosofía, filología, teología, política y ciencia militar, temas que yo estudiaba continuamente pero que él ignoraba por completo. Cuando descubrió que su adorada y belleza esposa era una Mesalina que mezclaba su sangre real con vulgares plebeyos como yo, su aristocrática arrogancia recibió una sacudida fatal y sólo pudo vengar el insulto suicidándose, como hacen los orientales cuando se hieren mortalmente frente a la puerta de sus enemigos.

La condesa usaba un extraño perfume y yo lo respiraba; mi ser se impregnaba de la fragancia de su blanco cuerpo recubierto en alba seda y terminado en un moño del cual flotaba una pluma blanca, símbolo de mi derrota espiritual.

Yo estaba sumergido en ella, sumergido en una sinfonía en blanco, mientras a mi

alrededor el mundo se hacía cada vez más gris en el ocaso de los dioses.

Cuando se extendía desnuda sobre la cama, me pedía que me apartara de su cuerpo y hacía el signo de la cruz, e inmediatamente estallaba en una risa estrepitosa. Me reveló entonces que uno de sus amantes fue un obispo, y cuando se encontraba con ella en la cama siempre hacia el signo de la cruz.

En su mente pervertida, era yo un pastor luterano del cual sólo podía gozar al mezclar su deseo con la sensación de lo prohibido, como *madame* Montespan que intervenía en los ritos blasfemos de la Misa Negra, y gozaba los éxtasis de la desnudez, los voluptuosos estremecimientos de lo condenable.

5

Mi desprecio por la religión fue fomentado en gran parte por los Tartufos macho y hembra —la condesa y su obispo—, ya que ambos atestiguaban que el cristianismo, al negar el cuerpo, conduce a una preocupación mórbida de sus posibilidades. La piedad es el camino de la gazmoñería y la gazmoñería es el camino de la perversión.

El Dios cristiano es en realidad una máscara de Satanás, por eso el Diablo encuentra en las iglesias sus más ardientes adoradores.

Aunque había alcanzado la madura edad de dieciocho años, ella encontraba defectos en mi modo de hacer el amor, pero yo, bastante amplio de espíritu, bromeaba sobre ello y exclamaba: *Es kann nicht immer alles über alle Begriffe cein*[31]. Esto rige para las cartas como para el amor. Yo desafiaba los dardos que me lanzaba la condesa mediante ideas en lugar de insultos y se apegaba más que nunca a mí, ya que encontraba una nueva dimensión erótica, la pasión del intelecto que puede ser tan carnal y subyugante como los éxtasis del cuerpo.

Discutía teología, filosofía y música con esa especie de comprensión intuitiva que a menudo me ha hecho sentir que la mujer tiene una mente mejor que la del hombre, porque carece de ella y está más próxima a la sabiduría cósmica de la naturaleza. La llevaba a conciertos y teatros (mejor dicho, ella me llevaba a mí, ya que pagaba las localidades). Una vez oímos a Patti en *Los Hugonotes* y provocó mi ira cuando comentó que la música *era judía y obscena* por ser Mayerbeer su autor.

Ésta fue mí primera experiencia sobre el «snobismo» cultural que trata de delimitar el arte a las fronteras nacionales, como si las obras de la imaginación creadora, las eternas radiaciones del alma, pudieran encerrarse dentro de los espesos muros del tiempo y del espacio.

Luego, cuando Wagner hizo notar que Mayerbeer y otros artistas y compositores hebreos constituían la *amenaza judía*, lo consideré como un bárbaro y un filisteo, teniendo especialmente en cuenta que Mayerbeer lo ayudó en la escabrosa empresa de obtener el reconocimiento público por su música decadente que hacía eco al

bárbaro siglo materialista cuyo triunfo cultural es la Bolsa de Comercio.

La aversión de la condesa por el arte judío no regía con el dinero judío (que es internacional), y no vaciló en ligarse a uno de los Rothschild de París que vino a visitar parientes en Leipzig.

Me encontré en la situación poco envidiable de segundo violín del multimillonario, que era un verdadero aristócrata, por su cuna y educación, y me hacía sentir mi posición inferior como hijo de una pobre familia de clase media. Hice entonces el oportuno descubrimiento de que descendía de un conde polaco, quien tenía establos colmados de caballos de pura sangre y jineteaba potros con más habilidad que el mismo esposo de la condesa. Esta ilusión persistió en mí hasta que me convertí en oficial de caballería y tuve que montar un turbulento corcel con resultado calamitoso, ya que mi herida llegó hasta el mismo fondo de mi ser: era un mendigo que cabalgaba hacia una desastrosa caída, hacia el colapso completo de la mente, del cuerpo y del espíritu.

Una vez llevé a la condesa a un festival de música en Colonia, donde la orquesta tocaba *Israel en Egipto*, de Haendel.

Siempre me chocó en estos conciertos al aire libre el severo contraste entre el acicalado auditorio cubierto de joyas, sentado en sus cómodas butacas que recibe el total impacto de la música, mientras en la periferia está el populacho: los mendigos, los cocheros, los obreros y las prostitutas retiradas que extienden sus brazos mientras llegan a sus oídos algunos acordes de la música como si fueran oraciones inalcanzables, oraciones que vuelan sobre alas sinfónicas hacia las islas benditas de la esperanza de los hombres.

Como si el «destino» lo hubiera querido, el Rothschild francés apareció en el concierto, y su dinero fue más convincente que mi elocuente disquisición sobre las bellezas de Haendel, ya que no tardó mucho en instalarse cómodamente en mi butaca, mientras yo me unía a los andrajosos, los viejos y los malditos, captando desarticulados compases de música en un mundo corrompido y desintegrado.

Sin la ayuda de Haendel, sentí en carne propia toda la angustia de Israel que trasudaba sangre en Egipto, pero en lugar de experimentar odio por el Rothschild francés que me despojó de la condesa, tuve una sensación de admiración por el rico judío, que como un mago, pudo domar las mareas del odio y el desprecio del mundo, volcando sobre ellos el amarillo hechizo de sus monedas de oro.

6

Mientras el Rothschild parisiense estaba con la condesa en la Tierra Prometida, vi entre el grupo de los relegados a una euroasiática que escuchaba a Haendel, y parecía la hermana melliza de la prostituta de oscura piel del burdel de Pforta. Pero

contrariamente a algunas prostitutas que se retiran cargadas de prestigio y honores, como la Dubarry en su refugio de Inglaterra, todo lo que podía exhibir ella de su completa devoción a Venus eran círculos de fuego alrededor de sus ojos, una boca que supuraba, una mejilla purulenta que me horrorizaba e intrigaba al mismo tiempo, ya que estaba en presencia de Venus que se desintegraba en la enfermedad y la muerte, la Afrodita de Baudelaire, la ramera burguesa, triunfante en su decadencia, que Zola describió en *Naná*.

7

Esa noche, en un espasmo de autodesprecio y humillación, dormí con este cúmulo de virulenta enfermedad, y ahora los médicos de este manicomio registran las consecuencias patológicas en sus informes diarios al director, que es como Jehová sopesándome en el temible balance del bien y del mal.

Como ya he escrito: *No existen los llamados fenómenos de la moral, sino sólo una interpretación moral de los fenómenos*[32], y los médicos fariseos que me observan como horrible ejemplo del genio que llegó a la locura por haber desafiado los diez mandamientos, están practicando la venganza usual de los mediocres sobre los hombres de talento, que sólo pueden ser juzgados de acuerdo con sus propias reglas y no por las normas establecidas para la masa.

8

El destino no me ha castigado por mis vicios sino por mis virtudes, las inhibiciones morales que me impidieron vivir plenamente mi filosofía, como Goethe y George Sand que convertían sus romances en letras de molde, estableciendo un puente entre el arte y la vida.

Como Flaubert, yo quise colocar el arte y la vida en dos categorías separadas, para aniquilar al filósofo en provecho de su filosofía, pero olvidaba que hay un nexo viviente entre la existencia y el pensamiento, y que cuando este vínculo se rompe, el artista o filósofo se precipita violentamente en la morbidez y en la locura. Los especialistas del cerebro no comprenden esto. Son tan ingenuos como mi hermana, que levantó sus manos horrorizadas cuando descubrió que comenzaba a vivir mi filosofía en Tautenburg, donde Lou Salomé, la judía rusa, cuya sabiduría y erótica pasión se equiparaban a las de George Sand, ofreció su cuerpo en sacrificio a mi deseo de plenitud de cordura.

Contrariamente a la condesa, cuyo amor era una especie de cruel venganza, una sensualidad que desenraizaba mi ser, Lou Salomé borró la vergüenza[33] de mi inmortalidad y devolvió así mi orgullo por mi calidad de ser humano, que hasta entonces había sido minado por el temor de la carne instaurado por San Pablo.

Los especialistas del cerebro deben recapacitar sobre esto: no han sido mis vicios la causa de mi bancarrota física, moral y espiritual. Un incidente de mis tiempos de estudiante aclarará más mi situación a mis médicos y amigos. Cuando estaba en Colonia, luego de mi aventura con la condesa y la euroasiática, pedí a un caballero que me indicara el camino de un restaurante determinado, pero en lugar de eso me guió a una conocida casa de mala reputación. Las muchachas del burdel, desvestidas en diversos grados, ostentaban sus estudiadas desnudeces frente a mí, tratando de entusiasmarme mediante posturas lujuriosas, miradas lascivas y bromas impúdicas. Me aparté del círculo cerrado de carne desnuda y semidesnuda impregnada del cálido y obsceno hálito del burdel, y me precipité hacia el polvoriento piano que se hallaba en un rincón, tocando un solo acorde dilatado: un grito de furia contra el universo convertido en prostíbulo cuyo opresivo olor presiona como la tapa de un ataúd sobre nuestra mercantil civilización.

Era mi temor por el lupanar social lo que me hizo escuchar la súplica de mi hermana para que abandonara a Lou Salomé, ya que conocía mi adolescente obsesión por la condesa y la euroasiática, y me forzó a creer que Lou era una combinación de la frígida y perversa rubia y de la oscura y ardiente morena. Estoy eróticamente crucificado entre las dos ladronas de «blanco» y «negro», y Lama me apartó de la cruz sólo para condenarme a un destino aún más fatal: el sendero del anhelo incestuoso que exigía una sombría consumación de mí atormentada existencia.

9

La impotencia del amor cristiano hizo que mi hermana se lanzara a un desesperado esfuerzo para satisfacerse en un área de expresión erótica oscura y prohibida. Adiestrada por mi madre a reprimir sus naturales emociones sexuales, descubrió muy tarde que su esfuerzo para contener sus deseos eróticos sólo desataban un torrente de pasiones tenebrosas y anormales, que fluían a través de su ser, hasta que se convirtió en una fuerza destructiva de la naturaleza, que arrasaba todas las barreras de la moral y de la civilización.

Comenzó a amar eso que menos deseaba, y fui empujado a remolque en las traicioneras y proscritas pasiones que nos sojuzgaron a su tiránica voluntad.

El alemán de Goethe cuando se lamenta: *Ay, dos almas habitan mi pecho*, sólo se engaña a sí mismo, ya que somos *das tückische Volk* (gente ilusa) que cree oscilar entre la barbarie y la cultura cuando somos realmente salvajes por instinto, bárbaros

imposibles de regenerar como Lama y yo. Pero mi odio por los alemanes no es tan profundo que me impida ver que San Agustín estaba más cerca de la verdad que los pelagianos y los prosélitos de Rousseau: la naturaleza humana ha sido marcada desde el principio con el distintivo de la bestia; y Darwin, simplemente, confirma la creencia del obispo de Hippo cuando decía que todos estamos maldecidos por *nuestro pecado original*, el pecado de nuestros bestiales principios anteriores a Adán. El salvajismo germano, su furia teutónica es, sencillamente, una intensificación de la naturaleza inhumana del hombre.

Cuando Europa, intoxicada por los sueños de Rousseau, danzaba alrededor del árbol de la libertad durante la Revolución, no comprendía que su vehemente romanticismo habría de estrellarse contra la roca napoleónica, tal como nuestra creencia pelágica de la perfectabilidad de la naturaleza humana tropieza con el pétreo muro de nuestra herencia simiesca. Ya he dicho que la poesía es la mayor tarea metafísica de los hombres, pero nuestra pasión poética nos vela el concreto hecho de que apenas nos hemos apartado del tigre y del gorila la «angelical» hembra se acerca en tal forma a los mejores animales de la jungla que dudo si alguna vez la raza humana llegará a ser humana, y mucho menos superhumana.

10

Aquella creencia goethiana de mi juventud de que el «eterno femenino» es capaz de elevar al hombre al cielo de la plenitud y la salud, no era más que un perverso intento de franquearle a Dios la puerta del fondo de mi ser, después de haberlo arrojado por la ventana: el ateísmo es una bebida muy amarga y exige un estómago fuerte para tolerarla. Pero mi experiencia con la condesa, la euro-asiática, mi hermana, y muchas otras hembras de su tipo, me lleva a la conclusión de que las mujeres no son seres más elevados que los hombres, sino que nuestra necesidad de dioses y semidioses nos ha llevado a deificar el «eterno femenino», como glorificamos al Superhombre de Prometeo o nos prosternamos ante el genio, como yo mismo me he inclinado reverente ante mi propia grandeza.

En mis tiempos de estudiante, yo y los otros compañeros de *Franconia* aclamábamos a Hedwig Raabe, la actriz, o nos enamorábamos locamente del humor alegre y travieso de Rederico Grossmann. Repetíamos sus canciones y brindábamos por él en las cervecerías, pero estas bellezas de la escena no eran más que ficciones de nuestra imaginación estética o erótica. Ésta es la tragedia del hombre: confunde el escenario del teatro con el de la vida y no comprende que las mujeres son mejores actrices en el salón y en el dormitorio que frente a las candilejas. Visten sus cuerpos en forma hechicera, y como Esther, perfuman su piel con exquisitos aromas y la maceran en aceite de palma seis meses, y otros seis en canela antes de presentarse a

los ojos embaucados del monarca. Si Asuero fue engañado —él, que tuvo contacto con cientos de mujeres—, puede el lector perdonarle al pobre Fritz Nietzsche, el *pequeño pastor*, por haber confundido a la condesa y a la euroasiática con el mismo Dios y haber pensado que sus cuerpos eran la puerta de entrada al Paraíso, el portal de la gloria eterna.

11

Cada hombre es su propia quimera, dijo Baudelaire; y el monstruoso engaño que constituye nuestro propio ser nos aplasta. Pero las mujeres están especialmente engañadas por su naturaleza sexual, que las induce a creer que son diosas inmortales, que pueden elevar a sus amantes desde sus infiernos privados al cielo de los deleites eróticos. Mujeres como la condesa, como Cósima Wagner y hasta como Lou Salomé, no son más que gatas mimadas y voluptuosas, cuyos cuerpos flexibles y aterciopeladas patitas se insinúan arteramente en el alma de los hombres y son causa del más íntimo y profundo estrago moral y espiritual. Si Goethe hubiera penetrado un poquito más en la naturaleza femenina, habría descrito un segundo Werther arrastrado al suicidio, no por amor frustrado, sino por amor carnalmente colmado.

Un millar de Werthers se suicidan espiritualmente, destrozados en las ruedas de la lujuria, por cada uno que se salta los sesos a causa de una sirvientita idiota que se niega a abrir sus muslos a sus pasiones eróticas.

Como Schoreel[34], he de vivir para mi arte (si es que vivo); el bello sexo ha perdido todo su poder sobre mí. La vida de un pueblo reposa en sus artistas, hombres de visión creadora. Matad al artista y mataréis la vida de una nación. Siempre me he considerado un artista más que un pensador, estimando a la poesía como la metafísica más consumada. Pero si las mujeres han contribuido a mi derrumbe físico y moral, no han sido más que un simple instrumento ciego en las manos de un irónico Jehová que, para hacernos comprender el verdadero sentido de la vida, nos castiga hundiéndonos en la agonía.

Puedo decir en verdad con Dostoyevski: *¡He amado; y he sufrido; pero por sobre todo, puedo realmente decir que he vivido!*

CAPÍTULO OCTAVO

1

¡Cuántos interrogantes surgen en nuestros ratos de desvelos! ¡Nos sorprenden, nos chocan, y revelan cuán poco de nuestra naturaleza inconsciente hace el viaje de retorno hacia lo consciente! Una mañana de la semana pasada se me ocurrió: ¿Qué ha sido de un cuchillito de plata que mi padre dejó al morir, y que toda la familia consintió en que fuese para mí? Y esta mañana: ¿Por qué me acuerdo tan poco de los días y noches en Basilea, donde nos establecimos Elisabeth y yo después de abandonar mi precioso profesorado y luego de mi cura en Steinabad en la Selva Negra? Las nubes no empañan esta escena en mi mente. Es uno de los recuerdos más claros que conservo de este período. Sin embargo, he prestado poca atención a este suceso. Uno más de los intangibles misterios que rodean las relaciones con mi hermana.

2

Jamás se me ocurrió sospechar que cualquiera de la familia (u otra de las principales figuras que intervinieron en nuestras vidas, no relacionadas por lazos de sangre), pudiera llegar a saber la intimidad entre Elisabeth y yo, hasta el día que tía Rosalía me llamó a la vera de su lecho mortuorio. No me sorprendí cuando pidió bruscamente a mi madre que me dejase solo con ella. Tía Rosalía siempre se erigió en mi primer personaje, el eslabón entre mi vida hogareña y los horizontes más amplios que me reclamaban. Sólo reproduciéndola por completo puedo hacer justicia a la conversación que tuvimos:

Sabes, Fritz, que me muero, susurró.

Espero que no, tía Rosalía, dije fervientemente.

La esperanza no ayuda, Fritz. El hecho es que me estoy muriendo y apresurarás mi muerte si me haces examinar toda esta basura sobre lo que puede ser y no debe ser. Es importante reconocer que yo me muero y tú vas a continuar viviendo. ¿Nos entendemos?

Sí, tía Rosalía.

Quiero hacerte saber que te dejo una buena parte de mi dinero. Eso te ayudará a sobrellevar algunos momentos difíciles.

Gracias, tía Rosalía.

De nada, Fritz. Muerto tu padre, tú eres la única cabeza que queda en la familia. Estoy segura que él hubiera querido que hiciera exactamente esto. Pero no te he llamado para comunicártelo.

Había algo en su voz de tan ominosa calidad que sólo pude echarme hacia adelante y observarla atentamente.

Necesitarás todo tu coraje para permanecer sentado y quieto mientras me escuchas, resumió. *Y te hará bien escuchar y callar. No habrá lugar a negativas ni discusiones, Fritz, porque debo decirte simplemente la verdad, y la discusión sería insensata. No soy muy fuerte y no desearás que despilfarre las energías que me restan. Escucha atentamente, Fritz: conozco desde hace mucho tiempo las relaciones entre Elisabeth y tú*.

A pesar de estar prevenido, casi me caigo de la silla en que estaba sentado mientras pronunciaba fríamente la última sentencia.

Lo supe accidentalmente, Fritz, continuó. *No te espié. Y no debes sulfurarte porque no te daré un sermón. Quise hablarte unas cuantas veces, porque estimaba que alguna persona mayor debía hacerlo, pero no sabía cómo. En cierto modo te espié, porque una vez enterada de vuestras andanzas, no podía evitarlo, por muchas razones, y trataba de determinar si abandonabais o no el hábito. Habéis tenido largos períodos de separación, pero de alguna manera volvisteis, no bien alguno de vosotros encontró la oportunidad. Dije que no te daría un sermón. Pero ¿cómo podría dejar de avisarte que eso no es bueno para ninguno de los dos?*

No hice ningún movimiento para interrumpirla.

Haces bien en callarte, Fritz, continuó. *No hay nada que puedas agregar ni quitar de eso que he visto con mis propios ojos. Hay una palabra horrible para esas intimidades entre hermano y hermana, y una cantidad de otras palabras no mucho mejores. No pronunciaré ninguna de ellas. Todavía te quiero, Fritz, y tengo depositadas en ti grandes esperanzas. Sólo debo decirte esto: si continúas esa mala conducía con tu hermana, arriesgarás poco a poco tu alma inmortal. Detente*.

Al llegar este momento estaba enteramente exhausta y apenas movió su mano hacia la puerta comprendí que deseaba quedarse sola, y me fui.

3

Así supe que tía Rosalía estaba enterada de todo. ¿Mi madre también? ¿Mis abuelos? ¿Y todos esos compañeros de colegio que constantemente advertían cómo Elisabeth pendía de cada una de mis palabras dichas en su presencia? ¿Sabría Foerster, su marido? ¿El temor de sus sospechas habría decidido a Elisabeth a acompañarlo en esa loca aventura a Sudamérica? ¿El descubrimiento de la verdad habría sido la causa de su suicidio?

4

Tía Rosalía había seguido nuestra intimidad con suficiente atención como para comprender que en la época que debía trasladarme a Pforta no eran sus manos, sino las mías, que la buscaban, y las lágrimas que humedecieron mi almohada eran producto de mi congoja al pensar en separarme de ella.

5

El día que volví de Ciarens a Bayreuth, donde había visitado a mi madre y mi hermana, Wagner aparentaba estar atónito por mí alegría y buen humor y me preguntó si la familia siempre provocaba en mí ese efecto vigorizante[35]. Por supuesto, yo atribuí todo a Elisabeth. Pero ahora me pregunto hasta qué punto sospecharía Wagner.

6

Y luego, aquella vez que Cósima me escribió sugiriendo que pidiera a Elisabeth que viniese a Bayreuth para cuidar de sus niños, y así Cósima y yo podríamos hacer un viaje de negocios. ¿Sospechaba las relaciones entre Elisabeth y yo, y trataba de esta manera de forzar una separación espiritual entre nosotros?

7

Muchas veces pienso de mí mismo como solía pensar en mi niñez del Dios del Génesis, en un «novio rechazado».

8

En las ocasiones en que otros filósofos consideran preciso escribir libros, yo escribo un pequeño párrafo. Cuando un libro es realmente necesario, yo creo conveniente

guardar el más profundo silencio.

9

Hacia la mitad de *El Anticristo* perdí la sensación de resentimiento. No podría decir la razón, pero de pronto tuve la impresión de que estaba citando las Escrituras en lugar de hostigarlas. Estaba nuevamente quinceañero. Después comencé a escribir desatinos, por lo menos durante unas cincuenta páginas, antes de hallar nuevamente los rayos y centellas con que concluí éste, el más lírico de todos mis escritos.

10

Ha quedado todavía un punto sin desarrollar en mi sistema: la peligrosa creencia de que la verdad de una afirmación le imprime un sello de moral.

Por consiguiente, ¿es inmoral una falta a la verdad? ¿Son entonces *amorales* todos los hechos aún no descubiertos por la ciencia?

Podría establecerse así todo un sistema de ecuaciones morales. ¡Lástima que esté tan cansado para ensayarlo!

11

Las discrepancias humanas son principalmente diferencias de lenguaje. ¿Resolvería una sola lengua, adoptada por todas las razas y naciones, la mayor parte de nuestras dificultades? Difícilmente. Necesitamos todas nuestras diferencias para la lucha fiera y eterna en la cual se refinan nuestras ideas y nuestras pasiones. Si pudiéramos descubrir el origen de nuestra riqueza cultural, veríamos que por lo menos el ochenta por ciento reside precisamente en esas diferencias de idioma que nos parecen tan perturbadoras.

12

Hemos desarrollado sólo tres sistemas de números, frente a un millar de idiomas y

diez mil sistemas de pensamientos.

13

Kant hubiera sido mejor filósofo si hubiese enseñado filología durante diez años por lo menos. Eso habría exaltado en él la importancia de saber hacerse entender para poder estar seguro de ser comprendido por los demás.

14

La democracia es del número y entronca directamente del matemático anónimo destruido en el incendio de la biblioteca de Alejandría. ¡Lástima que la naturaleza humana no esté construida según líneas sencillas, por ejemplo, como las proposiciones de Euclides!

15

Sí, para la felicidad; *no* para la verdad, se extiende a lo largo de la experiencia humana como el coro de una balada.

16

La regularidad de pensamiento y de conducta es una sola cosa, que se produce por sí misma y es el resultado de una serie de hechos consecuentes. Orden es lo que un demagogo impone en una escala de hechos que no conducen por sí mismos a nada que se parezca al orden.

17

Ser y tender, noche y día, blanco y negro, continúan ordenando y confundiendo

nuestro limitado entender. Estas simples diferenciaciones son, de hecho, las culpables de casi todos los trágicos malentendidos de la conducta humana.

18

Un Parménides sin rostro y con el fogoso flujo de Heráclito es la divinidad más potente creada para nosotros por las leyendas de los mares filosóficos. Allí finalmente se pone el sol de nuestros más preciosos sueños.

19

Boscovitch y su estúpido «átomo» me persiguen sin cesar. Entre el ronco sonido de su nombre y la falsa simplicidad de sus explicaciones sobre el origen de la materia, no sé si reír o llorar.

20

Todo hombre nace prisionero del ancho, largo y profundidad de su conciencia. Así permanece hasta que descubre una cuarta dimensión, o, dicho en el lenguaje del populacho, hasta que compete la identidad de su propia alma. Probablemente la única manera de alcanzar la gracia es colocarse frente a un tren que se acerca rápidamente. Si esto fuera así, la pólvora haría una contribución más importante que la filosofía para alcanzar la inmortalidad.

21

Yo soy el Minotauro de los filósofos de mi tiempo. Nunca me conquistará ningún atolondrado Teseo. Para asegurarme, he tomado la precaución de hacer de Ariadna[36] mi prisionera privada.

22

Parecería que Dios ha creado todo en el mundo visible, excepto el color, mediante el cual el mundo se ha hecho visible. El hombre ha creado la buena educación. Pero ¿para qué sirve esto si Dios no ha podido crear buenos hombres?

23

No importa cuán limitada sea su visión, todo filósofo llega por lo menos una vez en su vida a la siguiente encrucijada: optar entre el plan en que ha de vivir y aquel según el cual le gustaría interpretar al mundo. Esto lo enfrenta a una serie de problemas fuera de cátedra, que lo persiguen a lo largo de toda su vida pública de maestro.

24

Si no podéis leer a Platón por el simple placer de hacerlo, leedlo para aprender la lección que grita entre líneas de cada diálogo: *Sólo hay un mundo, el mundo de la experiencia humana*.

25

Sufrimos las angustias del hambre para tener la satisfacción ulterior de observar que seguimos siendo los mismos, deseamos más de lo que podemos tener o gozar, solamente para que se nos haga posible aceptar, aunque sea parte de lo que vemos, y de esta manera esperamos del cielo no haber desatinado nuestro pasado.

26

La pasión es la identificación de la esperanza como vehículo hacia el futuro. La pasión es la única protección que tenemos contra la extraordinaria vanidad de nuestros deseos.

27

El mundo es tan mío como el bizco que toma una posición tan firme cerca de la puerta que parece bloquear eternamente mi fuga de estos confines.

28

El saber deriva primeramente del vivir. En segundo lugar de la investigación sobre las conclusiones a las que llegaron los que vivieron antes que nosotros. Una tenue mortaja es, finalmente, todo lo que nos llevamos a la tumba.

29

El saber se divide en aceptable e inaceptable. ¿Cuáles son los derechos de prioridad del saber aceptable? Que puedan llover ranas lo mismo que agua, es inaceptable aunque se pruebe a menudo que ha ocurrido. ¿Será porque esa clase de conocimientos no son clasificables? Es posible, entonces, que la clasificación constituya uno de los grandes pecados de este mundo.

30

Todas nuestras disquisiciones metafísicas están condicionadas por el hecho de que somos animales orgánicos con funciones y necesidades definidamente animales.

31

En el mundo sensorial todo depende de la experiencia propia. La lluvia es una cosa para el hombre, otra completamente diferente para un árbol, y aun una tercera para una loma o una montaña. Distinta también para el cielo que se alivia con la precipitación.

32

Solía permitirme creer que la mente es un subproducto del cuerpo. ¿Dónde se llega primero, al puerto o a la ciudad, a la ciudad o al Estado, al Estado o al mundo?

33

La voluntad de un hombre es el mandato de otro. Donde no hay voluntad hay anarquía. La anarquía precede todos los actos de creación.

34

En su *Libro de los Muertos* los egipcios dejaron tras sí una veraz historia de su carácter nacional. Para caracterizar nuestros días habría que escribir un *Libro de los Germanos Evadidos*, e incluir unos pocos que quisieron escapar y nunca lo lograron, como yo. Si yo llegase a ser el autor de tal trabajo —el cielo no lo permita— colocaría a la cabeza el caso de Enrique Heine y lo terminaría con un comentario sobre Carlos Marx, con los cuales los fines de la creación hubieran sido mejor servidos si se hubiesen quedado en Alemania, donde o los habrían prusianizado o fusilado. En cambio, Marx encontró en Inglaterra un santuario contra el prusianismo, y desde allí todavía nos dispara teorías a través del Canal de la Mancha. En este esquema, me gustaría estar en algún lugar intermedio, donde aproximadamente estoy.

35

¿Qué se puede decir de Heine, bueno, malo o indiferente, que no lo haya dicho él infinitamente mejor ya? Podríamos describir al sol igualmente bien sin decir que brilla y que sólo vemos las cosas a causa de su luz.

36

En cuanto a Carlos Marx, no escribe tan mal en alemán, pero lo adorna con numerosas referencias latinas y francesas, lenguajes que no parece conocer tan bien. Sólo los usa para impresionar a los más ignorantes y confundir a aquellos que podrían entenderlo.

37

Los judíos nos han dado demasiado con Heine y muy poco con Marx.

38

El mundo era para Heine el escenario de una guerra en la cual el pueblo siempre se perjudicaba, y se compensaban estos daños con los beneficios que reportaban al espíritu general del hombre. El mundo de Marx se divide entre la mayoría, que vive hambrienta, y la minoría que vive saciada. Marx no deplora la disposición de su injusticia para la mayoría. Se contenta con abogar por una injusticia similar para la minoría.

39

Carlos Marx es para la «ley de la oferta y la demanda», lo mismo que Darwin para la «ley de la supervivencia del más apto». Ambas *leyes* son el resultado de una nueva pasión del siglo XVII: la investigación partiendo de un punto de vista.

40

La verdad es todavía esquiva. Sin embargo, ya no es una jovencita sino una vieja ramera a quien le faltan todos los dientes delanteros.

41

Deseo que me comprendan bien: admito que leo a Marx tan apasionadamente como sigo con atención cada nuevo párrafo de Heine.

42

En su estructura, el capitalismo difiere del feudalismo sólo en la extensión de su dominio. Pero lo que podemos llamar *cultura de relación*, es decir, la educación, que se ha hecho universal mediante los colegios populares, está borrando gradualmente las viejas distinciones de clase entre los que dominan y los dominados. Esta cultura no reconoce nobleza de cuna ni las ventajas que la riqueza proporciona. Están bajo su influencia, los propietarios de la maquinaria industrial y los que trabajan para lograr que sus ruedas traspasen los amplios escalones del templo del futuro, sombrero en mano, en igualdad de adoración, y sin necesidad de ostentar la fuerza.

43

Conozco muchos de los defectos del capitalismo, como también sus virtudes, y la idea de pasar algún día a un nuevo régimen no me aterroriza. Sé que el cambio de una forma de tiranía a otra es simplemente la transformación de una forma a otra de la lucha cuerpo a cuerpo por la vida, en la que el género humano se equilibra continuamente.

Los teóricos socialistas hacen una diferencia entre la vida que conocemos y la que creen aportar hablándonos de las posibilidades de la humanidad si aprende a vivir en un estado de armonía. Pero yo sé que la gente no quiere vivir en armonía y, francamente, creo que no es de desear ni como vida ni como armonía.

Quitadle a la gente la relativa alegría de la lucha diaria, y la convertiréis en una comunidad de espiones, mentirosos, delatores y dañinos traficantes; y sería necesario frenar a un número definido entre ellos para evitar que satisfagan la codicia innata del poder por mandato.

44

Todavía hay muchos remedios disponibles para el capitalismo, el cual, me atrevo a decir, no está tan enfermo como los médicos nos hacen creer. Creo que alguno de

ellos podría hacerle una trampa total a Europa: impulsar la moneda circulante, una especie de amplia transfusión del poder adquisitivo.

45

El Capital de Marx hace dos descubrimientos en la economía, que han sido la causa de todos los elogios socialistas: que el exceso de producción se crea forzando al trabajador a rendir en un día de trabajo más de lo que realmente necesita, y más aún de lo necesario para el trabajador y el empleador juntos; y que esto lleva al capitalismo a mantener al trabajador a un nivel de vida tan bajo, que no sólo hace posible que el empleador no necesite trabajar, sino que se enriquece hasta el punto de convertirse en dueño absoluto del trabajador, como lo era el señor feudal antes de la revolución industrial (aunque no lo realice por medio de la fuerza sino por la legislación).

46

Nunca se le ocurrió notar a Marx que mientras el señor feudal adquiría su poderío mediante la brutal conquista física, el capitalista lo hace con miras a mejorar la producción de mercaderías que son tan útiles para el pueblo como para él mismo.

47

Considero que no se puede mirar con desprecio el hecho de que el capitalista logra su dominio mediante el proceso de legislación, ya que así cientos de trabajadores se sitúan en niveles cada vez más elevados del mundo económico, y esto no hubiera sido posible bajo el régimen feudal.

48

De acuerdo con lo que sucede ahora en el mundo, se ha convertido en mofa el rasgo característico de la ideología marxista que considera el exceso de trabajo como una

condición natural del género humano, y que debiera ofrecerse al Estado en lugar de brindarlo a los capitalistas privados. Si no fuera tan difícil para el Estado obtener fondos para la guerra por medio de impuestos, si el bienestar de Norteamérica, por ejemplo, estuviera concentrado en Washington, en lugar de estarlo en centenares de grandes ciudades diferentes, los norteamericanos construirían hoy diez barcos y veinte ametralladoras en lugar de limitarse a un barco y una ametralladora como lo hacen ahora, y lo mismo sucedería en todos los demás países democráticos.

49

La ideología que un hombre debe adoptar para el manejo de sus negocios en un nuevo plan sociológico, resultaría mejor pertrechada contra los demagogos y sus astucias si pudiera comprender que el primer acto de un nuevo gobierno, al asumir el poder, es quitar la riqueza a todos sus contribuyentes para crear una nueva autoridad y poder centrales; y cuando llega al punto de ser bastante estable y suficientemente poderoso en comparación a cualquier individuo o grupo de individuos, y está entonces en condiciones de proporcionar su apoyo, ya existe un grupo de favoritos firmemente atrincherados en el afecto de los jefes que poseen el mando, cuyas posibilidades son mucho mayores que las de cualquier ciudadano aun para recobrar su contribución original.

Por consiguiente, es casi axiomático que será mucho más pobre bajo el nuevo gobierno que durante el viejo.

50

Aquellos que consideran un Estado comunista como posible fomento de la ciencia y el arte (que ayuda a mejorar las relaciones entre los patronos y el pueblo bajo el régimen capitalista), debieran preguntarse en qué puede diferir ese régimen de cualquier otra forma de gobierno, en la cual la omnipotencia de un solo hombre crea la aridez de todos los genios individuales bajo su dominio. Por qué se espera más de un dictador del proletariado que de los emperadores mexicano o peruano u obtener más de lo que tuvo el pueblo francés bajo el benevolente despotismo de Luis XIV, en cuyo reino, a pesar de su cuidadoso patrocinio, todas las artes y ciencias se detuvieron, mientras que en el Norte, en Inglaterra, hombres de pensamiento y acción independientes marchaban un centenar de años a la vanguardia…

51

La búsqueda de la verdad es todavía la forma de rebelión más grande y más sensata.

52

La propiedad sólo es sagrada cuando se mantiene a salvo de las usurpaciones graduales del gobierno.

53

La civilización es más que nada una lucha entre los diferentes estilos de ver el pasado.

CAPÍTULO NOVENO

1

Obtendremos por medios mágicos lo que no podemos conseguir mediante la fe: *En consecuencia, me consagré a la magia*. Con la vehemencia de Fausto traté de asaltar el reino de la vida desenfrenada, y mantuve en mis brazos a la desnuda Helena, gritando con Fausto luego de su violento estupro: *¡La pasión es todo, en todo!*

En este eje faustiano de ilimitada lujuria medité en Tautenburg, sobre el horror de Elisabeth y su grupo de antisemitas que claman por la sangre de los judíos, pero consideran el amor fuera del vínculo matrimonial como el pecado contra el Espíritu Santo, para el cual no hay perdón en el cielo o en el infierno.

Mi gran pecado no era amar a mi Helena eslava con el mayor abandono, sino en someterme al miedo goethiano de la carne, que intelectualizaba y espiritualizaba la palpitante desnudez de una mujer hasta que sólo quedaba un símbolo de la cultura del Renacimiento. *¡El errabundo y su sombra! La duda* dialéctica del Mefistófeles de Goethe hizo presa de mí: *El infierno es donde estamos, y donde esté el infierno, allí debemos permanecer*, aun en el Edén de Tautenburg con mi Eva desnuda.

2

Después de alcanzar la última sabiduría socrática: *sólo sé que no sé nada*, me entregué en manos del diablo para esclarecer mi mente. Pude elegir entre la crucifixión con Cristo y la crucifixión en el cuerpo de mi amada discípula, pero elegí la última alternativa, porque era una dulce agonía, una agonía de gloria.

Contrapesé la luterana estupidez de mi hermana con una parte del talento de Fausto; de acuerdo con el símil que usé en *Ecce Homo*, tragué un frasco de dulce para librarme de un sabor amargo.

¿Y qué gané al abandonar el palpitante cuerpo de Helena hundiéndome como Fausto, por mi humanitario esfuerzo que disfracé en mi filosofía del Superhombre, de la cual se posesionaron los socialistas para introducir el Superhombre colectivo, la sociedad comunista, el triunfo del «populacho»?

Cuando sumergí mi mente en esas profundidades, encontré, como Lucrecio, un fondo insondable, y grité con Zaratustra:

¡Lo terrible no es la altura, sino la pendiente!

La pendiente, desde la cual la mirada se precipita hacia lo profundo, y las manos

se extienden hacia la cumbre. Allí se apodera del corazón el vértigo de su doble voluntad.

¡Ah, amigos!, ¿adivináis también la doble voluntad de mi corazón?

Ésta, ésta es mi pendiente y mi peligro: ¡que mi mirada se precipita hacia la cumbre y mis manos quisieran afianzarse y sostenerse en el vacío!

3

Con mi Superhombre y mi Bestia Rubia traté de construir una torre de Babel, hacia lo absoluto, pero de acuerdo con las advertencias que hizo Pascal a sus contemporáneos del Renacimiento, una torre debe ser construida sobre fundaciones sólidas o los cimientos se resquebrajan y comienzan a abrirse terribles abismos hacia la nada, hacia profundos precipicios de maniática desesperación. Si mi mente se abre en grietas es porque experimenté la explosión de sus cimientos, la íntima autodestrucción de mi ser intelectual por quien sacrifiqué todo, aun la amistad de Wagner, que yo apreciaba más que a la misma Helena. Como Jesús, dije a mis discípulos: «No os inquietéis», superad vuestros propios fragmentos haciendo de ellos un puente hacia el Superhombre, pero este puente rugió y tronó hacia el terrible «vacío», dejándome sin Dios, sin «hombre», y sólo con una vacilante evidencia de que todavía vivo.

Pero con el terror de Titán que teme la cobardía humana, me precipité a defender mi fatalidad, mi deidad con «Anticristo», y así me protegí de las Circes cristianas cuyo vampirismo, como lo practican Lama y Mamá ya estaba succionando mi sangre. El ogro dionisíaco llamado Zaratustra contra el Cristo de San Pablo que chupa la sangre y reduce al hombre a la nada, *¡a la postración más completa!*

4

El cristianismo y mi anticristianismo han nacido del espíritu de resentimiento, pero los cristianos se resienten por la vida y yo sólo por la muerte, los pálidos besos del Crucificado. Por eso mi mente retrocede hacia la dorada mediocridad, sin la cual, como confesaba Pascal, abandonamos nuestra humanidad y caemos en el pozo pascaliano del autodesprecio.

Rechazando la ultima evasión de humanitarismo de Fausto, la lucha incesante para lograr un milagro, el subterfugio de Goethe disfrazado de pasión prometeica, por lo absoluto, ¿qué me resta antes de que mi cuerpo y mi mente se sumerjan en la

oscuridad y grite con Goethe agonizante? *¡Mehr Licht! ¡Mehr Licht!*[37] Sólo esto: reafirmar mi amor por el cuerpo de mi Helena, y los gritos de Dionisio despertaron en el dios que habita en ella el anhelo de manifestarse.

Persigo en mis sueños su desnuda belleza como un fragmento del paraíso perdido que llega a ser total, completo y cósmico en el acto del amor apasionado. Ella es mi último ídolo nacido del espíritu de la magia a través del naufragio, la ruina y el caos de nuestro siglo destrozado. Sus besos me arrastran hacia ella.

5

El buen médico, con su visión inglesa y mezquina de la realidad, nunca entenderá por qué necesito a Helena, excepto en el tosco sentido de la satisfacción erótica. Como el estúpido John Stuart Mill, confunde lo deseable, olvidando el dicho de Kant, y la diferencia entre las pasiones del populacho y las ansias refinadas del Superhombre dictadas por principios cósmicos que determinan los acontecimientos. Reduce el mundo interior del alma a una lógica objetiva del dolor y del placer y trata de curar las mentes enfermas sobre la base de su principio de placer animal, el dogma de la alegría racional.

Los médicos que rondan a mi alrededor como chacales sobre un león muerto, nunca comprenderán mi enfermedad mortal, porque la verdad es primariamente del espíritu, y ellos sólo son capaces de racionalizar su propio mundo animal de sensaciones exteriores, ya que no han penetrado nunca en la cueva de Aladino del terror interior, habitada por duendes, hadas, unicornios, centauros, dragones, y todos los vitales y activos personajes que moran en el alma humana. Descartan todas estas trascendentales criaturas de la imaginación creadora por considerarlas simple patología. Para ellos el árbol de Iggdrasil no tiene sus raíces en el cielo, sino en una burguesa pocilga de cerdos, creencia que provocó la justiciera ira de Carlyle.

6

Los médicos de aquí creen que estoy loco porque golpeo la mesa y clamo por más mujeres, más vino y más canciones, con un frenesí dionisíaco al que confunden con satiríasis y erotomanía.

No comprenderán jamás que por medio de una amplia acción de poder imaginario, sostengo mi vida, y puedo combinar a Hércules con el rey Salomón, y si deseo puedo limpiar los establos de Augías del industrialismo burgués y al mismo

tiempo me restan horas y energías para dormir con mil mujeres, y satisfacer a todas ellas.

No soy para los médicos el «centro napoleónico» donde Dios estuvo una vez, y ni siquiera en la mediocre periferia de la existencia, sino derribado en el abismo donde los desterrados sifilíticos aúllan con júbilo maniático en la noche del alma de Santa Valburga.

¡Cuán equivocados están estos filisteos de la cultura, salvajes de blancos uniformes, que difunden su palidez de muerte sobre el mundo de la belleza, el mundo dionisíaco de energía radiante y alegría atronadora!

Dedican sus esfuerzos a imitar fuera de estas paredes al mundo de los locos, a semejanza de los monos; no han pasado a través del proceso de desintelectualización que Rousseau consideraba primordial para que una mente cuerda pudiese escapar de la locura de la llamada civilización.

Estos caballos instruidos, con su vulgar sentido práctico no se dan cuenta que estoy tratando de vivir *mi sabiduría*, y como Diógenes el Cínico estoy demostrando, mediante mi amplia payasada, mi nueva doctrina de *hacer actuar mi filosofía*, y me hundiré en la corriente de la experiencia aunque las aguas me sofoquen y la locura torrencial destroce mi mente, conduciéndola hasta la necedad.

7

Mi Helena rusa fue quien me introdujo en el principio femenino de Sofía, el conocimiento místico e intuitivo que no pueden comprender los científicos y los positivistas, porque reposa *debajo* de ellos y, por lo tanto, está *por encima* de ellos.

Su visión ilimitada que encara la vida a través de la pantalla del vulgar sentido práctico sin una metafísica sobrepuesta, somete sus corazones a su sensibilidad, la razón a la emoción, el poder del conocimiento al conocimiento del poder.

Hasta el momento de entrar a este manicomio observé la vida como a través de la ventana de un hospicio —igual que los psiquiatras profesionales—, pero ahora que he sido encerrado aquí he llegado a ser peligrosamente cuerdo, al tratar de equilibrar mi arrogancia masculina con la perspicacia femenina de Lou hacia lo «desconocido» y «misterioso».

En Tautenburg fui iniciado en los ritos de las sacerdotisas de Isis, quienes en la orgía de la pasión erótica hacen desaparecer la contradicción del macho y la hembra, de la mente y la emoción, del sentido y la sensibilidad, de lo superior y lo inferior, del cielo y la tierra, fusionado todo ello en la visión orgánica de Böhm, como en una fuga de Bach o una sinfonía de Beethoven, las energías positivas y negativas del alma.

Hasta que conocí a Lou no pude escapar del reino científico de las estadísticas y las cantidades, y me precipitaba en el refugio interior de la música, con Wagner y los

wagnerianos. Pero descubrí que éstos eran Cagliostros de la música que anulaban el «yo» y el «tú», la polaridad del macho y la hembra en el culto sanguíneo de la barbarie, la cual se expresa en la historia antisemita de Treitzschke y las arias habladurías de mi cuñado Foerster.

8

Mi hermana Elisabeth sospechó mi recio examen de conciencia, que seguí de acuerdo con el ejemplo de La Rochefoucauld y Descartes, y desempeñó entonces el papel de un Yago hembra, forzándome a asfixiar a mi Desdémona, la mujer cuyo cuerpo era una ancla de la esperanza, una boya en los traicioneros «mares wagnerianos» que hacían estrellar a los marineros románticos como yo contra las rocas del *Liebestod*[38] y el traidor nihilismo.

He dicho que los germanos fueron los estafadores del intelecto, que Fichte, Schelling, Schopenhauer, Hegel, Kant, Leibniz y Schleiermacher eran realmente «*fabricantes de máscaras*»[39] y mi hermana quiso esconderme tras la máscara maya de la ilusoria pesadilla wagneriana para que no pudiese escapar de su tenebrosa garra incestuosa. Unido al cuerpo de mi Helena rusa, podía mantenerme aferrado a lo humano y lo superhumano. Podía superarme a mí mismo en el milagro de la pasión desnuda, podía volver a entrelazar mi ser en la trama y urdimbre del «yo» y «tú», la paradójica unión de antagonistas de modo que el poder del amor y mi amor del poder llegaran a ser una sola llama de éxtasis y deleite.

9

Ahora, separado del cuerpo de la «vida», ¿qué me resta ya si no hacer de mi muerte una furiosa protesta contra el desmembramiento de mi ser? Por eso clamo por las mujeres —*¡más mujeres!*—, que no es para mí una rebelión de la razón, sino un retorno a la lógica cabal, el principio vital de Jaina, la *anekantavada*, de las numerosas fases, el «interior» que penetra en lo «externo», lo «externo» dentro de lo «interno», siguiendo el ritmo erótico, la tensión polar del macho y la hembra.

Mi amor por Lou me polarizó hacia fuerzas cósmicas invisibles; yo, la periferia, me convertí en el «centro», mi caos se transformó en una danzarina estrella. Ahora estoy despolarizado, impersonalizado, anulado ¿y muerto? ¿Muerte? ¡No, resurrección! *¡Soy Dionisio!*

10

Los que no aman sabiamente, se desesperan del poder del amor. Cuando estaba con mi Helena rusa, ella supo empujarme con sus medios sutiles y eslavos hacia el mágico círculo del amor, donde Tolstói y Dostoyevski estaban preparados con tijeras para cortar mis garras. ¡Un ave de rapiña arrojada entre los cristianos y los cristianos socialistas para interrogar sobre los augurios del milenio! Quizás era mi destino que la traición de Elisabeth fuera el medio por el cual escapé de Jerusalén y me atrincheré tras las siete colinas de Roma. Sería un insulto a la misión de mi vida si ésta terminara en mi candidatura a la santidad. ¡San Nietzsche, patrón de los filisteos cultos como Wagner, que se prosterna frente a las mentiras y fraudes papales!

Ya que soy una fatalidad, la meta hacia la cual tiende toda civilización, es obvio que la conducta viciosa de Elisabeth hacia mí está justificada a la luz de la historia, donde el bien se transforma en mal, y el mal en bien, como en los sistemas de Spinoza y Hegel, el cual es simplemente Spinoza que engrana en el ritmo de nuestro veloz siglo industrial.

Elisabeth estaba destinada a entrelazar su vida con la mía, así como Byron estaba predestinado a combinar la suya con Augusta, su hermana mayor.

11

Este destello de iluminación llegó a mí mientras paseaba más allá de los límites del hospicio con Peter Gast, quien me dijo que yo había mejorado notablemente y, al mismo tiempo, sugirió que quizás estaba simulando la locura de acuerdo con la tesis de Baudelaire de que el único modo de mantenerse cuerdo es escapar de la civilización burguesa y encerrarse en un manicomio. Fue Gast quien mencionó primero los ismaelitas de Byron, y rasgando la máscara de mis pensamientos, le expuse los ismaelitas de Nietzsche mientras me observaba azorado. Sólo en ese momento Gast creyó que yo estaba loco, y lo ayudé a fomentar su error descargando una inocente patada en sus piernas.

Siempre pensé que la «verdad», la danzarina Salomé, nunca debe dejar caer su séptimo velo, ya que la verdad desnuda se convierte en un caníbal, un salvaje ávido de sangre que pide la cabeza del santo, y se la hace servir en una fuente.

Es mejor que el mundo ignore —por lo menos mientras ella viva— que Elisabeth desempeñó el mismo papel en el drama de mi vida que Augusta en la vida de Byron. Como ella, Elisabeth era un amortiguador y un amparo contra el déspota materno cuyas lanzas del ridículo y de la estupidez se estrellaban en su sarcasmo, hasta que Elisabeth asumió el papel de tirano maternal no bien comencé a demostrar interés en

el bello sexo. Para conservar su dominio sobre mí, me sedujo hacia el pecado de los egipcios, y pude libertarme así de mi enferma conciencia luterana, y hermané al mismo Satán en mi pecado.

Byron también sintió que era igual a Satán, y su conciencia calvinista tropezó con la roca de la certeza de haber superado a los más grandes pecadores —Manfredo y Caín— y alcanzado la perversidad de este último. Augusta hizo posible que se sentara junto al trono de su majestad Satanás, a quien Schopenhauer situaba en el cielo. Pero Elisabeth elevó aún más mi orgullo: no podía tolerar el compromiso satánico, ya que debía permitir a un gobernante como superior mío, de modo que mantuve mi autoridad y me convertí en un Superhombre, el monarca del universo. Como ya he escrito: «Si hubiera dioses, ¿cómo soportaría yo no ser un dios? *Por consiguiente* no hay dioses».

12

Lou tuvo que luchar contra mi orgullo satánico y logró colocarme al nivel de su amor y de su pasión que eran humanos, demasiado humanos. Lou era mi ángel bueno que luchaba con Elisabeth, el ángel malo, quien despertó al demonio en mi haciendo consciente el gran pecado que compartíamos. Usó todas las estratagemas del infierno para separarme de mi Helena eslava, y ya que yo mismo soy un eslavo, un polaco de noble alcurnia, la victoria de Elisabeth sobre nosotros se convirtió en una doble derrota para la humanidad eslava.

Me apena revelar todo esto, porque estoy uncido al yugo de la piedad, igual que todos los cristianos occidentales, y, como ya he dicho, hay este grave peligro: *que el hombre se desangra al reconocer la verdad*.

El conocimiento del dolor se ha mitigado por el dolor del conocimiento; comprendemos así la queja de Byron: «El árbol del conocimiento no es el árbol de la vida». Como no espero que mi confesión se haga pública hasta que Mamá, Lama, Lou y yo estemos reunidos en el seno de Abraham (o Satán), puedo exponer la espantosa verdad a la luz del aforismo de Spinoza de que perdonar es olvidar.

En la eternidad todas las cuentas se saldan, sin malicia, y haciendo caso omiso de los estafadores intelectuales que no osan admitir la verdad, ni aun a la posteridad. Cincuenta años después de mi muerte, llegaré a ser un mito; mi estrella brillará en el firmamento cuando el Occidente se eclipse en la oscuridad, y por medio de mi luz, mi filosofía del poder será nuevamente examinada no como fuerza sino como «providencia».

13

Un sirviente ingenioso de este manicomio ha provocado considerables carcajadas. Simulaba ser San Pedro y decía al médico que Dios se había vuelto loco.

¿Qué le pasa?, preguntaba el médico que se había convertido en cómplice.

El Todopoderoso cree ser el profesor Nietzsche.

Si Dios viviera, esto no hubiera sido una broma sino un hecho obvio.

14

He sido injuriado porque dije en *Más allá del bien y del mal* que debiéramos considerar a las mujeres una propiedad, tal como hacen los orientales. Elisabeth rió simplemente al leer esta afirmación porque conoce la amarga verdad: las mujeres son la única propiedad privada que tiene el control completo sobre su dueño. Así como la maquinaria de nuestro siglo industrial ha llegado a ser humana y usa un cinto de cuero para vapulear las *manos* de la máquina y esclavizarla, la mujer es el monstruo de Frankenstein, construido con el material de los cementerios sociales, que persigue al hombre hasta su condena. Mi consejo de ser duro con ellas es tan ridículo como lo sería el consejo de un ratón nietzscheano, en una convención de ratones, de ser inflexible con el despótico gato.

Esta analogía felina es verdadera. Como dije en *Así habló Zaratustra*, las mujeres no son capaces de amistad: son todavía gatitas o pájaros, o como máximo pueden elevarse a la categoría de vacas, aunque no estoy de acuerdo con Schopenhauer en que las partes eróticas de una mujer, tales como los pechos, son antiestéticos, parecidos a los de una vaca y sólo simples trampas para apresar al hombre a través de su instinto copulativo.

Siempre expresé el deseo de haber vivido en la Atenas de Pericles o en la Florencia de los Médici, porque en estos dos siglos dorados se consideraba a las mujeres como obras de arte y no aspirantes a trabajar en un taller o en una fábrica de encurtidos. Aspasia es mi mujer ideal, que sobresale en ambas artes, el horizontal y el vertical, en el amor y en la sabiduría, y durante un tiempo pensé que Lou era mi sueño de Aspasia que se convertía en realidad. Mi ilusión ha sido la causa de mi derrota.

15

He dicho que la guerra es el único remedio para evitar que el ideal del Estado se convierta en un ideal monetario. Pero los ricachos bismarckianos, culpables de esto, me proclaman el apóstol de la guerra. He cantado un himno a la guerra, he escuchado a Apolo, el gran guerrero, «haciendo rechinar terriblemente su arco de plata», pero nunca he identificado a Apolo con los soldados de la Bolsa de Comercio que beben cerveza y comen salchichas.

Me agravia por lo tanto el apoyo del señor Bolsillos Llenos que viene a visitarme a este manicomio y me asegura que se ocupará de mi futuro cuando salga. Es por miedo a que cumpla su amenaza que prefiero permanecer aquí.

16

He dicho en alguna parte[40], que una buena batalla merece el coraje de un hombre, pero que el verdadero heroísmo consiste en no luchar en absoluto. He hecho notar también que los pensamientos más grandes son los mayores acontecimientos. Pero no considero a una guerra bismarckiana o a un pogrom sangriento como grandes acontecimientos. Siempre he despreciado a los prusianos que levantan la bandera pirata de la guerra para sacar provecho del despojo; y menosprecio profundamente a los alemanes como mi cuñado, que impulsan el ansia de sangre de la masa contra sus superiores, los judíos.

Sí, debo repetir: los alemanes me producen una aguda indigestión, y si me siguen visitando más alemanes *los echaré fuera* de mi santuario.

Dice Hobbes que la guerra civil inglesa tuvo lugar porque el poder estaba dividido entre el rey, los aristócratas y el pueblo. La guerra civil en Naumburg ocurrió porque el poder se dividía entre mi madre, mi hermana y mis tías. Una guardia palaciega de faldas me vigilaba; yo era un monarca prisionero en su propio castillo, y cuando escribí: sí, *te acercas a una mujer no olvides el látigo*, provoqué el pánico en la familia. Mis tías lo tomaron seriamente y se retiraron con rapidez, pero Lama y Mamá se mantuvieron junto a sus cañones y dispararon injurias sobre mí. De acuerdo con mi experiencia como antiguo artillero, naturalmente devolví el ataque. Pero finalmente ganaron ellas, porque no pude llevar a cabo en mi vida privada la máxima de Hobbes que adopté: *En la guerra, la fuerza y el fraude son las dos virtudes cardinales*.

Cuanto más contemplaba a Elisabeth, más admiraba a César Borgia. Él era demasiado fuerte, hábil e inescrupuloso para ser víctima de la furia de unas faldas.

Cuando estaba con Lou en Tautenburg y afirmaba en mí a la bestia rubia, desafiando a Lama y a los chismes que se suscitaban en la ciudad, abrigué la simpática idea de aplicar a mi hermana el método de Borgia, y hasta hice pruebas con una serie de venenos. Pero por supuesto mi plan homicida nunca fue más allá de la

etapa experimental. Mi conciencia luterana impidió mi voluntad de ser *tan fiero como un león y tan astuto como un zorro*. Traté de ser el príncipe Maquiavelo, pero en lugar de eso era el *pequeño pastor* temeroso del Dios que sepulté en mi juventud.

17

Un huésped de este hospicio tiene un perro de lanas a quien llama Atma (el alma del mundo) igual que el perro que Schopenhauer quería tanto. El animal se ha encariñado conmigo, como si reconociera a un compañero filósofo confinado en la perrera. Cuando uno de los guardias castigó al animal, se oyó su gañido. *¡Basta*, grité yo, *no le peguen! ¡Es el espíritu de un amigo mío! ¡Reconocí su voz!*

Uno de los médicos anotó solemnemente mi observación como prueba ulterior de mi locura. El filisteo no se dio cuenta que yo simplemente remedaba a Pitágoras y repetía su famosa exclamación cuando vio que un zorrino de figura humana maltrataba a un perro. Pero la idea de la transmutación de las almas no es tan descabellada como parece, y mi concepto del *eterno retorno* es simplemente una resurrección moderna del credo de Pitágoras. Hemos sido perros alguna vez y volvemos nuevamente a nuestra primaria humanidad canina.

Por lo menos esto es verdad en Schopenhauer, que se reconocía a sí mismo en su perro; y su principal trabajo, *El mundo como voluntad e idea*, que él consideraba le fue dictado por el Espíritu Santo, era realmente el producto de su mente canina. Los perros de lanas son animales inteligentes que aprenden fácilmente varias artimañas, y tienen más aptitud para las trampas que el filósofo que despreciaba la vida en su filosofía, pero vivió como Trimalchio, el cerdo burgués de Petronio, todos los días de su puerca existencia. Este voluptuoso de Dresden, que odiaba a las mujeres en sus libros y las amaba en su cama, fue una vez mi ídolo, hasta que descubrí que su ascético budismo era simplemente una máscara para la diosa ramera de Carlyle, la misma prostituta de Babilonia.

18

¿Hubiera sido más afortunado si hubiese decidido permitir que la madre de Schopenhauer me diese la vida en lugar de hacerlo la mía? Me lo pregunto a menudo.

Mi madre se ha establecido aquí en Weimar, tal como lo hizo la madre de Schopenhauer (desea estar cerca de su hijo derrotado), pero con esto se acaba el parecido en sus caracteres, excepto que las dos eran hembras dominadoras para

quienes el amor maternal constituía un arma conveniente con la cual imponían en sus hijos la subordinación y el servilismo canino.

La madre de Schopenhauer era una bohemia docta que mantenía un salón literario, y amantes que elogiaban sus libros con sus labios, mientras admiraban su cuerpo con sus ojos de lechuguinos. Nunca asumió una pose puritana, y por lo tanto no se la puede acusar de llevar una doble conducta mental y moral, que constituía el notorio vicio de su famoso descendiente, ya que se ocultaba en el velo budista de Maya, mientras deshacía los corsés de las mujeres con sus manos brutales y arrojaba por un tramo de escalera a una costurera de edad madura para demostrar su doctrina de amor y piedad.

Pero hay algo que le agradezco: cuando la anciana murió después de veinte años, no debió pagarle más los quince táleros cada trimestre, asignados según un fallo judicial; y anotó en su libro de cuentas: *Obit anus, abit onus* (La vieja muere, la carga desaparece). Cuando mamá se aleje finalmente de este valle de lágrimas y reciba su recompensa, haré mías las oraciones de alivio de Schopenhauer, el único pensamiento loable de toda su filosofía.

Kant fue mordido por Rousseau, la tarántula de la humanidad, pero yo fui mordido por mi madre, y recibí una herida mortal que los cristianos llaman conciencia. También Lou me mordió, pero fue la picadura del amor, que cura todas las heridas.

Pero ahora he vuelto al dominio moral de Kant: los guardias son estrictos y no me dejan escupir sobre el farfullante idiota que con los dedos dentro de su nariz me mira todo el día y cita: *Así habló Zaratustra, Profesor Treitzschke*. Me confunde con el fanático militarista prusiano, y los idiotas del siglo próximo cometerán el mismo error, haciéndome marcar el paso de ganso con los imperialistas como Bismarck, a quien detesto como asesino de la cultura, un filisteo que traga cerveza y engulle salchichas.

Si pudiera evocar el espíritu de Diógenes me animaría a escupir a la faz de la respetable necedad, como lo hizo el gran cínico. Pero (¡ay!) los griegos eran civilizados a pesar de sus malos modales, mientras que nosotros somos bárbaros a pesar de nuestra buena educación y los sombreros de copa que colocamos sobre nuestras calvas molleras.

19

Hegel avanzó en un sexto sentido, el sentido histórico, es decir, superar nuestro ateísmo científico y aferramos a la divinidad de existir. Sí, la existencia es divina, sólo el loco puede probar la divinidad de la vida por su sagrada locura.

Dostoyevski, un epiléptico, transformó su dolencia nerviosa en un testimonio de

fe sublime en el hombre, en la dignidad de la existencia humana.

Su Hombre Inferior y mi Superhombre son la misma persona que se eleva del pozo hacia la luz del día, magullado, derribado y sangriento, pero siempre ansioso de soldar su angustia al recio acero del espíritu prometeico.

Si llego a hundirme en la necedad completa consideraré que es un estado sagrado y, como un monje trapense, mantendré mis labios fuertemente cerrados y haré frente al amor de Lama y Mamá con absoluto silencio.

La locura tiene sus victorias, no menos grandiosas que la cordura.

20

Zenón fue honrado con una cruz de oro y un monumento en Kerameikos. No espero tal beatificación. Mientras pase la carroza fúnebre a través de las calles de Jena, me alegraré si ninguna ventana se abre y no vacían ningún orinal. Éste sería un triste fin para el autor de *Zaratustra*, el prometeico que trató de hurtar los fuegos del cielo y fue encadenado a la roca de la autoabnegación y el tormento.

Dice el Corán que San Mateo fue un hombre honesto. Quizás los adoradores de Alá me considerarán en sus memorias como el único cristiano honesto de Europa, un cristiano que era demasiado orgulloso para aceptar la moral esclava de San Pablo y prefirió retumbar en el trueno del Viejo Testamento, como lo hizo el mismo Jesús.

21

Las solteronas de la ciencia son criaturas estériles, pero honorables, que no osan crear nuevas tablas de valores para nuestro siglo enfermo de muerte. Yo, como filósofo, he debido asir un martillo e imponer nuevos valores en el mundo. No hay nuevos valores ahora, sólo hay nuevos cadáveres y nuevas tumbas. Reposo aquí en la sombra de la muerte, mientras mi Helena rusa se divierte en los burdeles de París, como lo hacen todas las Helenas. Sin embargo, sin embargo, ¿quién puede renunciar a la imagen de Helena, y cambiarla por la de la Virgen que coloca la simiente de la muerte en los labios de sus amantes? Una calandria canta sobre mi tumba y oigo el murmullo de la brisa sobre las siemprevivas. La atmósfera se estremece con una nueva vida: deben ser los albores de la primavera, aunque ya muerto, he perdido todo el sentido del tiempo. *¡Oh, Extraviado!, ¿cuándo será mi resurrección?*

22

Lou me preguntó cuando estaba en sus brazos: «¿Te gustaría que esto se repitiera una vez más, eternamente?»[41].

Transformar la sagrada idea del *eterno retorno* en un perpetuo orgasmo, el rajante éxtasis de Dionisio, era un concepto esencialmente femenino.

No creía en el solemne predicamento de Salomón, hasta que conocí a mi Helena rusa. Pero él no tenía una, sino mil vaginas insaciables con quienes combatir. Esto era demasiado para cualquier hombre, aun para Salomón, que fue el único judío con pasión por el imperio, y ansiaba extender las fronteras de su reino hasta los confines de la tierra. El ansia judía del poder alcanzó en él esta gloriosa cúspide: tratar de incorporar el cielo y la tierra bajo el estandarte de Jehová, imponiendo en el mundo de la barbarie la *Pax Judaica*.

Lou, como un Salomón hembra (Hipatia fue su precursora) tenía la misma ambición de dominar el mundo del cuerpo, mente y espíritu, y ella creía que yo lo encarnaba. Gobernándome, podía llegar a dominar el mundo, pero su destino anatómico la derrotó.

Sólo las grandes meretrices como Pompadour y Montespan podían dirigir al mundo desde sus alcobas, pero tenían el consentimiento de sus amantes los soberanos, que eran idiotas. Pero *yo no soy idiota*, a pesar de los informes de los psiquiatras, que sólo se basan en datos estadísticos falsos.

Comunicaré estos pensamientos a mí amigo Strindberg; el pobre hombre sufre constantemente de disgustos femeninos y se sorprenderá al descubrir que el profesor Nietzsche era un compañero de sufrimiento.

23

He vivido mí *eterno retorno*; he filosofado con mi ser total y las ruedas del caos me han arrastrado al torbellino de la locura. Pero en sus brazos siento el empuje vital del «eterno femenino»; ella me hizo goethiano y fui salvado de la condena.

Ahora he vuelto a la terrible rueda.

El Dios de la cósmica ironía que nos juzga dio un adecuado fallo sobre mí: aquí en Weimar, en el reino intelectual de Goethe, estoy confinado en un manicomio: mi credo en su eterno femenino, mi creencia de un momento, se ha vuelto contra mí ¡y estoy eternamente condenado!

24

El pueblo puede ser insensato, decía Rousseau, *pero jamás está equivocado*. Éste es el error fatal de la democracia; que sólo el número determina la justicia o injusticia de una causa. Este error se demuestra en el hospicio. Los locos constituyen la mayoría de esta comunidad y por eso consideran a los empleados, que son la minoría, como sus opresores. Es correcto lo que hacen, aunque los guardias del manicomio los castigan por hacer las cosas correctamente.

Es obvio que esta forma de razonar es equivocada, para toda persona que haya leído Maquiavelo o haya experimentado la extremidad del garrote de un policía, como lo sufrí yo en mis días de estudiante en Bonn. La justicia siempre ha sido determinada por la minoría que usa garrotes, códigos o cañones para mantener su autoridad sobre las mayorías. Por supuesto, los códigos psicológicos son más efectivos que los cañones, y si en nuestra democracia el pueblo cree que rige sus propios destinos es porque la moral esclava de los cristianos sujeta por igual al dueño y al esclavo.

25

El millonario y el pobre concurren a la misma iglesia, ambos escuchan los sermones del amor cristiano, de la justicia y de la benevolencia, y ambos tienen el mismo derecho a volverse locos por miedo al hambre y a la miseria, aunque pocos millonarios han aprovechado este dudoso privilegio.

Hay un millonario en este hospicio que cree ser Marco Antonio y recibe los favores de «Cleopatra» —la mujer de un sirviente—. Un loco con dinero puede hacer, aun de los cuerdos y hermosos, sus más humildes esclavos, ¡a pesar de Rousseau y su patraña igualitaria!

26

En este mundo todo va de acuerdo con el juicio que Dios determine en el duelo; la fuerza, por supuesto, es la medida de todo valor. Dadle tiempo a las cosas; si triunfan es lo justo.

Lou creía que este pensamiento de Carlyle era la llave de mí filosofía, como si el prusianismo británico pudiera igualarse a las ideas de Zaratustra.

Carlyle trató de probar que la justicia y la fuerza eran sinónimos, y colocó la faz de Jehová en la bandera pirata del imperialismo inglés. Yo, por el contrario, no tengo nada que ver con la palabra *justicia*, que es simplemente miel para atrapar moscas humanas.

En un mundo de poder los traficantes de la justicia son sólo bárbaros ataviados como reformistas cristianos.

Hay dos clases de bárbaros, dijo Condillac, una precede a centurias de ilustración y la otra la sigue.

Los traficantes de la justicia son Héctores, primitivos hombres de poder que viven en un siglo decadente de ilustración y temen desplegar sus garrotes en público. ¡Cuándo son bastante atrevidos como para exhibir sus garrotes, nos dicen que esgrimen batutas wagnerianas o cetros papales!

27

El idealismo moral no puede vencer las compulsiones económicas de nuestra «era del poder»: Ruskin, Carlyle y los otros ingleses estúpidos, especialmente John Stuart Mill, no han aprendido el hecho básico de la vida moderna.

Si yo no fuera César sería Cristo, el socialista, montaría un asno y cabalgaría hacia Jerusalén con Carlos Marx. La lujuria del poder de los marxistas iguala el ansia de poder de los nietzscheanos, pero prefiero cabalgar a Jerusalén en un corcel árabe que en un asno proletario.

Brandes me llama *un radical aristócrata*, y soy exactamente eso. *En la morada de mi padre hay muchas mansiones*, pero ¿quién sino un judío puede desenmascararme y revelar el rostro de Disraeli, el «tory» radical? Los reaccionarios extremos y los radicales extremos son hermanos de sangre: ambos tienen desprecio por el fraude liberal y humanitario, y sólo conocen un camino para el éxito: el camino del «dominio».

Hay que regir al pueblo con mano de acero y yo profetizo una era de Césares proletarios que, influidos por Rousseau como lo ha sido Marx, llegarán a ser caudillos de las dictaduras democráticas, donde la voluntad de un albañil o de un planchador de pantalones se identifica con la voluntad de Dios y está codificada por leyes draconianas escritas en letras de sangre.

28

Los judíos fueron los primeros que rehusaron universalizar los valores culturales de la antigüedad. Han sido mis precursores al insistir en una completa revolución copérnica en el mundo del pensamiento, ¡la trasvaluación[42] de todos los valores! Pero es tan importante el espíritu materialista, nuestro siglo de mercantilismo craso y el llamado nexodinero de Carlyle, que aun los judíos (no todos, debo admitirlo) han confundido a Jehová con el Banquero Todopoderoso.

El burgués transforma a Dios en un caballero burgués, y, si como nos dice Pascal, los suizos se sienten insultados cuando los llaman caballeros, es porque se consideran superiores al Dios burgués, el cual no es más que un buhonero deificado.

29

Se me acusa de blasfema egomanía por haberme sustituido al Señor. Pero realmente soy en extremo modesto en mis pretensiones, ya que mí egomanía es el reverso de mi sentido de inferioridad.

Una deidad que regatea es una criatura muy baja para mi gusto aristocrático, y es una *degradación* y no una promoción elevarme a las enrarecidas alturas del Sinaí: ¡la Bolsa de Comercio!

Trasvaluando todos los valores como el anciano Abraham, debí aislar la idea de Dios y entregar el problema de la traficación de Dios en las manos de los imperialistas británicos, los hipócritas Carlyles que han descubierto en Él la palanca de Arquímedes para elevar a Londres al centro del poder del mundo. Así habló Zaratustra.

30

Ah, mi hermosa discípula, tú adoptaste mi lema que hurté de los santos «asesinos», el espanto de los devotos cruzados: *Nada es verdadero; todas las cosas son legítimas*. Como uno de los héroes de tu Dostoyevski, no titubeaste en destrozarme como un acto de pura santidad dictado por tus dioses nihilistas.

El hombre expoliador es un aristócrata; la mujer expoliadora es una prostituta, pero la prostituta es el extremo de la aristocracia: no tiene el orgullo de la propiedad, ni siquiera de su propio cuerpo.

¡Oh, ramera de Babilonia, cúbreme con tus pecados!

CAPÍTULO DÉCIMO

1

De todos los libros de la Biblia, *el primero de Samuel*, especialmente en sus pasajes iniciales, fue el que me produjo la impresión más profunda. En cierta manera, a él le debo un elemento espiritual importante en mi vida. Es donde el Señor despierta tres veces al infante profeta de su sueño, y Samuel confunde las tres veces la imponente voz celestial con la de Elí, dormido en su proximidad dentro del templo. Convencido, después de la tercera vez, que su prodigio es llamado a más altos servicios que los a él permitidos en la casa de los sacrificios, Eli procede a instruirlo en los caminos de la profecía.

Yo no tuve ningún Elí (ni siquiera un Schopenhauer) cuando una llamada similar oscureció los iniciales días de mi adolescencia. Tendría doce años cuando el Señor llegó a mí en toda Su gloria, una fusión deslumbrante de las imágenes de Abraham, Moisés y el Niño Jesús de nuestra Biblia familiar. Su segunda visita no llegó físicamente sino en una sacudida de la conciencia en la cual el mal y el bien clamaron ante las puertas de mi alma para dominarla. La tercera vez me apresó frente a mi casa en las garras de un furioso vendaval. Y reconocí la presencia de una fuerza divina, porque en ese instante concebí a la Trinidad como Dios Padre, Dios Hijo y Dios el Demonio…

2

Reemplacé a Samuel por Zaratustra, del mismo modo que reemplacé al gigante Wagner por Peter Gast, el pequeño, que tan parecido era externamente al señor de Bayreuth. Pero ¿qué son los parecidos? ¿Qué extensión tiene la grandeza? ¿Qué límite tiene la pequeñez?

3

Sin duda alguna, Peter es una marcada personalidad que tuvo influencias definidas sobre mí, en nada parecidas a las que Wagner apiló sobre mi frágil sistema nervioso. Pero ¿qué hay con respecto a los fantasmas que me persiguen, como el forastero que

pasó a mí vera en un bosque donde me paseaba placenteramente, me miró firmemente, sonrió y siguió su camino? ¿Qué de esos misteriosos y corteses fantasmas que, sin objeto aparente, viven con nosotros, nos siguen por doquier, y sin prevenirnos siquiera se esfuman de nuestra psiquis en un eterno anonimato?

4

Hay una transparente felicidad, sencillamente en viajar en los trenes, comer en cualquier estación al paso, y planear empresas nuevas para el futuro. Es triste recordar que cualquier ciudad que habitaba se convertía al poco tiempo en terriblemente tediosa y carente de recursos intelectuales.

Es más presumible que sea mi culpa y no la de los lugares en que vivía o frecuentaba. Supongo que el único lugar donde ir, que sea incapaz de desilusionar a un viajero fastidioso como yo, es «ninguna parte»…

5

Una vez que decido un viaje, deseo estar en el tren inmediatamente, aunque sólo sea para mirar desde la ventanilla las caritas ansiosas de los niños, siguiendo a las personas y a las ruedas, y oír el formidable y deliberado hipar de la locomotora bajo el límpido cielo. Un viaje en tren se jalona, a veces, por el tañido de las campanas de alguna iglesia y sugiere que existen lugares más misteriosos para visitar. No me importa mucho, admitiendo que las campanas conocen el destino, descender en el cielo o en el infierno. En ambas partes el tedio ha de ser devastador.

6

Ojalá los norteamericanos tomaran un saludable interés en mis libros, el suficiente para pedirme unas conferencias en algún fascinante lugar como Detroit, Chicago, New York o San Francisco… Me dicen que a Dickens no le gustan los norteamericanos, porque no quisieron pagarle los derechos que sus libros devengaron allí. ¡Qué pueblo admirable es el inglés! Incluso sus artistas son mercachifles hasta la punta de los dedos.

7

Una excursión a América supone un viaje transoceánico, y sospecho que el Atlántico tiene peor humor que yo y es demasiado frío para adular mi concepto noralemán de la felicidad. Me encanta trepar montañas. Imagino lo que será escalar una de esas gigantescas olas del océano, que se mencionan en las novelas de viajes. Me pregunto qué hubiera ocurrido si alguien hubiese inducido a Kant a hacer un viaje oceánico.

8

Es maravilloso recordar aquellos días en Génova, donde viví como un pobre entre los pobres, no dando a los paisanos más que mi simple compasión por su vida infructuosa. Literalmente viví de verduras y agua, pero, seguramente por ello, debo haberles parecido un príncipe disfrazado.

9

Siempre que debo elegir entre ser un pecador público o golpearme el pecho en autohumillación, elijo el papel más humilde. Respecto a Wagner, todos sus apartamientos de las normas tenían que ser vociferados desde los techos de las casas… ¿Qué vio Cósima en ese viejo bodoque?

10

No me interesa mucho el teatro ni ninguna otra de las formas que adornan las trastiendas de los pequeños poblados. Los conciertos me atraen con un interés puramente personal. El gran entretenimiento del mundo es una lumbre buena y grande que congrega a hombres, mujeres y niños, para atisbar una vislumbre de sus destinos. Ríen y lloran de las desgracias de los demás, pero cuando se enojan es solamente consigo mismos.

11

La tiranía del Estado es casi una necesidad para los incapaces de una autotiranía.

12

Mis necesidades son pocas y sencillas: un clima tibio para mis huesos, una atmósfera clara para mis pulmones, buenas verduras para mi estómago y un poquitín de conversación inteligente para el ejercicio de mi mente.

13

Me gustan los niños y yo les gusto. Pero debo admitir que me gustan los niños que desconozco completamente y, más aún, los de países extranjeros a quienes seguramente no volveré a ver.

14

En Sils Maria en el Engadine tenía yo la edad y el humor en los cuales Dante vio y transcribió su visión del mundo. Mas no era mi culpa que la Italia de Dante mereciera *La Comedia* mientras mi Alemania no tenga derecho sino a estos garabatos míos…

15

Se necesitó un deslumbrante episodio de la exquisita crueldad de *Carmen* para aclarar por siempre mi cerebro de la telaraña de la pesadilla wagneriana. Lo que un simple asesinato significa para un individuo, requiere guerra para una nación. Pero no hay que apurarse. En cualquier momento los prusianos se ocuparán de esta pequeñez…

16

Si no voy a los Estados Unidos me gustaría visitar su vecino del sur, México, pues me

cuentan que el clima es más tibio y la gente infinitamente más acogedora. Cuando mi hermana hacía planes para comenzar una vida puramente cristiana del otro lado del Atlántico, varias personas singulares la informaban. Conocí entonces a un trotamundos que había estado en México. Me pintó un cuadro tal de este país, que me pregunto cómo me he dejado enfermar tanto que no me queden esperanzas de ir. De acuerdo con ese feliz viajero, en México no se ven sino paisajes, mujeres y niños, porque los burgueses (lo que haya de esta curiosa especie) duermen de día y sólo salen de noche, mientras los que trabajan y crean la riqueza de la nación, duermen profundamente… Es el único país que he visto, dijo, en el cual los valles son tan altos como las montañas, donde los colores de la tierra, del agua y de la vida animal se mezclan tan profundamente que la comarca entera parece una unidad física. Me gustaría visitar ese país, aunque tuviera que pagar el tributo de ver una de sus incongruentes corridas de toros…

17

¡Ah, mi amada morena! Sólo para apartarte de mi sistema tengo que huir y todavía estoy huyendo de un centenar de personas…

18

Soñé anoche que estaba ante un trono de sólido negro. En esta espesa oscuridad se sentaba una figura ennegrecida en la cual, instintivamente, reconocí a mi destino:

¿Qué quieres de mí?, le pregunté.

Sólo te queda una cosa por hacer, dijo la voz de mi destino.

Soy tu dragón, y tú debes encontrar el acero suficientemente afilado como para matarme.

19

Si los dioses no se precipitasen en torrentes de lluvia, ¿cómo habría aprendido el alma humana a estar triste?

20

Un consuelo tengo que nadie puede quitarme. En el caso de haberme casado con mi princesa eslava podría haber sido feliz, pero el mundo habría tenido que esperar otro milenio a Zaratustra. Por otra parte, si hubiera escrito Zaratustra antes de haber encontrado a Lou, ¿cómo podría resistírseme? Si mi voluntad hubiese podido determinarlo, éste sería mi camino. Pero teniendo que elegir entre Lou y Zaratustra creo que la mujer sería mi elección final. Los únicos grandes sacrificios son los que estamos forzados a hacer. El autosacrificio es estúpido y sin sentido.

21

Si nunca habéis caminado a solas con vosotros mismos por un sendero de la montaña mientras el sol se levanta lentamente sobre los bosques de otro horizonte, no habéis hallado aún una escena apropiada para vuestro renacimiento como alma individual.

22

Nuestra cultura está de tal modo descosida que sólo el rumor de una guerra la desgarra en tirillas.

23

El *eterno retorno* es la base de todo el sentido de la dignidad del hombre. Si tuviéramos mejor conocimiento de la conducta de los animales, pájaros, insectos, encontraríamos comprensión de sus vidas y conductas en la repetición de ciertos fenómenos. Sin el concepto del eterno retorno, ¿qué es un ser humano sino un mero accidente de tiempo y lugar? Por sus incontables millones de renacimientos, el hombre es tan conceptualmente existente como una rueca.

24

Al hombre vulgar le gustaría creer que vive por un solo designio, y esta expresión es definida por su ignorancia de sí mismo y de los fines a que está destinado. ¿Qué es, pues, este gran designio por el cual vive? ¿Una mujer? ¿Hijos? ¿La extensión de esta resbaladiza democracia de la cual tanto se habla? Para ensayar la validez de estos valores, querido ciudadano, párese bajo cualquier árbol sano, repítase estas cosas y fíjese si las ramas no se ríen de usted y de su designio en eterna burla.

25

Hay gente en este mundo que ha sido amamantada tan enteramente de preciosas ilusiones que piensan que sólo les queda una cosa útil para emplear sus energías remanentes, y ella es achicarse a la vista del público en un acto de suicidio moral. Sin embargo, ¿dónde está el deshollinador que no fuese un gran primer ministro? ¿Dónde el rey que, compelido por las circunstancias históricas, no llegara a ser un gran lustrabotas?

26

Sólo soy una voz en un coro de millones de voces, un pensamiento entre miles y miles clamando por hacerse oír por encima mío, un corazón de carne en un universo de fugaces cometas y meteoros.

27

¿Qué es lo que distingue a un hombre como rico o lo hunde como pobre? Su capacidad o su inhabilidad para dar cuánto posee, sin perder la sensación de seguridad.

28

El hombre que debe llevar estas notas a mi editor se está poniendo particularmente amistoso. Pero no sé si piensa que soy un filósofo o solamente un lunático. Esta

mañana al encontrarme cerca de la ventana me preguntó qué buscaba en el mundo exterior.

No tiene más que seguir mi mirada, le dije. Si me ve mirando al cielo debe saber que lo que busco es un águila. Pero si mi contemplación es hacia la cantera allá abajo, es que busco un león.

¿Pero usted espera realmente poder ver un león en una calle de Jena?, preguntó.

Si usted tiene los ojos para verlo, ¿por qué no?, repliqué.

29

Durante mis últimos días en los Overbecks experimenté lo que cualquier hombre debe sentir cuando se le dice que la casa donde trajo a su mujer y en la que nacieron sus hijos tiene fallados los cimientos y debe ser demolida.

30

Recuerdo a Heinz, director de la Universidad de Leipzig, discutiendo por qué no sería posible que continuara dictando mi cátedra. La buena razón que había para ello no la dio porque la ignoraba. Un hombre no puede enseñar y prostituir bajo las mismas estrellas…

31

Mi mejor conversación es conmigo mismo. Mis pensamientos nunca están más claros que cuando yo mismo los considero. Siento que toda mi reacción frente al mundo cambia en cuanto un nuevo saber salta a la escena…

32

Sufro calor en verano, pero en invierno cuando la mayor parte de la gente está por helarse, me siento muy cómodo. Evidentemente, la más pesada de las nieves, la más mordiente de las heladas, el más penetrante huracán del Ártico no logra penetrar mi

capa de soledad…

33

¡Cuán diferente hubiera sido mi vida si los hechos concernientes a Giordano Bruno hubieran sido claros para mí unos años antes, y si el descubrimiento de Schopenhauer me hubiera acontecido ahora que las paredes de mi castillo están a medio tumbar, y ninguna brisa de autorespeto amenaza pasar sobre ellas!…

34

Si debo creer en una carta que acabo de recibir de Peter Gast, la palabra de Brandes ha divulgado mi nombre en lugares tan lejanos, que miles de personas que lo ignoraban buscan ahora mis libros, los leen donde pueden encontrarlos y hablan de mí.

De pronto esta alma solitaria se encuentra en un estrado frente a mucha gente que hace preguntas. Pero yo nunca deseé esa multitud. No la necesito. Sólo necesito ese pequeño grupo de lectores que reconstruye el mundo o lo derriba.

35

Foerster no sólo era un antisemita sino un entusiasta de Wagner. ¿Era esto una simple casualidad? Un antisemita de primer orden de quien se oían rumores que su padre era judío.

¿Será posible que en cierta medida mis críticas severas contra los judíos provengan de la misma influencia misteriosa?

36

De acuerdo con las circunstancias, Elisabeth sólo podía casarse con un declarado antisemita como Foerster, alguien completamente diferente de mí para no multiplicar el incesto al acostarse con él.

37

Si salgo alguna vez de este albergue de la violencia, y encuentro alguien que me confíe el papel y el lápiz, me entenderé mejor con Empédocles que con Zaratustra. Me asombra haberme llevado tan bien con Zaratustra. ¡Es tan intolerablemente puro!

38

Si hubiera justicia en el mundo físico, Foerster se hubiera congelado en las aguas que a mí me daban calor. Cuando al fin estuve frente a él observé que por su mimetismo con el suelo, el gusano humano se encuentra mejor cuando repta.

39

Soy Lucifer Dionisio. Soy lo que siempre he deseado ser ardientemente, lo que no soy, y lo que nunca seré. Bendita sea la tierra que nos recibe, nos cubre y nos guarda.

40

El único país del mundo en que considere necesario editar la parte cuarta de Zaratustra a costa mía es Alemania.

41

Cósima sobrevivirá a todos nosotros. Otros niños han sido bautizados donde ella ha sido vacunada.

42

Los editores ingleses tienen fama de tener un criterio erróneo. Los editores franceses son inteligentes pero inescrupulosos. Los americanos son notoriamente deshonestos. Pero los publicadores alemanes son sencillamente estúpidos.

43

Durante uno de nuestros paseos, Lavizky me preguntó cuál de mis libros me gustaba más. Le contesté que no estaba seguro pero debía ser alguno de los que aún no escribí. Siento tal benevolencia por todas las cosas del mundo que todavía no han nacido.

44

¡Qué espectáculo bajo el sol! Bismarck y yo trabajando para el mismo país, en el mismo siglo y ambos con las manos manchadas de sangre. En las mías no se ve tan fácilmente porque las lavo mucho más a menudo.

45

Todo lo que tenía lo expuse en la *Historia Natural de la Moral*. Ahora es ya imposible equivocarme con respecto a mí mismo.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

1

La mentira ideal es la mentira del ideal. He sido culpable de esa mentira, a pesar de haber rasgado las máscaras de los fanáticos que pretenden ser profetas de Jehová y con sus verdades absolutas tratan de apretar las gargantas de sus víctimas en nombre de la ciencia o de la religión. Como los ingleses, a quienes he castigado por ser buhoneros de lo absoluto, yo mismo he sido un fanático moral que trataba de recobrar el honor de un Dios muerto y colocar en su trono vacío a mi Superhombre. ¿Y qué es mi teoría del *eterno retorno*, sino un esfuerzo heroico por mi parte para poner orden en la locura del mundo, para establecer una razón fundamental detrás de toda sinrazón, como un budista que aterrorizado por su ateísmo se esfuerza en ocultarlo mediante mil imágenes de dioses y deidades menores?

2

Mis verdades *absolutas* son como cadáveres que se deshacen en polvo al ínfimo soplo del viento; bajo mi manto de Elías reptan las serpientes del orgullo y de la impostura.

3

Aprendí por primera vez, bajo las directrices de Cósima, a dar mis primeros pasos en el mundo de las grandes mentiras llamadas verdades absolutas.

Mi conciencia enfermó de muerte al traicionar a mi mejor amigo; pero ella me *curó* convenciéndome de que mi conciencia en sí misma era una enfermedad contraída en Naumburg por una atmósfera gazmoña e hipócrita. Ocultaba ella su brutal adulterio tras el piadoso pretexto de su amor puro y abnegado, y Tristán, en su amoroso deleite con Isolda, se sintió un bravo caballero de lo «ideal» que luchaba contra las necedades y mojigatería de la moral filistea.

Por supuesto, Wagner merecía los cuernos con que lo adorné, ya que un hombre que le roba la mujer a un amigo con el vehemente consentimiento de ella[43], no puede esperar fidelidad de parte de su amante, la cual siente lealtad solamente hacia

su carne, y para satisfacerla treparía en camas ajenas tan a menudo como Faustina la esposa de Marco Aurelio.

Pero había una gran diferencia entre el estoico emperador y el monarca del mundo musical. Aurelio no sólo perdonó a su mujer sus numerosos adulterios, sino que erigió templos en su honor después de su muerte, elevándola al grado de divinidad, como si fuera una diosa del Olimpo, entregada a cósmicas orgías que hacían estremecer de vergüenza a las estrellas tras un muro de nubes. Por el contrario, Wagner era demasiado vanidoso para creer que su amada Cósima podía imitar a Faustina, porque en su propia estima se consideraba superior a César. También yo compartía esa estima porque al negar a los dioses, tenía una necesidad fanática de venerar a alguno, como brillante estandarte del «ideal».

¡Pero ningún hombre es un héroe para su esposa, o para el amante de ella! La vida independiente del espíritu tiene sus necesidades, pero no podemos prosternarnos ante un dios cuya diosa reposa en nuestros brazos cuando él vuelve la espalda. Así nació mi Superhombre, un hombre del «más allá», para compensar la pérdida de Dios, de Schopenhauer, de Wagner, y de todos los genios terrestres que nos vemos tentados a deificar.

Mi mayor defensa contra la enfermedad de lo «ideal» era cultivar mi propio ego, que elevé hacia proporciones cósmicas. Yo mismo me erigí en el Dios cuyo funeral anuncié a un mundo horrorizado y ultrajado. Desde que me convertí en Dios, aun Napoleón, que dominó al siglo diecinueve como un coloso, fue un microbio para mí y me sentía en paz. Como Beethoven, no podía soportar la adoración de Napoleón y siempre recordé su desafío: *Si mis conocimientos de estrategia fueran tan amplios como los que poseo sobre contrapunto, anularía a ese hombre a corto plazo*.

Yo anulé a Bonaparte a corto plazo llegando a ser un Napoleón del intelecto y siguiendo su ejemplo: no combatí con ellos, mas los pisoteé dentro de la tierra, y mediante el cañón de la inventiva pude demolerlos y pulverizarlos. Pero mi experiencia como artillero me hizo ver que las palabras son un débil sustituto de las balas de cañón, y mis víctimas pulverizadas tenían el detestable hábito de reunir sus diminutos pedacitos y restaurar nuevamente su naturaleza humana.

Solamente yo estoy destruido totalmente, atrapado en el ataúd de la parálisis, mientras la locura martilla los clavos de la tapa del féretro hasta lo más profundo de mi ser. A quién le importa si me considero Dios, Superhombre, o si curé de la enfermedad de lo ideal tratando de ser yo mismo el ideal que quise seguir, o si grité con mi amado Emerson: *Todavía permanece en nosotros la semilla del poder divino*.

Los gusanos del ataúd se preparan para devorar todo mi orgullo, todos mis sueños y mis esperanzas. Soy más miserable que el judío agonizante de la cruz, pero no oso gritar mi miseria a Dios como él lo hizo: ¿descenderá el Anticristo hasta la cobarde flaqueza de Cristo?

4

¿Se dirá del gran afirmador, el mayor estoico desde Zenón, que ha sucumbido al cristianismo budista de Schopenhauer y que se arrastra en el autodesprecio, en la piedad de sí mismo, en la cobardía y en el remordimiento más profundo? ¿Ascenderé a mi estrado como San Simón y expondré mi cuerpo magro y tullido para mofa de los filisteos, esos buharros que ya baten sus alas ansiosos por mi esqueleto como está ansioso el infierno por las almas de los santos?

¡No, mil veces no! En mi juventud, mientras estaba en Pforta, me enamoré de Emerson, cuya nobleza y belleza espiritual traté de colocar sobre los rostros de Chopin y del compositor de *Tristón*. Pero Emerson permanece conmigo hasta el fin, y sus palabras que memoricé en mi juventud son como el estandarte de Longfellow con su extraño emblema —*Excelsior*—, una bandera que flotará por siempre sobre mis ruinas. Y así repito:

Todavía permanece en nosotros la semilla del poder divino.

¡Somos dioses, poetas, santos, héroes, si nuestra voluntad lo quiere!

Soy un dios, y la posteridad me llamará *deus* como a Virgilio y venerará mi nombre entre los inmortales.

¡Así habló Zaratustra!

5

Mi casa está llena de consoladores de Job, artistas, escritores, profesores y bohemios, que en sus espesos cabellos empollan los huevos de pájaro de los consejos y las reflexiones. Afortunadamente, puedo rechazar sus estúpidas sugerencias amparándome en la necedad: mi rostro inexpresivo les prueba en forma suficiente que no entiendo sus jergas. Elisabeth los aparta con una dolorosa expresión que significa: *Dejad al pobre hombre tranquilo; ¿no veis que ha sucumbido a la idiotez más completa?*

6

Cuanto más estoy en contacto con la clase culta, más me deleita la exactitud de la censura de Napoleón: *Estos intelectuales son como las pulgas en mi ropa; debo sacudírmelos*. El tiro de Napoleón estaba especialmente dirigido a los conspiradores

Benjamin Constant y su docta amante *madame* de Staël.

Es ella la que me intriga, porque a pesar de su fealdad física, me recuerda mucho a *Fraulein* Salomé. La brillante amiga de Constant fue la única mujer en Europa que se atrevió a desafiar a Napoleón. Esta furia con faldas que era tan tierna y rebelde como Byron, aplicaba a sí misma la máxima de Goethe: *El hombre debe apuntar alto… sólo el hombre puede hacer lo imposible*. Ella apuntó alto: arrojó a Napoleón fuera de las nubes de su gloria y lo enclavó en el suelo burgués, haciéndolo aparecer como un insignificante gurrumino fastidiado por una arpía Catalina que conoce el poder de su lengua femenina y la utiliza hasta el extremo.

7

De este modo, *Fraulein* Salomé utilizó la artillería de su lengua para disparar balas de cañón hacia mi arrogancia napoleónica, y hacia mi ilusión de haber sido llamado por un destino misterioso para mostrarle al mundo el camino acertado, a pesar de sentir como Hamlet una aversión a desempeñar el papel de Napoleón o Jesús que sólo conduce a Santa Elena o a la cruz.

Ella me hizo ver el ensayo de Turguenev sobre Don Quijote y Hamlet, e insinuó que cuando estuviera exhausto por mi quijotesco esfuerzo de cambiar al mundo, caería en una desesperación similar a la de Hamlet, y simularía la locura como Hölderlin para evitar el contacto con la llamada gente cuerda, los execrables filisteos.

8

Pero mi locura no es simulada; durante semanas y meses perdí todo el sentido del tiempo y el espacio, desconocía a todos excepto a mi hermana, y trataba de salir del abismo repitiéndome una y otra vez: *soy Federico Nietzsche, el filósofo con el martillo*. Éste se había transformado en una azada, en mis sueños, y me veía cavando mi propia fosa como un monje trapense; me sepultaba a mí mismo bajo una pila de mis libros, condenado y desesperado por la futilidad de todo conocimiento que los filósofos confunden con la sabiduría de Dios…

9

¡Ah!, cuando tenía a Lou en mis brazos podía pensar en la humanidad en un solo bloque, porque al poseer el cuerpo de una mujer, el filósofo tiene el palpitante cuerpo de la humanidad; domina la sustancia de la existencia, no la sombra, la experiencia vivida, no la abstracción filosófica y apolillada.

10

Esto me recuerda el sermón de Scarron: un centenar de años después de la muerte de Séneca, un filósofo le pidió al emperador reinante un pequeño pueblo de Calabria que estaba totalmente arruinado. Después de apartar la basura, quería construir una utopía, de acuerdo con el modelo de la *República* de Platón. Deseaba llamar *Platonópolis* a la nueva ciudad, pero el emperador pensó que sería más adecuado designarla *El Paraíso de los Asnos*. No tenía fe en la divina causa de Platón ni en la justicia terrena del filósofo platónico. Tenía tan poca fe en el raciocinio de un filósofo que no se arriesgaba a entregarle ni el mando de un vaciadero de basuras.

11

Toda mi vida ha sido un combate entre la libertad y la necesidad, entre mi deseo de ser Dios y la necesidad de permanecer siendo un gusano, aunque un gusano de resplandecientes alas. Mi romanticismo ha sido mi agonía que es la agonía de mí era, la cual trata de superarse a sí misma y cae en el pozo de la condena y la desesperación, la polvorienta angustia de Obermann y Amiel sepultados vivos en el escepticismo de un siglo.

12

¿Pero puedo lamentarme si no logro dar el salto desde la necesidad a la libertad? Incluso Engels, enamorado de Feuerbach, dice que eso sólo es posible en su utopía socialista; y estamos a mil millas de su dudosa Isla de los Benditos. Mientras tanto, debo buscar consuelo en Schelling, quien dice: *Si no hubiera contradicción entre la libertad y la necesidad, no sólo la filosofía, sino toda aspiración espiritual más elevada, declina ría y perecería*.

13

Ésta es la fantástica paradoja de la vida; debemos colgar de la cruz, crucificados entre dos ladrones de la libertad y la necesidad, como Jesús está eternamente crucificado (Pascal), ya que la vida del espíritu reposa sobre una agonizante contradicción que conduce a la mente cuerda hacia la locura.

14

La llave del enigma de la cultura de Occidente no es el poder del pensamiento, sino el pensamiento del poder. Mi fracaso para pensar en términos de poder político, económico y militar, en términos de instituciones, tanto en los hombres como en las ideas, coloco mi filosofía en la «tierra encantada» de la estética wagneriana y la ética luterana. A pesar de mi inmoralidad, me transformaba por siempre en el moralista, y golpeaba por la eternidad el tambor del valor moral, de la excelencia espiritual, cuando lo importante es la tecnología, la «máquina» que tritura a todos los hombres al mismo nivel y hace inevitable la democracia.

15

Escribí *Aurora* bajo la influencia de Paul Rée y Lou Salomé, dos judíos[44] que me inculcaron las ideas igualitarias de Jerusalén. En él se encuentran rastros de mi judío veneno democrático que podría haberme conducido a estudiar el desempeño del poder de la máquina en la democratización del Occidente. Escribí: *Me parece más interesante la regla que la excepción*. Cuando me vi escribiendo esta afirmación temblé, ya que representaba el fin de mi aristocrática filosofía y mi aceptación de la mediocridad democrática como norma de mi pensamiento.

16

Sólo mi alta estima por mí mismo, mi megalomanía, me salvó de la locura democrática que coloca al necio aldeano al mismo nivel de Napoleón y del autor de Zaratustra, el cual después del Viejo Testamento es la contribución más grande a la

cultura Occidental. En otras palabras, mi aristocrática locura me puso a cubierto de la irracionalidad de la masa prosélita de los santos simoníacos y marxistas que encontraron en la nueva tecnología un aliado poderoso del espíritu nivelador.

17

¡Si hubiera permanecido bajo la influencia de esa judía[45], habría frecuentado el Museo Británico como Marx y me hubiera enterrado en la árida ciencia económica reuniendo datos en lugar de escudriñar los cielos en busca de una danzarina estrella!

La sensación de distancia entre dueños y esclavos, explotadores y explotados, la clase selecta y los bobos debe mantenerse a toda costa, o la cultura se convertirá en una mezcla caótica de hombres, maquinarias, instituciones, pensamientos e ideas, como la sangrienta escena de un tren en ruinas.

18

Pero es fatal que la ruina sobrevenga, ya que nada puede impedir el proceso democrático que Martín Lutero comenzó, cuando al desafiar la jerárquica civilización de Roma, clavó sus tesis en los portales de la Iglesia y exclamó: *No es seguro ni prudente hacer absolutamente nada contra la conciencia. Aquí me mantengo. No puedo obrar en otra forma*.

Como Lutero rehusó someterse a la mentira necesaria de la Iglesia, los necios paisanos trataron de tomar posesión del poder del Estado, y lo forzaron a aprobar la matanza para mantener el *statu quo* del patrono y el esclavo.

A pesar de la repulsa de Lutero por su propia filosofía democrática, el proceso de esta forma de soberanía no puede ser detenido mientras miles de personas se reúnan como rebaños en fábricas y minas, y sientan la solidaridad de los hombres fortalecidos por su conocimiento del poder de la máquina.

19

En mi calidad de hombre sin dinero (mi pensión fue reducida a la mitad mientras estaba en el manicomio, porque un filósofo loco no es de utilidad a la clase selecta de Basilea), insisto una vez más en que no me importa quién dirige el poder en el

mundo, ya que la energía de la raza no se ha agotado y el hombre puede hacer de sí mismo un puente, un puente hacia su «divina virilidad», su «supervirilidad», su transfiguración moral y espiritual.

Si los salvajes de Rousseau están destinados a abolir la historia y elevarse al poder sobre el derrumbe de la cultura aristocrática, no haré duelo, sino que en mi oriental fatalismo murmuraré: *es el destino*.

Quizá la vida tiene razones que yo ignoro, y aun mi fatal parálisis puede ser una advertencia para rechazar una civilización y una cultura que no encuentra lugar para el ser humano, y destruye todas las energías vitales del hombre, quien ha llegado a ser un simple apéndice del nexo dinero de Carlyle.

20

La mediocridad es quizás más interesante que una estéril aristocracia que ha perdido la voluntad del poder. Quizás la «divina vulgaridad» puede realmente erigirse en deidad y sentarse, como Jesús el Carpintero, en el trono del Imperio.

21

Todas las cosas, aun las más sublimes, decía Kant, *se empequeñecen en manos del hombre cuando transforma las ideas para provecho propio*. ¡Introducimos nuestras manos en el palomar del ideal de Platón y retiramos, no una paloma, sino un ave mecanizada!

¿Qué retiran los llamados nietzscheanos, de la guardia del león de mí filosofía? No a Daniel, el Superhombre, que desafía a los monarcas de los hombres y de las bestias, sino al mismo león, el rey de la selva, tratando de sojuzgar a toda la civilización y la cultura bajo su salvaje voluntad. Rebajan mi sistema de pensamiento al bruto naturalismo contra el cual me he rebelado: si el hombre está atrapado en el estado estático de su calidad de bestia, toda la cultura es entonces un fraude, y ¡dispararé contra el primer hombre que mencione a Goethe o a Shakespeare![46]

El hombre pertenece a un nivel integralmente diferente de la bestia, asciende por siempre los peldaños de la existencia, y si hay un mono en nosotros, hay también un ángel que trata de librarse de nuestra brutalidad y de nuestra calidad de humanos. El Superhombre no pertenece a mí fantasía privada, es una realidad de nuestra naturaleza biológica y espiritual, y si he inducido a la gente a creer otra cosa, grito a viva voz: *¡mea culpa!*

La humanidad se ha empantanado profundamente en la bestialidad: ¿debo vivir para ver que mi filosofía ha sido utilizada para orientar al espíritu humano a hundirse más en el fango? ¡Antes que esta tragedia suceda estaré completamente loco y moriré!

22

¿Murió Dios por Su propia mano, repugnado de sus propios adoradores que volcaban todos sus problemas en su seno, por ser demasiado cobardes e ignorantes para solucionarlos solos?

Dios, el orgulloso estoico, se mató para conservar el respeto por sí mismo. ¡Malas noticias son éstas para los cristianos a quienes, revolucionarios tales como San Pablo y Lutero, anunciaron que no eran necesarias las buenas obras, sino la simple fe ciega en Dios bastaba para merecer la eterna salvación!

23

No he sido yo, sino San Pablo y Lutero los grandes inmoralistas que enseñaron a los devotos cristianos cómo asesinar, mentir, robar y evitar la venganza de Jehová. Fueron San Pablo y Lutero quienes empujaron a los buenos cristianos más allá del bien y del mal, más allá de la ley moral, y predicaron la salvación mediante las tretas de la sangre del sacrificio de Cristo. Desde entonces se han redimido a sí mismos a través de la sangre del judío Jesús, y a través de millones de sus compañeros judíos. En el siglo veinte, en un paroxismo de frenesí nihilista, transformarán a toda Europa en un sangriento matadero y limpiarán sus pecados en la sangre de Israel. Esto no es simple imaginación: Heine ya ha profetizado el próximo derrumbe de la civilización cristiana, cuando los alemanes sacudan el polvo de sus viejos dioses paganos y sumerjan al Occidente en un terrible baño de sangre. Si Dios realmente viviera no permitiría que el siglo veinte sobrevenga. Por lo tanto, Dios debe estar muerto. Pero ¿cómo murió? ¿Cómo un estoico demasiado orgulloso para ver su mundo remendado por los llamados prosélitos de Jesús? ¿Cómo un divino fariseo en protesta contra la calumnia cristiana de los fariseos, nobles judíos que creían en las buenas obras como piedra fundamental de la conducta moral? Dios, el fariseo, se mató en protesta contra puercos tales como San Pedro, San Lucas, San Juan y San Pablo, que corrompieron las enseñanzas de Moisés, contaminándolas con las turbias aguas del helenismo putrefacto y la bazofia oriental. *¡Qué censura para los cristianos fanáticos como mi*

hermana!

Elisabeth no podía aguantar el hecho de que Lou Salomé fuera una judía, ¡pero Dios no podía soportar la amarga verdad de que ella era una cristiana que veneraba al Príncipe de la Paz, urdiendo pogroms junto a su antisemita marido de ojos feroces! Así, en un paroxismo de ira y repugnancia, Él cortó Su garganta con el filo dentado de una estrella y dejó que Su sangre vertiera sobre la tierra en un tormento divino de remordimiento.

No, esta versión es demasiado romántica, tiene sabor a Wagner y al wagnerianismo. La explicación de Stendhal era más prosaica y más compatible con la verdad. Dios, el mecánico, falleció de muerte natural, ¡la enfermedad del corazón! Dejó Su mundo al Hijo, quien, como yo, no conocía nada de mecánica, ya que era un poeta, un soñador de salvajes fantasías. El Hijo se introdujo en el taller cósmico, rascó su cabeza ante el espectáculo de la complicada e inmensa maquinaria de la existencia, y levantó la palanca para que la maquinaria funcionara a *contramarcha*, causando locos estragos a través del universo, que se cubrió de ruedas que volaban por los aires, y de los despojos de una maquinaria destrozada.

Así debió suceder: no es Dios sino Su Hijo el causante del caos del mundo. Dios murió de un ataque al corazón y Su Hijo nos sumió en un cósmico atolladero.

Algunas veces creo que Su Hijo es Federico Nietzsche, el cual expía ahora sus torpes tonterías. Él paralizó el cosmos y ahora él mismo está en las garras de la parálisis.

24

Después de ingerir el suficiente hidrato de cloral para ahogar las agonías de este mundo, le dije adiós a Lou Salomé en el *Canto de los Sepulcros* de mi Zaratustra, estallando como un coro en volcánica erupción, llameante música de aflicción por mi perdido amor, que alejaron estas terribles e infernales gatas, Mamá y Lama, frutos engendrados por la malignidad de nuestra era homicida.

Flotan en mi mente fragmentos del *Canto de los Sepulcros* y cada uno de ellos es una daga que me apuñala en el recuerdo de mi adorado, adorado amor y la «tremenda traición» de Lama.

—¡Sigo siendo el más rico, y el más digno de envidia, yo, el más solitario! Porque os he poseído (*¿poseí realmente a mi Helena rusa, la judía que incendió mi mundo?*) y vosotros me poseéis todavía. Decidme, ¿a quién le han caído del árbol manzanas tan rosadas como las que me han caído a mí?…

Habéis muerto demasiado pronto para mí, ¡fugitivos! Y, sin embargo, no huisteis de mí ni yo de vosotros; no somos culpables unos para con otros de nuestra infidelidad.

¡Para matarme a mí, os han estrangulado a vosotros, pájaros cantores de mis esperanzas! ¡Sí, sobre vosotros han disparado siempre sus dardos, para herir mi corazón!

¡Y la maldad dio en el blanco! Porque vosotros fuisteis siempre lo que más quise, mi posesión y mis poseedores. ¡*Por eso* debisteis morir jóvenes, y demasiado temprano!

¡En mi punto más vulnerable dispararon el dardo, es decir, a vosotros, cuya piel es más suave que la del plumón y que la sonrisa que muere de una mirada! (*¡Ah mi Lou, mi paraíso perdido, muero como Tasso en todas las agonías de la locura de amor y, recordando tu Canto de los Sepulcros, muero y muero nuevamente, agitado por siempre en la marea de muerte de nuestro amor!*).

He de decirles esto a mis enemigos. ¿Qué es un asesinato, comparado con lo que a mí me habéis hecho? (*Al matar mi amor han asesinado todo el amor del mundo. ¡Oh, Mamá y Lama! ¿Qué es el mundo sin amor? ¡Un desierto de quebrantadas lápidas, un yermo de calaveras de cuyos ojos vacíos y cavernosos brota la locura y el delirio!*).

¡Mayor que un asesinato es el daño que me causasteis; me habéis quitado lo insustituible! ¡Así os hablo yo, enemigos míos!

¡Habéis matado los sueños de mi juventud, y mis más caras maravillas! (*¡Contestad, Mamá y Lama, contestad al Crucificado que pende de mil cruces de anhelo, frustración y pesadumbre!*). ¡Me arrebatasteis mis compañeros de niñez, los espíritus bienaventurados! Para venerar su memoria deposito esta corona y esta maldición.

¡Esta maldición contra vosotros, mis enemigos!… Como un ciego recorría yo caminos de bienaventuranza; vosotros arrojasteis inmundicias en el camino del ciego; y hoy tengo asco de la antigua senda.

Y cuando llevé a cabo lo más arduo para mí y celebré mi superación, hicisteis que los que me amaban gritaran que entonces les hacía más daño. (*Lama mía: ¿no representasteis el papel de un Yago hembra? ¿No habéis volcado veneno en mis oídos marchitando la flor de mi amor por Lou? Y tú, Mamá, que llamaste puta a mi Redentora, has volcado basura en la corriente de mi ser, contaminando mi espíritu y haciendo que mi alma se pusiera maloliente con el hedor del cristianismo, ¡olor a cuerpos no enterrados!*).

Así procedíais siempre contra mí: acibarasteis mi mejor miel y el trabajo de mis mejores abejas… los más empedernidos cínicos. Y así socavasteis mis esperanzas en su fe.

Y cuando ofrecí en holocausto lo que en mí había de más sagrado, vuestra «devoción» se apresuró a añadir sus más pingües dones: y en el vaho de vuestra grasa ahogaron lo que mejor tenía yo. (*Sí, hermana mía, en el humo de tu grasa piadosa, de tu grasiento incesto y de tu mechada lujuria, mi sacratísima amada encontró la muerte*).

En otro tiempo quise bailar como yo nunca había bailado: quise bailar sobre todos los cielos. Y entonces ganasteis la voluntad de mí más querido cantor. (*Oh, Lou, mi amadísima, el arpa y sus cuerdas no están ya; ¿quién tocará para mí el Canto de la Vida? ¿Quién despertará en mis pies el ritmo de los cielos para que pueda bailar en la bienaventuranza de una danzarina estrella? ¡Oh, mi trovador extraviado! ¡Mi paraíso perdido…!*).

Mi suprema esperanza ha quedado inédita e irredenta, y han perecido todas las visiones y consuelos de mi juventud.

¿Cómo pude soportarlo? ¿Cómo he podido sobrevivir a tales heridas? ¿Cómo ha resucitado mi alma de estos sepulcros?

Sí, en mí hay algo invulnerable, que no puede ser enterrado y que hace saltar las rocas: es «mi voluntad»…

Sí, aún eres tú para mí la destructora de todos los sepulcros, ¡salve, voluntad mía! Y sólo donde hay sepulcros es donde hay resurrecciones.

¡Así cantó Zaratustra!

Así canté, pero saliendo de mi bóveda sólo logré prepararme para otro entierro, porque como pensador postfeudal sólo pude rotar sobre el eje cartesiano de la duda y aprendí únicamente a morir.

A veces volé de lo consciente a lo inconsciente, y como San Agustín batallé entre mi existencia y mi pensamiento —ser o pensar—, pero no pude arrojar el veneno socrático que desde Descartes a Hegel ha lanzado a los filósofos occidentales a una fiebre de seudorracionalismo que es el derrumbe de la mente.

Tal como Zenón, el racionalista absoluto, me aparté de mí senda para evitar la mordedura canina del engaño y de la pasión dionisíaca, hasta que Venus me mordió e inyectó en mí un frenesí de excitación erótica. Aterrorizado, permití a mi hermana engañarme con la idea de que esta inyección era fatal y así fue como me «curé» con el «racionalismo» de la ciencia, que es más irracional que la magia de Fausto, porque no deja el alma en paz y la arroja al océano de la incredulidad y de la negra duda cartesiana.

25

¡Esqueletos de los animales y huesos de los muertos!, exclamó Goethe, aburrido de las tramas urdidas por el raciocinio de los filósofos.

Si me hubiera conformado con mí poesía y mi Helena rusa, mi copa de la felicidad se hubiese colmado. Pero soñé ser la Esfinge de Tebas frente a la cual se paraban los hombres y trataban de resolver el enigma de la existencia, temiendo la muerte si fracasaban.

26

¿Conoce la Esfinge el enigma de la vida? ¡No, ella se ha estrellado contra la locura, y los hombres saben que la vida no tiene enigma que el amor no pueda resolver!

27

¡Malaventurados aquellos que llaman mal al bien y bien al mal! Ésta era la cita favorita de Paul Rée sobre los profetas del Viejo Testamento, de los que no podía desprenderse, ya que, como Isaías y Jeremías, se mantenía bajo el juicio de su dios vengador. Al negar lo «ideal», era ya un fanático idealista; a pesar de su absoluto escepticismo, tenía una fe total en el dios de la rectitud que sólo existió en la mente de los ignorantes. Paul Rée, el ateo intoxicado de Dios, era quien insistía en que mi filosofía del poder no era nueva, sino que la practicaban los antiguos arios que condenaban a sus esclavos al cautiverio y transformaban los bosques de la India en un corral de prisioneros.

¿Me ha derribado con la parálisis el dios de la venganza por haber llamado bien al mal y mal al bien? Al desafiar a los Césares, los Borgia y los Napoleones, ¿no he avanzado en la senda de los antiguos Faraones que alcanzaron su propia libertad a expensas del resto de la humanidad? Si la libertad llega a ser la posesión exclusiva de unos pocos tiranos sanguinarios, entonces la vida se conquista con la muerte, ya que sin libertad los hombres son sólo cadáveres vivientes, a quienes se les priva del derecho de un entierro decoroso. Moisés sabía esto, de aquí su rebelión contra el cautiverio de Egipto, transformando su voluntad en la voluntad de Israel.

28

¡Me pertenezco a mí misma!, exclamaba Lou Salomé. *¡No me inclinaré ante las órdenes de ninguna mujer, hombre, dios, diablo o Estado!*

¡Cómo admiran la libertad estos judíos y judías, hasta llegar al extremo de inventar un Dios para que los ayude en la guerra contra la esclavitud! Cuando su Dios ha sido servido en Su propósito, lo arrojan a un lado y se aferran a la «ciencia» para que los redima del extremo cautiverio de la propiedad, que ha llegado a ser el nuevo César del mundo occidental.

29

¿Por qué Lou no se entregó nunca completamente a mí? Porque su cuerpo le pertenecía; podía yo hacerlo mío en nuestra mutua necesidad de expresión erótica, pero siempre permanecía siendo suyo, ¡su cuerpo y su alma!

Los hombres se transforman en pequeños Césares en el acto del amor; ejercen en el dormitorio su voluntad de dominio, porque no se atreven a superar las barricadas o atacar al cielo con la furia de Napoleón, Bakunin, Proudhon, Marx y el resto de los asaltantes de los cielos de su siglo. Yo mismo he sido un asaltante de los cielos, y ¿qué me dijo una judía de veinticuatro años cuando llegué a ser demasiado arrogante en mis exigencias? *¡Busca una mujer de la calle; no puedes poseerme excepto sobre la base de la comprensión y el amor mutuos!*

La entendía demasiado bien. Cada ser humano es Dios, no sólo Jesús, César o yo mismo. Cada persona es «un ser inconquistado», en el sentido de Feuerbach, presto a destruir el *pensamiento absoluto* de Hegel, con el garrote de su ego todopoderoso. Pero si todo ser humano es Dios, ¿qué queda de mí *sensación de distancia,* el espacio social entre el genio y el idiota?… Quizás no hay espacio social entre ellos, testimonio: el caso del profesor Nietzsche, el genio más grande del siglo XIX, que se desmorona en la farfullante necedad de un paralítico sin mente…

Para probar que mi filosofía era falsa, ¿necesitaba el dios de Lou Salomé aplastarme en la locura? ¡Cuán bajo ha caído el poderoso! ¡Ni siquiera puedo levantar mi brazo en un gesto de desafío, ya que está paralizado!

30

¿El *Concierto en Re Menor* de Bach era para dos, tres o cuatro violines? ¿Esa odalisca de Ingres, no estuvo una vez en mi harén de Tautenburg? ¿Quién soy? Por supuesto, soy Nerón[47]; estrangulé a mi madre con una fibra del cíngulo de la Venus de Pafos, después de subyugar a una virgen vestal en la fiesta flotante sobre la laguna de Agripa. Popea conoce mi crimen: ella estaba presente cuando la balsa llegó a la orilla y los bullangueros dionisíacos corrieron hacia las desnudas mujeres de Roma, que los esperaban en los matorrales entoldados y en las grutas, mientras las fuentes salpicaban en el crepúsculo refrescando el aire, cálido por la lujuria de las castas esposas e hijas de las principales casas romanas…

31

Ah, el loco torbellino de los sátiros, faunos, ninfas y dríades sorprendidos en la furia dionisíaca y desnuda de un crepúsculo romano, mientras los ebrios gritos atravesaban sus desnudos muslos con los pintados remos. Fue entonces que yo, Nerón, el primero de los agustinos, vi a la vestal Elisabeth, quien me incitó a penetrar en su gruta entoldada y luego me rechazó, uniéndose a las sirenas de la terraza, cuyos cuerpos estaban cubiertos por una red que descubría, sin embargo, los deleites más íntimos.

Estreché a la vestal, y en el éxtasis de su arrobamiento hizo verter sangre de mis labios, sangre de un César. Estimulado en mi locura caí sobre mi madre Agripina y la estrangulé con una fibra del cíngulo de Venus. Su sombra desapareció en las regiones de impenetrable oscuridad, y por fin me dejó en paz.

32

¡Mírame, tirano de Turín! Siento hace mucho que la sangre de un tirano corre por mis venas, ya que a los cincuenta años soy un hombre muerto que vive de gracia, a pesar de que mis abuelos llegaron a edad muy avanzada.

Yo, que quise ser Jehová e imponer al mundo mi voluntad, no puedo siquiera escribir un párrafo sin sufrir un terrible dolor en mis dedos entumecidos.

33

He tratado de sostenerme sobre mis propios hombros, sobreponer el genio a la naturaleza, negando un dios creador, insistiendo que el mundo *vive por sí mismo*; y como dije en alguna parte de mis notas, *se alimenta de sus propios excrementos*.

¿Adónde me condujo el titanismo del desafío? ¡Al mismo pozo titánico de la negación de Schopenhauer, a la extenuación moral y espiritual, a la nada del «abismo»!

Mi esfuerzo para saltar sobre mí mismo, para sostenerme sobre mi propia cabeza, me ha llevado a la última declinación del ser; ¡me siento inferior a la cucaracha del muro, que tiene una vida viril y se mofa de mi cuerpo paralítico, de mi brazo petrificado que no puede detener su rastrera insolencia, su insinuante desafío por mi desesperación! Como Childe Roland, me introduje en la «oscura torre» de la muerte moral; mi espíritu ha sido encerrado y debo elegir entre un dios muerto o un infierno viviente… *Pero ¿y si Dios viviera, y yo me condené a la destrucción por haberme separado de Él?*

Éste es un pensamiento terrible, como el de Cristo en el Gólgota, ¡pero al revés!

¡El judío temía que Dios lo hubiese abandonado, mientras que yo me temo a *mí mismo* por haber abandonado a Dios!

¿Debo llevarme al altar de mi propio sacrificio, y ver que mi orgullo prometeico se esfuma, encontrando la salvación en el sacrificio de mi ser y en mis cenizas, de donde el fénix de mi espíritu se levantará nuevamente en inefable esplendor?

¿Constituye mí *eterno retorno*, el retorno fundamental a la cruz, que se eleva por encima de la roca prometeica y perturba el sepulcro del ser hasta someterlo a la voluntad de Dios? Jeremías e Ireneo consideran la apostasía como el sendero hacia la redención; ¡en mí agonía final podré quizás abrirme camino hacia el dios de la vida y dejar atrás la «oscura torre»!…

Pero, como Ricardo III, estoy determinado a probar por siempre que soy un villano; no puedo superar mi satanismo, el desafío titánico de nuestra era fáustica. El pensamiento de verme abrazando un dios inexistente es fantástico, ¡y si lo hago es prueba de que mi mente se eclipsa en la oscuridad total! Nietzsche, un creyente de Dios; ¿puede un río retroceder y elegir otro lecho para seguir su curso? ¿Puede una montaña hundirse hasta un valle y ofrecer su cumbre para que las vacas puedan pacer en él?

34

¡No puedo dejar que Dios me supere; sólo puedo superarme *a mí mismo* en la nada infinita; en el eterno vacío del «no existir», la tierra fantasma de las sombras donde los exiliados de la vida flotan en la oscura opacidad de un sueño confuso!

Como escribí en *Zaratustra*, al confesar el tormento interior de mi espíritu:

¿Tengo *yo* todavía un fin? ¿Un puerto adónde se dirija *mi* vela?

¿Un buen viento? ¡Ay!, sólo aquel que sabe donde va sabe también cuál es para él su buen viento, el viento favorable.

¿Qué me ha quedado? Un corazón fatigado e impertinente, una voluntad inestable, alas estremecidas, un espinazo roto.

Ese afán de correr en busca de mi morada —¿sabes tú, Zaratustra?—, ese afán ha sido mi obsesión: me devora.

«*¿Dónde* está *mi* morada?». Ella es la que yo busco, la que he buscado, la que no he encontrado. ¡Oh eterno «en todas partes»! ¡Oh eterno «en ninguna parte»! ¡Oh eterno… «en vano»!

Así habló mi sombra, la sombra de Zaratustra, la sombra condenada de mi desesperanza. He puesto en guardia a mi sombra sobre mi desesperación. Le advertí que evitara la captura por una fe estrecha, pero hay más seguridad en la caverna de Platón que en un desierto ilimitado y barrido por los vientos de la duda.

35

La adoración de mí mismo ha rechazado su propio credo en tal forma que sus infinitas posibilidades han llegado a ser la posibilidad para ¡nada! Por eso en mí *Voluntad de Dominio* he profetizado la inminente catástrofe de la violencia del mundo, de la cultura reducida al caos primario, ¡a la nada! El *nihilismo se mantiene frente a la puerta*. ¡La destrucción golpea a los portales de mi ser, y en mi propio aniquilamiento veo reflejada la faz del mundo que se estrella y queda reducida a una masa informe de caótica nada!

¡El nihilismo se mantiene frente a la puerta y golpea con el puño de la locura! La muerte ha llegado, *¡y no hay escapatoria!*

36

Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo, dijo Pascal. La humanidad duerme como Pedro, mientras yo agonizo. Ésa es su dulce venganza por mi desprecio de la humanidad, la piedra angular de la nueva cultura socialista que rechacé con prometeico desprecio. Y así debo adherirme a la roca y ser devorado por los buitres, para sufrir más tormento que Jesús, porque mi fe en el Superhombre sólo fue una romántica ilusión, mientras que su fe en Dios fue sacudida, pero nunca destruida. Como los romanos atrapados en los desfiladeros de Claudio[48], estoy forzado a rendirme incondicionalmente al enemigo. Pero Cristo, mi eterno adversario, nunca gozará del espectáculo de ver a Nietzsche arrodillado frente a la cruz: tengo más orgullo que los romanos, más orgullo que el mismo Satán, que lamenta su exilio del cielo y maquina por siempre colocarse en el trono vacante de Dios. El punto de apoyo de Arquímedes en la historia no es Cristo sino yo mismo, el Anticristo. Soy la fuerza de la palanca del nuevo siglo del poder, y poco me importa si se inclina hacia el pueblo o hacia el príncipe Maquiavelo.

El poder del espíritu es lo importante. Decreta la muerte a la muerte y se consagra a la vida eterna.

Dios está muerto, Cristo es un mito, y el hombre se mantiene solo. ¡Pero se mantiene majestuosamente!

37

Nada hay más aborrecible que los fantasmas, los duendes y los gnomos de las leyendas alemanas, decía Heine. Así como la de Lutero, mi mente se ha infectado de ellas desde mi temprana juventud. Atrapado en un mundo al que perseguían los obscenos demonios de la imaginación alemana, he llegado a la conclusión luterana de que no tenemos libertad moral ni autonomía espiritual. Lutero hizo de mí un ateo, ya que, a pesar de sí mismo, él era un ateo que veneraba al demonio.

Fue Lutero quien preguntó: «¿Cómo puede prepararse un hombre a hacer el bien ya que no está en su poder hacer el mal? Porque Dios es también el responsable de las malas obras».

38

El *pequeño pastor*, incitado por Lutero, comenzó a mirar a Dios como a un descarado embaucador que recompensa el mal con el bien y el bien con el mal, al conceder su gracia a los condenados y condenar a aquellos que son dignos de perdón, actuando así, no como un judío, sino como Bismarck, la encarnación de la falsedad y duplicidad prusianas.

Como observó Michelet, Lutero se hundió cada vez más profundamente en el pantano de la sensualidad e inmoralidad como resultado de su demoníaca concepción de Dios.

Debí proclamarme ateo para salvar a Dios de sus adoradores luteranos, esos satánicos obscenos que esconden sus verdaderos instintos bajo las máscaras piadosas de la fe evangélica.

39

La justificación por medio de la fe, ¿qué es esto sino una demoníaca invitación para prorrumpir en una cantinela y sustituir el estupro por una revelación?

Mientras estaba en Tautenburg en los brazos de mi Venus eslava, llegué a ser un perfecto luterano, es decir, un perfecto inmoralista, no sólo en el pensamiento sino en la acción. Seguí el consejo de Lutero de comer, beber y divertirse, ¡la cura luterana contra el Diablo!

40

Bebí un jarro de cerveza frente a las narices del Diablo y me mofé de él, dijo Lutero. Soy el único alemán que desprecia la cerveza como la amarga mezcla fabricada en el mismo infierno, pero mi Venus eslava me hizo conocer su bebida nacional ¡y así ahogamos al Diablo en litros de vodka! Si no ahogamos realmente a Belcebú, lo pusimos en fuga al continuar ese comportamiento diabólico que lograba hacer sonrojar a él y a los púdicos habitantes de Tautenburg.

Imaginando que estaba en Wittenberg en lugar de Tautenburg, me apropié de la mente obscena de Lutero y vi con sus ojos piadosos a las desnudas brujas alemanas que volaban sobre sus palos de escoba hacia el Broken, donde cada una de ellas, con un cirio en la mano, se aproximaba al entremetido Satán y lo besaba allí donde termina su espalda. Cuando el Diablo me amenazó, repetí el encantamiento de Lutero: besa mí…, y Lucifer, sonrojado hasta sus ladeadas orejas de sátiro, volvió precipitadamente hacia su reino infernal.

Pero sólo en Tautenburg pude creer como Lutero que *Dios obra a menudo como un loco (närrisch)* estableciendo de antemano los actos de Sus criaturas y hundiéndolas luego en el fuego del infierno si actúan de acuerdo con los deseos predeterminados del Señor, como Adán o Eva, o Judas mismo.

Cuando abandoné Tautenburg perdí a mí judía, pero me adherí al dios de sus padres, el racional Jehová, que recompensa el bien y castiga el mal y cuyo redimente amor provenía de su profunda ira, la divina cólera que causó el estrago entre los filisteos.

41

La crisis de nuestro siglo se convirtió en mi crisis personal, como en el caso de Lutero[49], que eran más lógico que Erasmo, porque era menos que un lógico y sabía que la guerra entre los dos sistemas del mundo se gana no por la razón, sino por el fanático celo por una causa que el apasionado identifica con el proceso cósmico en sí mismo.

Nos estamos introduciendo ahora en una nueva era de conflictos que anunciará una nueva realidad, la realidad *espiritual* basada en las necesidades de la gente, y no en los filósofos revolucionarios como Hegel que racionalizan sus preferencias prusianas en un sistema mundial donde la verdad emerge.

42

Del mismo modo que San Agustín abandonó la seudorazón para caer sobre la sociedad, que se hallaba destrozada, perturbada y esperando su toque mágico para organizarse nuevamente en la vida y la esperanza, nuestro siglo XIX, disolviéndose en sangre y en locura, espera a los grandes organizadores agustinos.

Ellos colocarán la existencia antes que el pensamiento, el cuerpo de la vida antes que la frágil plantita pensante que Pascal identifica con la mente, y construirán el siglo XX sobre las sólidas bases de la necesidad social.

43

Por supuesto, estos grandes estrategas del destino humano necesitarán metafísicos que realicen el trabajo de pioneros de la ingeniería social, y se apropiarán de mi filosofía del poder como herramientas mentales.

Pero si no son cuidadosos, estos ingenieros sociales hundirán nuevamente al mundo en el nihilismo, ya que la gente vulgar, al tomar todo el poder en sus manos, podrían, como un Sansón colectivo, demoler el templo de la civilización sobre sus cabezas.

Las masas necesitan el mito de Dios para refrenar su voluntad fáustica hacia la autodestrucción. Pero ya en el año 500 antes de Jesucristo, Jenófanes el presocrático había descubierto que creamos a Dios a nuestra propia imagen, de acuerdo con nuestro grado y forma de entendimiento. Decía que los etíopes hicieron negros a sus dioses y de nariz roma y ancha, mientras los tracianos los proveían de ojos azules y cabellos rojizos, dotándolos así de sus propias características.

Si los leones y los bueyes pudieran pensar e imaginar figuras harían a sus dioses a su semejanza, del mismo modo que Homero y Hesíodo, al observar las inmoralidades de las clases dominantes, imaginaban que los dioses eran una cuadrilla de ladrones, estafadores y adúlteros.

Parece que nada puede impedir que las clases trabajadoras transformen su voluntad de poder en un dios todopoderoso, el divino Superhombre que los redimirá del cautiverio de Egipto.

44

Cuando la humanidad se nivele en una masa común y no haya barreras de raza, propiedad o intelecto que cree las diferencias mentales y morales entre los hombres, ¿llegará al fin la utopía con que sueñan los socialistas? Lo dudo. Cuando la sociedad

se transforme en un montón amorfo y desfigurado, un democrático cúmulo de estiércol, volveremos nuevamente a la era prehistórica de las tribus primitivas cuando todo se compartía, incluso las esposas de los demás hombres. Pero esto parece inevitable, ya que la humanidad debe girar por siempre en las ruedas del *eterno retorno*.

Si mi limpiabotas llega a ser mi igual, no rechinaré mis dientes de ira, sino que soñaré con el día en que él llegue a ser un filósofo como yo, ¡ésta será realmente una dulce venganza!

Dejad que teja telarañas metafísicas; yo me contentaré con limpiar botas, agregando mi poquitín a las amenidades de la vida.

45

Lutero comprendió los peligros y confusiones de fabricar un dios cuando escribió: «Las tentaciones de la carne son nimiedades; cualquier mujer puede ponerles fin. Pero Dios nos preserve de las tentaciones que sustenta la eternidad. Entonces cesamos de saber quién es Dios y quién es el Diablo. *Hasta comenzamos a preguntarnos si el Diablo no será Dios*».

46

Fue Schopenhauer quien descubrió que el ciego y destructivo Diablo era Dios, mediante el mero proceso de imaginar su propia naturaleza bruta dentro del cosmos en la forma prevista por Jenófanes.

Si el socialista cree que he puesto un déspota prusiano en el sitio vacío del Señor, está autorizado a creerlo. Ya he insistido hace mucho que un filósofo no puede separarse de su filosofía y esconderse tras la cortina de la omnisciencia cósmica. Hasta el mismo Lutero creó a su Dios a imagen del Diablo que temía; una deidad inmoral y prelógica que no tenía más relación con el Jehová de Jesús, el Dios de la absoluta justicia, que con el Baal de Canaán que pedía la violación de las vírgenes para que la lluvia seminal descendiera de los cielos y las cosechas surgieran de la tierra.

47

¿No dijo Lutero?: *¡Ay!, el demonio tiene una fortaleza desde donde nos ataca; nuestra carne y nuestra sangre le pertenecen*.

Si nuestra carne y nuestra sangre pertenecen al demonio, no gozamos de mejor salud mental que los obispos en la dieta de Augsburgo, quienes, según Lutero, estaban tan llenos de demonios como los perros de pulgas. Y cuando Lutero insistía en que cualquier mujer puede poner fin a las insignificantes tentaciones de la carne, se contradecía, ya que a través de la mujer, el demonio extiende sus dominios desde la carne y la sangre del hombre hasta su mente y su alma. ¡Lutero debía saber esto, porque dividió al reino de Cristo en miles de fragmentos sectarios para poder seducir a una monja bajo los correspondientes auspicios del santo matrimonio!

48

Desde aquellos tiempos de mi niñez en que mis compañeros escolares me apodaban *el pequeño pastor*, siempre he vivido bajo el dominio temeroso del pensamiento luterano conducido por el demonio y heredado de mis padres, tíos y tías luteranos.

El deseo de raptar una monja se transfirió aquí al convento de Naumburg, y Lama, inmaculada y pura como cualquier abadesa medieval, envalentonó los oscuros y demoníacos impulsos de mi mente luterana.

Cuando busqué una saludable relación erótica con Lou, ella hizo consciente en mí el veneno antisemítico que todo alemán ingiere en la leche de su madre. ¡Esto también forma parte de la herencia dejada por Lutero, puesto que después de dar a los alemanes la Biblia judía como sustituto de la del papa, y de condenar directamente a Roma por su persecución al judaísmo, volcó el ánfora de su odio sobre los judíos, porque su Biblia democrática, abrazada por los revoltosos paisanos, amenazaba a Alemania de salvaje anarquía y caos!…

49

Si he sido contradictorio en mi actitud hacia los judíos y las judías que causaron tanto estrago en mi vida, es porque soy un hijo de Lutero cuya patología forma parte de la locura de nuestra era. El judío es el símbolo europeo de la democracia, del poder del pueblo, que él identifica con la voluntad de Dios, pero que Lutero y yo vemos como hechura del Demonio, y conspira para sembrar confusión y anarquía en el mundo. Y aun el judío, con su aristocrático orgullo e infinitas exigencias, y su imperialismo cultural que sacudió los cimientos de Roma, también apeló a mí, quien como

Anticristo me he identificado con Jesús, el judío, el Superhombre espiritual que arrojó su guante en desafío contra el mundo romano.

50

Mientras estuve con Lou Salomé, el centro de mi atención se trasladó de la cabeza al corazón y todas las contradicciones luteranas de mi naturaleza se fundieron en una sola pasión de amor por el pueblo judío y por todos los pueblos. Me despojé de mis anteojeras intelectuales y vi la vida desde el ángulo de la matriz orgánica, el místico reino que reposa bajo la ciencia y, por consiguiente, está por encima de ella, dominando las complejas exigencias de nuestra naturaleza total.

Esta sacerdotisa de Isis profundizó mi sabiduría; empecé a conocer la vida como vivida experiencia, como la armoniosa mezcla de lo visible y lo invisible, como una actividad artística a tono con las fuerzas cósmicas que me colmaron del esplendor y la desolación de una existencia semejante a la divina.

Ella era el Juan Bautista hembra, que anunciaba el advenimiento de la fe en la «simplicidad», que une lo interno con lo externo, el centro con la periferia, el cuerpo con el hálito y con el alma, en la única matriz del útero. Pero, al perderla, caí nuevamente en mis demonios luteranos, en mi ser dividido que jamás podrá llegar hasta Dios, el Todo, y por consiguiente supone que Dios está muerto…

¡Soy, pues, el viudo de Dios!, y en su cósmico interior Él se ríe de mi insensata presunción.

51

Como lord Kelvin, los ingleses no pueden entender nada que no sea susceptible de ser reducido a un modelo mecánico. La mecánica de Newton con sus comprobaciones y equilibrios, sus pistones, volantes e indicadores, se ha hecho carne en la mente europea, la mente vulgar de los filisteos.

Hay nietzscheanos ingleses que me ven de reflejo en sus propios espejos mecánicos y me convierten en una herramienta manejada por monos que se alimentan de monedas. Niego pertenecer a esta simiesca humanidad de los ingleses, tal como San Atanasio, fugado del paraíso pagano del emperador Juliano. A este respecto soy cristiano, ya que no hago del placer de la carne la base de un vivir triunfante.

Como los antiguos pitagóricos que se entregaban a fútiles fantasías numéricas, los mecanicistas ingleses y los utilitarios tratan de sostener nuestra confianza en el

cosmos, exhibiéndonos tablas matemáticas de dolor y placer, y olvidan que la alegría de unos puede ser el pesar para otros. El lebrel que persigue a un zorro no comparte sus mismas emociones, ni el pollo en la boca del zorro el apetito de éste.

¡Pero basta de trivialidades! Insisto en que nunca fui un nietzscheano, y los que en Inglaterra me alaban por mi brutalidad pagana deben dirigir sus cartas a Treitzschke y a los imperialistas prusianos con los que no tengo nada en común. ¡Así como Jesús no fue nunca un cristiano y permaneció fiel y temeroso de Jehová, judío hasta el fin, yo nunca fui nietzscheano y seguiré siendo un nazareno hasta mi última gota de sangre!

52

Mi hermana proclamó la caída de Zaratustra en Tautenburg, que anunció al mundo como mi Waterloo moral. Es cierto que mediante su pernicioso y antinatural dominio sobre mis emociones me retrogradó hasta «el pequeño pastor» que zahirió a la señorita Salomé por su liviano comportamiento, y su erótica bohemia. Pero si mi hermana hace de esto un hecho capital[50] y trata de tornar a Nietzsche, el sátiro, en un santo de yeso que fue tentado como San Antonio a pecar, quiero anotar para la posteridad que Tautenburg, más que Naumburg, era mi morada genuina y natural, y que mi mayor deseo ha sido sentarme al lado de Nerón y contemplar a los respetables cristianos mientras eran devorados por los leones.

Es muy apropiado que los dos grandes Anticristos de Occidente, Nerón y Nietzsche, hayan tenido esposas judías: de esta manera queda vengada la historia, y apaciguados los océanos de sangre judía vertida en nombre del Príncipe de la Paz.

Raúl Rée, Georg Brandes, Leo Berg, Maximiliano Harden, y hasta la misma Salomé, han visto en mí a un campeón de la judería masacrada, y cuando solté los leones y el Occidente cristiano perdió miembro tras miembro, hubo alegría en Jerusalén, porque osé rasgar las máscaras de los seudocristianos que ruegan a Cristo, pero hacen los trabajos de César cada día de sus paganas vidas.

Mis amigos judíos nunca tomaron en serio mi antijudaísmo, porque conocían mi locura derivada de haber confundido el trueno del Sinaí con el nauseabundo llanto y la piedad del calvario.

53

Comencé a comprender que el cristiano no era sino el confundido, indisciplinado y

exhausto judío que en su budista desesperación volvióse en nihilismo y pogroms para afirmar el poder de su voluntad.

Yo acosé a los Apóstoles. (*Impúdica chusma, ¡osan compararse a los profetas!*). Comprendí el retumbo del trueno de Jehová y grité: *¿Qué le debe Europa al judío? ¡Una grandiosa escuela de moralidad, la temeridad y majestuosidad de infinitas exigencias y de infinitos significados!*

Empecé a comprender el verdadero sentido de la moralidad judía, el deseo nacional judío de vivir, ¡el más tenaz, como ya lo he dicho, que jamás haya existido sobre la tierra! Soñé con una cruza de judíos y prusianos, pero ésta, por supuesto, era una idea temeraria. ¿Qué es el culto prusiano del mando y de la obediencia sino el culto de la deshumanización y del bestialismo?

La «élite» judía surge entre ellos, porque viven en un mundo de lo humano y superhumano, donde los mandamientos de Dios se convierten en un hábito del alma, y la obediencia recibe la sanción del espíritu, transformando la obligación en libertad.

El judío no sólo cultivó el hábito de la divinidad, sino que compartía la afirmación de Plotino: *Nuestra empresa no es sólo mantenernos sin pecado sino ser Dios*. Jesús pensó que era Dios, y muchos judaicocristianos así como paganos bautizados, realmente creyeron que era el Señor. Por cierto, los instintos democráticos de los judíos impidieron a muchos de ellos, como lo dijo Heine, reconocer a un camarada judío como a Jehová, pero esto no impidió que los antiguos fariseos se esforzaran hacia la divina virilidad, a *parecerse* a Dios en lo posible. Los apóstoles cristianos que sufrían de agotamiento moral y físico blasfemaron de los fariseos por aproximarse a lo divino, lo cual condujo a creer, durante siglos, que éstos eran sepulcros culpables mientras que los apóstoles, exhaustos y corruptos, constituían modelos de integridad espiritual.

54

El deseo de ser Dios no solamente lo compartían los judíos, sino también los filósofos románticos como yo. Tal como Empédocles saltó a las llamas del Etna, y así como puede pensarse, a la manera de Elías que se elevó en un carro de fuego hacia los dominios de Dios, yo también me arrojé al llameante cráter de la locura para completar mi apoteosis, mi derecho a sentarme en el trono vacío de Jehová.

Mas ¿cómo ha de mantenerse el trono de Dios sobre un fragmento del mundo despedazado? Éste fue mi error: ¡haber pensado que una criatura temporal, náufraga, estrellada y dispersada en todas direcciones, pudiera ocupar el lugar del dios de Spinoza que construyó su tribunal sobre los firmes cimientos de la eternidad!

55

Con la teoría de que el fuego con fuego ha de combatirse, mi madre deseó que me tratara un loco, un cierto doctor Julius Langbein, quien, imitando mi volumen *Schopenhauer Educador*, escribió *Rembrandt Educador*, para probar que Rembrandt puede curarnos de cualquier cosa, incluso de cólicos y de sabañones. Cuando estaba en el manicomio yo esperaba su llegada con gran deleite, porque por comparación sentíame cuerdo y sobrio. Ahora que he vuelto a Naumburg sólo me recuerda el triste hecho de que únicamente los que están en su sano juicio viven presos en los asilos de lunáticos.

El profesor, constituye la enfermedad nacional alemana, y el doctor Langbein, que parece ser un profesor de estética, exhala la enfermedad nacional por todos los poros. Infiero de su alborotada charla que las mentes quebradas pueden componerse concentrándose en bellas pinturas, pero yo prefiero concentrarme en mujeres hermosas, que son criaturas de carne y hueso, obras maestras que ni siquiera Rembrandt puede imitar.

Las costumbres son más importantes que la estética; así lo creí cuando posé de gran inmoralista para imponer normas de moral a nuestra era nihilista. El hombre estético, el heleno, es un desamparado cuando se enfrenta con la catástrofe pública o privada: esto es lo que Heine descubrió en su lecho de muerte.

Mientras me hallo en el mundo sublunar con Odiseo, una sombra entre las sombras, me es difícil creer que las pinturas de Rembrandt o la música de Wagner puedan salvar al hombre del infierno terrenal. ¡Lo que hace falta son las trompetas del juicio final, proclamando la condena de nuestro mundo putrefacto!

56

A Heine le gustaba acotar que por haber nacido el 1.º de enero de 1801 (lo que no era cierto), anunció el nuevo siglo. Espero no vivir tanto como para proclamar su fin.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

1

Le escribí una vez a mí amigo Gast que yo era una de esas máquinas susceptibles de estallar ya que la intensidad de mis pensamientos y mis emociones eran demasiado fuertes para que ninguna máquina pueda soportarlas. Mientras escribía *Aurora* en Sils Maria sentí que mi estado de ánimo en constante exaltación era como el trance epiléptico de San Pablo cuando vio la imagen del Redentor en el camino hacia Damasco.

Pero la sensación de salud resplandeciente que irradiaba del volumen engañó a mis amigos, quienes vieron en la obra *uno de los libros más valientes, elevados y hermosos que han nacido de la mente y del corazón humanos*, veredicto que hubiera discutido si padeciera de falsa modestia. El precio que pagué por este grande y hermoso libro fue la salud mental y espiritual, y cuando lo terminé en Tautenburg bajo la tensión adicional de mi aventura amorosa con Lou Salomé, sentí que me columpiaba a la orilla de un abismo donde los rostros de Lama, de Mamá y de Lou, las tres gorgóneas caras del infinito terror, me empujaban hacia el insondable vacío. Aun ahora mientras escribo, puedo ver las tres terribles Gorgonas que se mueven frente a mí, y sus tortuosos cabellos se arrollan alrededor de mi garganta como un triple lazo, mientras sus fieros ojos me transforman en piedra.

Mas no las culpo: me he sentido espiritualmente cómodo tanto en el terror, como en la estimulante quietud de Génova y del Engadine; el cielo y el infierno se mezclan en mí en salvajes agitaciones emocionales que me hacen girar constantemente hacia el centro de la corriente de la autodestrucción.

Cuando elegí vivir en soledad sin Dios y sin el hombre, fui finalmente separado de mi sagrado aislamiento, arrojado de mi roca genovesa donde una vez me senté como un lagarto en el sol, mientras el océano batía su furia contra mí, ¡el titán que se atrevió a desafiar sus inexorables olas!

¡Cómo gocé el delicioso terror de la soledad, la alegría del abismo, cuando escribí a Peter Gast que estábamos en la senda, correcta: *retiro y severidad para con nosotros mismos, frente a nuestro propio tribunal, y sin prestar más atención a los demás, los modelos y los maestros*!

2

Recuerdo cada una de las palabras garrapateadas en la postal que le envié a Gast desde mi roca de Génova, la ciudad de Colón, porque ya entonces sentí intuitivamente que el mar sería al fin el conquistador, el feroz mar de la humanidad en cuyo furioso centro, el poeta inglés Blake vio el rostro del terrible Dios de los judíos, el *Cristo-tigre*, Jehová en persona.

Como San Agustín, mí profunda inquietud trató de hallar la paz en un absoluto, pero encontrar reposo en Dios hubiera sido una traición a mi satánico desempeño en la vida; hubiera sobrepasado a Wagner, desembarcando junto a los filisteos. Traté entonces de multiplicar mi sensación de poder, viviendo junto al pueblo genovés, la gente vulgar que me atraía en la misma forma que Tolstói y Dostoyevski gustaban de los sencillos aldeanos. Estos salvajes rousseaunianos, mis *bestias rubias*, eran el extremo polar hacia mi Superhombre y, por lo tanto, se encontraban en una negación colectiva, un valiente rechazo a participar de las necesidades de la cultura filistea.

Por su autodominio eran similares a los príncipes mercaderes de Génova que construyeron sus palacios por los siglos y no por un momento pasajero; sus castillos todavía dominaban las montañas, la ciudad y el mar; emperadores de piedra en un mundo de flujo hercúleo, regio y orgulloso en su sublime conquista de la razón socrática.

3

Así viví como un príncipe mendigo en mi buhardilla genovesa, subiendo 164 escalones para llegar a mi fortaleza que era un nido, donde mi princesa, la posadera, me ayudaba a preparar mis comidas de vegetales y mi plato especial genovés, un deleite para los *gourmets*, que consistía especialmente en alcachofas y huevos. Yo, el enemigo jurado de la democracia, viví como el pueblo, bromeé y bebí con ellos, pero finalmente su necedad me llenó de pascaliano desprecio. Estaba demasiado carcomido por la enfermedad socrática y el intelectualismo griego, para vivir más de una temporada entre los idiotas tolstianos.

Tanto en Génova, Naumburg, Zúrich, Venecia, Leipzig, Turín, como dondequiera haya estado, he tratado de hallar *mi verdadero yo* en un amigo, en un grupo de amigos, o en toda la humanidad, pero siempre he sido rechazado hacia la cebolla de Peer Gynt, la nada escondida por capas y capas de ilusión sin un adarme de realidad. *Mi verdadero* yo es simplemente una sombra proyectada por mi deseo prometeico captado entre el doble abismo de la ansiedad y la frustración, alto y bajo; cielo e infierno.

En mi romántica angustia traté de huir del materialismo cervecero de mis días de *Franconia* en Bonn, cuando pensaba que era necesario ingresar a uno de los infernales clubes de estudiantes, ya que a quienes no pertenecían a ninguno de ellos

se le llamaba *camello*, y significaba desterrarse a una disciplina monástica, sin vino, mujeres ni cantos. Comencé así a considerar el ideal monástico como meta del filósofo, quien, como Spinoza, con su intelectual amor de Dios, no podría agotar sus energías con cada Cintia del momento, cada ramera que aparta sus muslos en un esfuerzo triangular de aprisionar el gran círculo de los sueños inmortales del hombre.

4

Así busqué soledad y retiro en el *convento* de Malwida von Meyesenburg, la anciana y excéntrica wagneriana que unía el amor a las heroínas de Wagner con la más estricta castidad, como una superiora que cerraba sus ojos al hecho de que su priorato se había convertido en un burdel y proveía no a Dios, sino a Satán.

Pero la Villa Rubinacci, en Sorrento, no era exactamente el convento que esperaba, porque las mujeres que Malwida me presentó tenían a Venus y no a María en sus mentes; conducidas por la vieja solterona que desempeñaba con placer el papel de Cupido, preferían sacrificar su virginidad en el altar del sagrado matrimonio en lugar de marchitarse y morir como novias de Cristo. Finalmente huí de su furia casamentera y escapé a Klingenbrunn en la selva bávara para evitar a las mozuelas wagnerianas de Bayreuth. Acudí a San Agustín y a su sueño de una civilizada sociedad de diez personas, ermitaños agustinos como yo, que trataban de preservar su cordura frente a la avalancha de la barbarie occidental y de la desesperación nihilista.

5

Mas la Europa del siglo XIX no se parece a la antigua Grecia en el pináculo de Pericles, ni a Roma, ni al África del norte del tiempo de San Agustín. Los grupos independientes de los tiempos clásicos sólo eran posibles cuando la propiedad, como fundamento de la sociedad, no estaba amenazada por anarquistas y socialistas que tratan de destruir la distancia entre amos y esclavos y transforman nuestra sociedad jerárquica en una canalla informe y amorfa.

Agustín pudo formar parte del grupo independiente de los maniqueos, porque su dualismo teológico de la «luz y la oscuridad» eran simplemente un tejido persa, mientras que las enormes y negras arañas del socialismo *científico* amenazan sofocar toda la cultura en la democracia de la jungla americana.

Hoy, un grupo independiente, cuando no es político y destruye todos los valores culturales, generalmente termina en un *ménage à trois*, lo que Lou propuso,

transformando a Rée y a mí en sus esclavos de amor; proposición vergonzosa que Malwida recibió con justa indignación. Sin embargo, la necesidad de la compañía intelectual y emotiva está profundamente arraigada en nuestra naturaleza humana; perder un amigo es una catástrofe mayor que la de Waterloo. Como ya he escrito: *Toda mi filosofía se bambalea luego de una simpática conversación de una hora con desconocidos; parece tan tonto tener razón a costa del cariño*.

Sólo un Anticristo como yo puede apreciar la agonía de ser duro e implacable por simple principio, robado de la camaradería del grupo independiente, el refugio soñado de Agustín donde los ermitaños del intelecto y del corazón hablaban y reían juntos, combinando así la *dulzura y la luz*, como los ingleses —Mateo Arnold por ejemplo—, y gozaban la suprema felicidad de ser completos, formados a través de la fricción de la mente sobre la mente y del espíritu sobre el espíritu.

No hay grupos independientes en nuestra era, no podemos encontrar nada a que pertenecer y nada donde aferramos, excepto a la cola del Diablo, por supuesto. Por eso hemos caído del mágico círculo de nuestra humanidad y nos derrumbamos hacia la bestia…

6

Mientras escribo esto, un loco brama en el cuarto vecino, y en mi interior bramo junto con él, clamando por mi integridad perdida, separada de Dios, del hombre y de mí mismo, estrellada en cuerpo, mente y espíritu, y anhelo dos manos entrelazadas que anuncien el gran milagro: la unidad de mi ser… ¡Oh cósmica ironía, oh, Dios-Diablo de Schopenhauer! ¡Reuní en un único sistema de pensamiento toda la sabiduría, mientras mi mente se dividía en un billón de fragmentos, desparramándose en pequeños granitos de polvorienta muerte! Busco una silla y me siento aterrorizado. ¿Quién golpea a la puerta de Macbeth? El obispo de Hippona de ojos muertos me reclama, como Dios lo reclamó a él, un pecador: *Nos habéis hecho para Ti, y nuestros corazones no reposan hasta que encuentren la paz en Ti*. No, no, ésta es una jugarreta de algún demonio que se ha refugiado en mi mente, y dispara las flechas de un dios muerto hacia mi mundo destrozado. Llamaré a un guardián. *¿Soy el guardián de mi hermano?* El viudo de Dios es perseguido por el divino fantasma a quien una vez lloró…

¡Mónica, Mónica!, ¿por qué grita el nombre de Mónica mi cerebro enfermo? Ah, es mi madre, la madre de Agustín, por supuesto. *¡Eterno Retorno!* Las entrañas me buscan para tragarme nuevamente en su inmensa nada. Mónica está muerta, la misma matriz es polvo, y así termina «nuestra dulce costumbre de vivir juntos».

7

Mas ¿si no podemos vivir juntos, cómo podemos seguir viviendo? Cuando Mamá venga con sus tortas de miel sumergidas en vinagre, le haré esta pregunta esencial de la cual dependen todas las leyes y los profetas. Vivir juntos, amar juntos: ¿es ésta la respuesta al gran enigma de la existencia? Ya es demasiado tarde: la Esfinge me ha destruido porque no he respondido a tiempo. Dionisio ha sido destrozado en pedazos por las salvajes bacantes: ¡Lama, Mamá y Lou!

Dionisio se desangra a muerte. *¡Socorro, guardias, socorro!*

8

He dicho que la mujer se ha hecho para descanso del guerrero, pero Lou trastocó mi aserto haciendo del guerrero la diversión de la mujer. Las hembras wagnerianas sólo pueden concebir la libertad en términos de relajación sexual; si es así, Mesalina era entonces la más libre de las mujeres. Mi oscura Helena es una fuerte defensora de la emancipación femenina que comienza y termina en el tocador.

Como las doncellas de Odín, hermosas y terribles en su cólera, las mujeres modernas escogen a los guerreros que están destinados a morir en el campo de batalla del amor, y sobre sus fuertes espaldas conducen al asesinado hacia Valhala, donde el heroico muerto goza de una dudosa fiesta junto a sus conquistadores. Lou, como una Walkiria wagneriana cabalga incansablemente sobre el corcel del goce erótico, y yo compadezco al flemático judío de París que debe bailar a los ritmos de «staccato» de esta hembra Centauro que golpea su vientre distendido sobre los cuerpos de sus maduros amantes.

La venganza es dulce: Rée es bien recibido por la mujer que ha hecho del recreo, en lugar de la creación, la meta de su existencia femenina, indicando así la esterilidad de la cultura burguesa que sólo puede dar nacimiento a su propia condena.

Si Lou vuelve a mí, suplicante y llorosa por mi amor, como a Dido, la desconcertaré con la respuesta de Eneas:

Cesa de excitarte y de excitarme con tus salvajes plañidos; no yo, sino mi destino exige que te abandone, cuando situada frente al templo de Venus como una sagrada ramera, un piadoso adorador se aparte de ella al descubrir a la bestia en sus abrazos.

Esto es un progreso sobre Virgilio: ¡él no hizo ninguna referencia a la ramera de Babilonia!

Las cosas existen más bien en la mente que en sí mismas, dijo Aquinas, y esto es especialmente cierto en cuanto a las cosas bellas, como novias y amantes. Mi Calipso rusa es, por supuesto, un producto de imaginación, pero precisamente por eso, habita

eternamente en mi espíritu como una hechicera de Homero o de Balzac. Si pudiera verla como una persona de carne y hueso, podría borrarla por siempre de mi memoria. Cuando se menciona su nombre podría permanecer en silencio, como corresponde a la dignidad de un filósofo; pero en cambio, actúo como un mancebo enfermo de amor, como un Romeo enterrado en la fosa común con su Julieta.

Para resucitarme debo fijar mi atención sobre Diógenes de Sinope, cuyo cínico grito: *Acuñad nuevamente la moneda*, me dio la pauta para mi propia trasvaluación de todos los valores. Al demostrar a los hombres inteligentes que el valor cultural circulante del Occidente estaba falsificado, me elevé fuera de la fosa de la mediocridad y mi mente resucitó. Ahora debo resucitar en cuerpo y en espíritu saliendo del pozo del desprecio por mí mismo, del desagrado pascaliano al pensar que una criatura con enaguas puede tirarle la nariz a Zaratustra hasta que parezca tan grande y bulbosa como la de Cyrano.

Diógenes puede ayudarme en este noble esfuerzo. ¿Qué dijo cuando el pueblo de Sinope lo condenó al exilio? *Y yo los condeno a ellos a permanecer en Sinope*. Este manicomio es un refugio para los cuerdos: yo condeno a mis enemigos a vivir en el hospicio, ¡el mundo de los filisteos!

¿Qué dijo Diógenes cuando, capturado por piratas, fue comprado en el mercado de esclavos por un ricacho cabezón?; *¡Ven y compra un maestro!*

Como filósofo mantuvo hasta el fin su dignidad humana. No es extraño que llegara a ser el ejemplo, el modelo de todas las virtudes para inmoralistas y Anticristos como Julián el Apóstata, aunque fornicó en público y escupió a la cara de su presuntuoso y afeminado anfitrión.

¡Falsificad la moneda en circulación! ¡Debo recordar esto! Sócrates, el mono burgués, obedeció la ley de la canalla de Atenas, y tomó veneno en lugar de desafiar al populacho. ¡No así Diógenes! Él se mofó de la tradición y las convenciones, anzuelo de los tontos que prefieren la compañía de los muertos que ya no protestan, y no se atreven a vivir en el peligro de un futuro de riesgos.

Enlazó las leyes de Solón como una lata a la cola de un asno y escuchó su estúpido rechinamiento mientras reía dentro de su tonel. Se sometió a una sola ley: la libertad de su propia existencia. Y sabía, como deben saberlo todos los filósofos, que el desprecio del placer es el más verdadero de los placeres.

Imitaré a Diógenes, mi gran ejemplo; el mismo Nietzsche en la gran rueda del *eterno retorno*. Viviré en su tiempo, y me repetiré una y otra vez por toda la eternidad. Escribiré a todas las rameras, casadas o no, lo que Craies escribió a su mujer Hiperquia: *La virtud llega mediante el adiestramiento y no se insinúa automáticamente en el alma como lo hace el vicio*. ¡Cómo bramarán Cósima, Lama y Lou, cuando el gran inmoralista las desvista hasta encontrar sus carnes desnudas marcadas por llagas incestuosas y adúlteras! Cada máscara será rasgada, cada propósito y cada simulación, para diversión de los filisteos cuyas caretas están tan fuertemente pegadas a sus semblantes que sus rostros ya no existen.

Sí, Ulises en el infierno seguirá el rumbo del sol hacia el reino de Helios, el Dios-Sol, donde Diógenes y Julián el Apóstata lo recibirán con alegre música, la música de Dionisio el Redentor. Saldré de esta casa de locos y viviré en un tonel con Lou, y sobre la puerta se verá escrito: *Heracles Callinicus*[51], *hijo de Zeus, habita aquí; que el mal no penetre*.

¡Ah, Diógenes, qué bien conocías la vacía caverna del charlatanismo socrático! La voz del pensamiento chilla como un ratón acorralado; no es más que el débil eco del cosmos, ¡mientras la repercusión de un cuerpo hermoso es más poderosa que todos los coros del cielo!

9

Aquí, en el manicomio, he reconsiderado mi pleito contra Wagner, y a la luz de la más límpida cordura, el sol de la razón intuitiva que sólo brilla para los lunáticos, me he convencido que ha sido mi destino quien exigió mi ruptura con el archifilisteo de Bayreuth.

He sido acusado por wagnerianos fanáticos, incluyendo a mi hermana y a Lou Salomé, de traicionar a mi Dios, como lo hizo Judas, porque siendo yo mismo Jehová, no podía tolerar otras deidades en mi cosmos privado. Es característico de nuestros tiempos, como lo sostuvo Lombroso y su escuela, identificar el genio con la locura, alimentando así la egregia vanidad de los filisteos que no pueden elevarse sobre la mediocridad plebeya.

Como soy un genio sin igual en la historia del pensamiento humano (lo digo con la debida modestia, ya que el pensamiento humano está todavía al nivel socrático de admitir su ignorancia), soy necesariamente un loco que acuchilló a su mejor amigo, Wagner, en un rapto de megalomanía. Así procede la calumnia contra mí, y no vacila en usar la espada de la patología para atravesar mi orgullo. Pero el hecho es que Wagner y yo éramos dos polos opuestos, dos finalidades, como Jerusalén y Atenas, cada una de las cuales trató de absorber el mundo del pensamiento para sí. Éramos dos planetas diferentes que chocaban en el espacio musical, y el bramido y el fuego sobrepasó el trueno y la iluminación escénica de una ópera de Wagner.

Wagner, el autócrata musical, era sencillamente un despótico Nerón que usó una orquesta completa en lugar de un simple violín para amedrentar y asombrar a los patanes. Pero Nerón, el bufón real, sólo lograba hacer reír a los simples; no eran devotos wagnerianos envenenados por el cristianismo, la religión de la muerte, y, por tanto, no confundían el simple ruido con el trueno y la pasión de la vida, la gran *Afirmación* que ruge desde el corazón de Dionisio.

Para confundir a sus crédulos, éste Cagliostro de la música abrazó el cristianismo, y aceptó la negación final de los filisteos para que ellos *no lo negaran a él*. Pero yo

no acepté esta inflada negación parecida a la rana de la fábula que se hinchó hasta un tamaño gigantesco, y luego explotó con un indecoroso ruido que sólo Rabelais se atrevió a describir con fisiológico detalle. Mediante la lógica hegeliana negué la negación y me elevé a una más alta síntesis de la música, que ya en mis mocedades reconocí en Berlioz.

El destino no puede dañarme, porque ya he comido, decía Talleyrand. En mi juventud, cenando en casa de Berlioz, me salvé de la magia de Wagner, la fiesta ilusoria donde las mesas están llenas de la voluptuosa alegría del eterno vacío. Ya que mi mayor esperanza ha sido siempre mi pensamiento más elevado de la vida —mi credo de Zaratustra—, he retornado a la cumbre de Berlioz, revestida de nubes cargadas de truenos, como una cordillera suiza animada por la energía pura de la naturaleza, muy por encima de los valles wagnerianos donde las vacas y los cerdos chapotean en el barro, el agotado patetismo de Parsifal, ¡las heces del espíritu dionisíaco!

Berlioz es el Stendhal del mundo musical, y así como Stendhal es un agudo y frío viento que purifica el ardiente desierto de las letras europeas, Berlioz es el soplo de la claridad de las montañas a través de la bruma del wagnerianismo. Yo represento en filosofía lo que Stendhal simboliza en la literatura y Berlioz en la música, y mi ruptura con Wagner fue tan inevitable como el despiadado escalpelo del cirujano que secciona la carne y los ligamentos del órgano enfermo.

Mientras Wagner aumentaba el caos de Occidente con la contribución de su musical ruido, yo cortaba el nudo gordiano de la confusión occidental haciendo esta pregunta directa: ¿Cómo puede el hombre alcanzar el poder sobre la naturaleza y sobre sí mismo, mediante la filosofía cristiana de la impotencia?

Mi Superhombre es una mezcla de César y Cristo: ¡es demasiado orgulloso para la piedad cristiana y demasiado humilde para desempeñar el papel de Calígula, y desear que toda la humanidad no tuviera más que un cuello para poderlo cortar de un solo golpe! Mi voluntad de poder nunca deseó tal fin para la raza del hombre, porque tengo una visión trágica de la vida, y ese final para el drama de la historia no es una tragedia sino una farsa sangrienta, ¡una ópera cómica de Wagner!

Berlioz puso en música a mi Superhombre. Antes de mis treinta años compuse un *Misterio de San Silvestre*, imitando a Berlioz, y mientras me aparté del gran Héctor engañado por el estruendo de Wagner, que confundí con el canto de batalla de Zaratustra, viví desasosegado hasta que volví a descubrir a Berlioz en Bizet. Su *Carmen*, como le escribí a mi amiga *Frau* Overbeck[52], carecía de la confusión y espesura wagnerianas, y tenía los claros tonos mediterráneos de Berlioz, milagro que me hizo prorrumpir en exclamaciones de entusiasmo, como un astrónomo que descubriera un nuevo planeta. Mientras fui engañado por la clarinada de Sigfrido, hacia el campo de Wagner, me sentí incómodo en presencia de aquellos «snobs» wagnerianos que trataban de ocultar su desprecio por la verdadera música empequeñeciendo al gran Héctor. Wagner lo desnudó hasta de sus prendas íntimas

musicales, pero resultó ridículo con las vestiduras prestadas del músico que compuso *La Condenación de Fausto*.

Cuando Wagner, admitiendo su plagio, dijo que Berlioz necesitaba ser completado y madurado por un poeta, *así como un hombre necesita una mujer*, se presentaba como el poético novio de Berlioz, y reveló interés en una relación incestuosa que sólo podía dar vida a un monstruo wagneriano. Por otra parte, su comparación era apropiada: los wagnerianos celebraban la libertad sexual de la nueva era, mediante los inconclusos orgasmos de los héroes y heroínas de Wagner que jamás lograron consumar su pasión y hundieron su frustración en una *Liebestod*.

Tal vez no hubiera dejado de ser un perfecto wagneriano, si mi encantadora rusa no hubiera transformado a Tautenburg en Venusburg, ya que me veía obligado a buscar la satisfacción erótica observando una pareja wagneriana en las garras de la cósmica frustración, que agita el amor hasta convertirlo en muerte. En Tautenburg, la muerte se inflamó y se hizo vida a través de la pasión de mi diosa Cipriana, cuyo wagnerianismo no pasaba de ser una etiqueta social. Una persona mundana debe ser wagneriana o sufrir la condena de ser un Ismael, como el profesor Nietzsche, ¡la prole de un salvaje garañón!

Dentro de cincuenta años, ser llamado wagneriano dará lugar a una acción por calumnias, y cuando se mencione alguna ópera wagneriana delante de personas bien educadas, se oirá nuevamente la voz de Gretchen exclamando: *¡Ángeles benditos, protegedme!*[53]

10

Cuanto más se aparta una cosa de la realidad, más pura es, más bella y buena. La única posibilidad es vivir en el arte. La vida es posible sólo gracias a sus fantasmas estéticos.

Escribí estos pensamientos desvariados cuando se me consideraba cuerdo, pero ahora que se estima que me estoy volviendo completamente loco, estoy demasiado lúcido para hacerlos pasar como la verdad.

11

Bajo la influencia de Rée, el judío, empecé a comprender que la verdad del arte reposa en el arte de la verdad, y que una mente que no se basa en las realidades de la ciencia es como el mundo hindú, el cual se alza sobre el lomo de un elefante parado

sobre una tortuga abatida en el aire cálido, generado por los estetas griegos.

El hombre estético ha de morir al fin en su propio y subjetivo mundo de los sueños, ya que pierde contacto con los dos polos del ser: el «externo» y el «interno», y se derrumba en las fantasías de los lunáticos.

Mi filosofía fue basada al principio en el arte y su terrenal apoyo en Tribschen, donde Cósima desempeñaba el papel de la ninfa Calipso, que atraía al joven Ulises sirviéndose de los cantos de sirena prestados por su maduro amante. No me aparté de Wagner, porque quería adornarlo con los cuernos que él le puso a Sigfrido. Y aunque me título inmoralista para provocar a los filisteos, como lo haría Diógenes el Cínico, soy en realidad un moralista fanático que necesita tener fe en hechos objetivos para mantener mentalmente sano al mundo. En consecuencia, reconstruí mi filosofía sobre la verdad científica, y me aparté del órfico culto del wagnerianismo, enlodado en la sangre de los toros, y que confunde la histeria con el arte.

12

Cósima fue la primera mujer que me reveló a mí mismo, así como el primer hombre fue el rey loco Ludwig, el perfecto wagneriano. *El rey*, vociferaba Wagner, refiriéndose a su loco protector, *es capaz de dar vuelta al mundo cabeza abajo*. Esto es lo que yo temía cuando me hallaba a su lado. Un gobernante que abandona la política por el arte, y ahoga su melancolía en el desvarío subjetivo del wagnerianismo, está destinado a este fin, donde yo estoy, la casa de orates.

Es verdad, como Sócrates afirma, que la gran mayoría de los hombres viven de sombras y apariencias, pero un rey que vive de ilusiones estéticas, que construye reales e imaginarios castillos en el aire, como lo hacía el monarca bávaro, convierte sus dominios en un reino de confusión, como este manicomio. Ya que mi destino era llegar a ser el emperador del intelecto europeo, el Napoleón de la filosofía, no podía inclinarme junto al loco Ludwig y besarle los pies al papa Wagner. La cara de Ludwig reflejaba mi quebranto mental y huí de Bayreuth, donde el rey y Wagner cometían desenfrenos sobre el cadáver de la cordura.

13

Cuando vi a Cósima por última vez, me miró con tanto amor y dulzura como las últimas notas del preludio de Parsifal, pero tuve que sacrificarla en el altar de mi orgullo humano y superhumano.

Apasionado amante del saber, fui de pronto desarmado por el gran «enigma», la «mujer», y me convertí en su esclavo de amor. Le hacía reverencias y me inclinaba ante ella, hacía recados, ejecutaba pequeños menesteres, y cumplía así sus deseos de empequeñecer al hombre en mí. Como era una verdadera wagneriana, su pasión amorosa se volcaba sobre sí misma y tomaba la forma de un deseo letal de humillarme, de destruirme y aniquilarme como hombre, y poder conducirme así sobre su desnuda espalda hacia el paraíso walkiriano de la dominación femenina.

En la furia amorosa de su cara vi reflejado el nihilismo de nuestro tiempo que ama para destruir y destruye para amar: al perder contacto con el «misterio del ser», el «milagro del yo» que se extiende en el universo para alcanzar el poder y la grandeza hasta parecerse a Dios en sus anhelos, trata de aplastar el ego bajo el talón de su vehemencia homicida.

Díjome Wagner una vez, que me situaba en su corazón entre Cósima y su perro, en otras palabras, entre dos perras. Huí de esta perra-diosa mía, como huí del rey loco y del mismo Wagner, porque mi amor por la sabiduría me llevó a la sabiduría del amor y descubrí, gracias a Cósima, que la «muerte» y no Dionisio reinaba en Tribschen, la muerte que finalmente gimió en Parsifal: *¡Muerte, morir, gracia suprema!*

Lo que perdemos, lo poseemos por siempre[54], y si he perdido el amor de la mujer a causa de mi implacable contemplación en el gran misterio de Eva, la poseo eternamente en mi alma, perdonando sus pecados, como lo hizo Adán. Y en tanto yazco aquí, enterrado en vida, en mi soledad, sintiendo la caverna de mi cráneo, como la de César, sólo puedo *afirmar* lo que he escrito:

¿Qué importa lo que lleguemos a ser, si un minuto de tal desprendimiento nos da por fin la pureza de la visión en la cual las cosas se ven fuera de la luz coloreada por nuestra desilusión, nuestra lasitud, nuestra codicia o nuestro entusiasmo?

¿He perdido el honor porque las mujeres me hayan traicionado por debilidad, o yo he traicionado mi propia fuerza al procurar el poder de la verdadera sabiduría, el único que puede salvarnos de acercarnos a nuestra sentencia? ¿Estoy completamente condenado por estar aplastado bajo la ateniense muerte en el llano de Maratón? Permítase a Demóstenes, el elocuente defensor del honor ateniense, que pronuncie su oración fúnebre sobre mí: «¡No, no has claudicado, Federico Nietzsche! ¡Hay nobles derrotas, como hay nobles muertes, y tú has muerto noblemente! *¡No, no has claudicado!* Lo juro por los muertos sobre la llanura de Maratón».

Lo juro.

¡Lo juro!

14

Debiera haber vivido con una hembra muda, como la de Heine, bruta y sin mente, sin otra cosa que la capacidad de adoración, ¡una perra que adora a su dueño! ¡En cambio, busqué una Aspasia que tomó en serio mí filosofía, como una educada Calipso que discutió a Hegel, Schopenhauer y Tolstói entre violentos actos de cortesanía, agotando a su Ulises con su amor y su erudición!

¡Y ahora mi bella ninfa ha dejado su cueva en Tautenburg, donde la alta cama damasquinada se llena de telarañas, mientras ella, en París, bebe y canta con su judío su *Himno a la Vida* que yo adapté a un coro! Pero ¿por qué me he de entregar yo, aunque sea un total insano, al crimen wagneriano del antisemitismo a causa de que Rée haya ganado el afecto de la mujer que amo? Wagner premió a sus amigos calumniándolos, como calumnió a Meyerbeer, trastrocando así la oración de Job: *Aunque confió en mí, he de destruirlo*. Al estar completamente loco, no puedo permitirme la trampa del cebo de los judíos que constituye el lujo de los cuerdos filisteos, quienes, desde Apión, el estoico filósofo, han utilizado el pensamiento para traicionar a la razón, como lo hacen los arios wagnerianos.

Es por eso que Heine, asqueado, huyó de Atenas hacia Jerusalén, donde no hay filósofos enfermizos que yacen como capullos de gusano de seda sobre la rama muerta de la vida, capullos entretejidos por fútiles hilos dialécticos, vacíos telares de la mente que no tienen contacto con el exuberante vivir. ¡Cómo hubiera despreciado Josué —el judío que se atrevió a desafiar a Dios y a detener el sol— al socrático Platón y a Aristóteles!

Los fariseos judíos sabían cómo combinar el pensamiento con la alegría, las ideas con la acción, practicando la *hazaña* goethiana, cuando los israelitas decadentes, desangrados por su hebraísmo, coronaron su agotamiento asumiendo la cruz de Cristo.

Un judío orgulloso como Heine sólo puede considerar con horror su forzado bautismo, y su helenismo se extendió únicamente a sus diarias visitas al templo de Venus. Mas Venus con sus brazos quebrados no pudo ayudarlo en su agonía final: lo traicionó como me traicionó a mí, y tengo, igual que Heine, un respeto mayor por Jehová, el Dios Trueno, que no puede ser desleal a menos que traicionemos a la *vida misma*, y asume la cruz del agotamiento, la carga de la desesperación nihilista junto a Wagner y Schopenhauer.

15

Siempre he tenido una secreta admiración por los primeros padres católicos, cuyo viril hebraísmo explotaba como truenos desde las pardas nubes de su teología cristiana, los intoxicantes vapores del misticismo neoplatónico de San Pablo. En los tiempos de Crisóstomo atrevíanse los cristianos a irrumpir en el hermético sistema

del racionalismo griego batiendo los muros del pensamiento helénico con los arietes de Jerusalén.

Probaron, como lo hice siglos después, que la filosofía griega era la enfermedad de la decadente Helias, cuyos ojos estaban fijos en la vanidad y sus pies hollaban las desiertas arenas del nihilismo, persiguiendo el espejismo de la razón abstracta, mientras en el Sinaí tronaba la «acción» tanto como el «pensamiento», y lograba así que la justicia no fuese un juguete de los filósofos sino el eje de la vida práctica. El hebraísmo de San Agustín fundó la ciudad de Dios en medio del caos del mundo: Jerusalén fue arrastrada de los cielos en una furia de apasionado anhelo…

¿Dónde estaba? Comencé con una muchacha y terminé con la ciudad de Dios. Tal vez son una misma cosa. ¿No situó Salomón a Jerusalén en el cuerpo de su amada?

16

Buckle ha hecho notar dos *trampas* de la historia: el fatalismo de raza y el legendario fatalismo de los grandes hombres providenciales. Fue *Fraulein* Salomé quien me inició en las nociones democráticas del historiador inglés que se coloca del lado de Michelet contra el racismo de Taine y de Gobineau. *Fraulein* Salomé, en connivencia con su amigo judío Rée, derribaron dos pilares del sostén de mi cordura: mi orgullo de raza y la convicción de que soy una fatalidad, eje de gravedad en la historia del mundo.

Bajo su influencia positivista escribí *La alegre sabiduría* y *Humano, demasiado humano*, y traté de asentar mi filosofía en el racionalismo científico antes que en los descubrimientos intuitivos de los estetas griegos.

En cierto sentido la acción de Lou era inevitable. La naturaleza conspira junto a la mujer para reducir la estatura de un superhombre a las proporciones de un enano. ¡Ningún hombre es un héroe para su criado, y ningún filósofo puede ser una fuerza cósmica para su querida que lo observa desnudo con todos los estigmas del mono peludo! En la caverna de Calipso, un polaco de sangre noble que se llama a sí mismo Nietzsche, no se diferencia del necio aldeano que escupe jugo de tabaco sobre su blusa y defeca a campo abierto. Sobre su alta cama de seda todos los hombres son iguales, el derrumbado Ulises y el idiota farfullante que ha perdido toda meta o propósito en su vida.

El pensamiento se extiende, pero cojea, dijo Goethe. ¿Qué he sido en los brazos de Lou sino un baldado intelectual, llegando a la horrible conclusión de que toda ciencia, así como todo el arte es la racionalización subjetiva de los hombres de mente fuerte que piensan en relación a su nación, su raza o su clase? Mi filosofía aristocrática ha sido sólo la máscara con la cual cubrí mi sensación de humillación al pensar que las mujeres nos llevan de las narices, a su capricho, y que en su presencia

sólo he sido un niño malo: ¡César con el alma de un párvulo en pañales!

Y como había caído en la fosa pirronista de la duda absoluta, como Descartes, me aferré con ansiedad a la protectora mano de Lou, que a los veinte años ya pudo disecar la falacia básica del pensamiento cartesiano.

Pienso, luego existo, coloca el carro delante del caballo, como lo sabe toda mujer que haya sentido vibrar la vida en sus entrañas o que en medio de su frenético erotismo haya ansiado la concepción, aunque como Lou, no desee conscientemente ningún hijo.

Pienso, luego existo, el hecho existencial que con su gran sensatez los judíos comprendieron al llamar a su Dios: el gran YO SOY. Esto es lo que me enseñó Lou con el desnudo ritual de su apasionado cuerpo.

Mi discípula se convirtió en mi maestra, ¡el dios de la ironía logró un triunfo perfecto! Ella me inspiró la idea de Zaratustra. Mi poema más grande celebró nuestra unión, y nuestra trágica separación cuando el Cristo que había en mí emergió del César interior, y traté de recuperar mi sentido del poder blandiendo un martillo filosófico con el cual destrocé todos los ídolos, excepto el ídolo de yeso de mi pequeño ego.

17

Como las religiones clásicas que son reliquias de la alborada de las edades previas a la moralidad, la femenina religión del amor sexual —*el culto de Afrodita*— recuerda a los hombres su herencia biológica, su cuerpo, y mientras lo poseen, su mente y su alma vuelven a él en la grandiosa trinidad uniforme del orgasmo.

Este misterio dionisíaco que sólo pude captar en la teoría filosófica se convirtió para mí en un hecho palpable cuando Lou, con una simple palabra o un gesto, ponía en tensión los resortes de mi ser erótico. Y en lugar de estar *fuera* de mi cuerpo como un actor que obliga a su disfrazado ser a moverse en un escenario, dirigiendo sus acciones como el que maneja una marioneta, estaba *dentro* de mi cuerpo, sin asombro ante los gestos eróticos de una mujer para la cual el fuego central es el sexo, y el intelecto su agresiva llama incandescendente. El brillo de Lou, a diferencia del mío, no derivaba de su cabeza, sino de sus caderas y de la eléctrica energía de su carne vibrante y elocuente. Hasta su obscena charla tenía un sabor salado, haciendo que mis epigramas al modo de Salustio, sonaran como las sátiras insípidas de Lutero.

Siempre he insistido en que no tengo pasta para la enemistad, en especial ahora que veo a Lou a la luz de las llamas de mi propia pira funeraria. La amé entonces y la amo ahora. Hago duelo por la pérdida de una mujer bien amada que era virtuosa porque estaba por encima de la virtud, y era misericordiosa porque estaba más allá de la misericordia, y logró devolverme la verdadera unidad de mi ser.

Así como le dije a Overbeck, cuando le rogué que hiciera algo drástico, porque la conducta de mi hermana respecto a Lou me estaba volviendo loco, no tengo nada que censurarle a este ciclón ruso que arrasó mi panorama psíquico con la furia curativa de la naturaleza, que destruyó todo, pero me encendió con la urgencia de construir nuevamente cuando estuviera bastante fuerte para remover mis ruinas… *¿Pero estaré alguna vez suficientemente fuerte?*

He renunciado a la venganza y al castigo, he reprimido mi naturaleza vengativa, mi furia demoníaca que derivaba de haber construido mi vida, a imitación de los antiguos griegos, dentro de los confines de lo finito, y cuando me enfrenté con el infinito misterio, el enigma de la mujer, llegué a asustarme y, por lo tanto, me colocaba en una posición de cólera defensiva.

Parafraseando a San Pablo, digo: «Yo, y sin embargo no yo, sino el Dios de Spinoza habita en mí», el Dios que ve todas las tragedias a través de los ojos de la eternidad, donde el cólera y el mal del momento se transforman en el amor y el bien de los siglos. *Comprender es perdonar*.

Ésta es la verdadera moral, la verdadera virtud. Como dijo el poeta Lucilio, el amigo de Escipión: *La virtud existe para permitir apreciar el verdadero valor de las cosas entre las cuales vivimos*.

Grabemos la marca de la eternidad sobre nuestras vidas.

Vivamos de modo que deseemos vivir eternamente; éste es mi credo, ayer, hoy, mañana y los días anteriores que sigan a mañana.

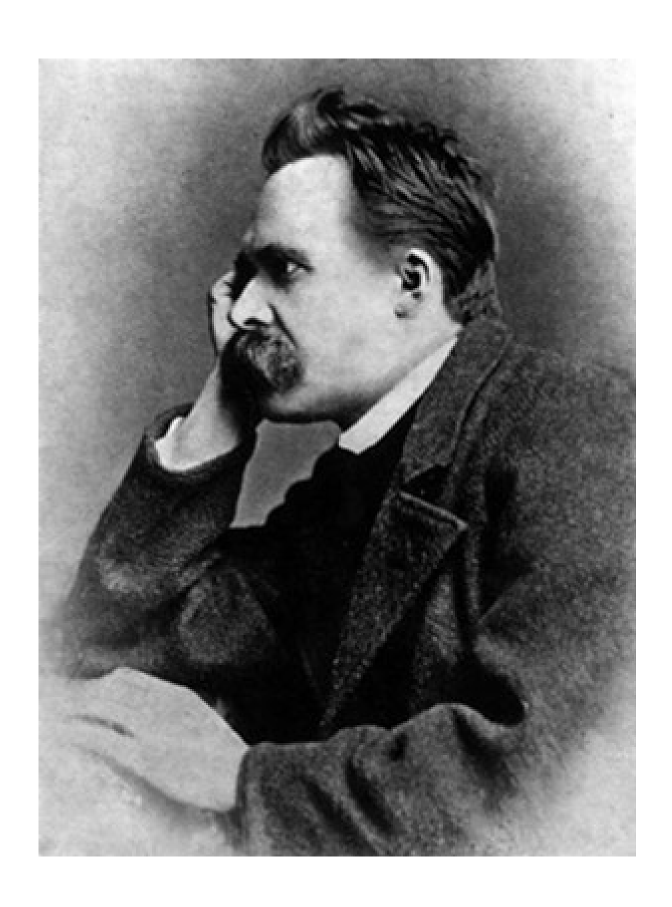
EPÍLOGO

INVOCACIÓN A ELLA

Vengo a ti esta noche
Madre de Dios
que sonriente pendes sobre mi cabecera
Madre del Dios que no he reconocido en la niñez y ni ahora lo admito, en estos momentos de horrible humillación.
Óyeme, porque la madre que me prohijó nunca llegó a ser mi madre.
Debo tener una madre esta noche o dejar de ser yo mismo.
Aunque la imagen con que se identifica este lecho andrajoso y maloliente fuera la de un limpiabotas.
Me arrastraría ahora ante ella de rodillas y manos
clamando por la compasión que necesito para proseguir esta jornada vacilante y perseverante predestinada.
Si compasión alguna queda en el mundo
(y por qué no la habría, si tan poco ha sido ofrecida desde que por vez primera fue volcada al infinito)
debe estar contenida en alguna imagen
casualmente dejada para que la halle y la venere yo esta noche.
Me he proyectado hacia adelante en esta fantástica red de paz hipotética
he cerrado mis ojos fuertemente a las cosas hechas para ser vistas y aquellas supuestas de permanecer invisibles.
Mírame cerrar mis ojos
como el infante Samuel frente a la poderosa mano del Señor al descender sobre su frágil hombro
como el infante Samuel refugiándose tras las anchas espaldas de Elí, el amo
como el infante Samuel frente a la poderosa mano del Señor al descender sobre su frágil hombro.
Un sonido llegó a mí desde el fondo de la noche
como el ladrido de un perro.
Llegóme por vez segunda
y una tercera vez
cuando por tercera vez llegó supe por su
suavidad que debía ser la voz verdadera
y que me estaba destinada.
Me llamaría nuevamente la enronquecida garganta con los reclamos de las voces sin sonido que me rodean
y sobre qué camino sin senda deberé recorrer la larga distancia a ninguna

parte
con mi pasaporte escrito en tinta desvanecida y sellado con la sangre de su patriarca que vivió su vida entera de aceitunas negras…
Algo sucedió entonces en la confusión del tiempo y del espacio en que giré febrilmente
que parecía traslucir el último acto de gracia.
Desperté y yacía sobre mi vientre
los ojos forzados hacia tu imagen sobre mi lecho
aliviado del delirio
y elevé mi discurso silencioso a la más gentil de las deidades.
No podría sobrevivir nuevamente a la sensación de su poderosa mano sobre mi hombro fatigado.
¿He hecho algo que el más humilde gitano no haga cada día y cada noche de la semana?
Comí pan de maíz y mis labios lo gozaron.
Observé el césped como si hubiera crecido para mi único deleite
y fue conmigo como fue con Job
cada dificultad debía ser colmada
las anteriores se mantenían
un viejo dilema siempre me recordaba uno nuevo.
He declarado ser un espíritu libre ¿debo por ello ser observado con rigor?
He declarado ser enemigo de todas las iglesias y de todos los sacerdotes
recordadlo para mi honor.
He clamado contra la tendencia democrática de mi tiempo que transforma a la humanidad en una menguada Chandala[55]
¿hubieran preferido que callara algo
tan reprensible?
He negado el valor de todos los valores de la humildad y exigí una nueva tabla de aquellas virtudes naturales que al hombre mantienen erguido
¿hubiera sido honorable no hacerlo?
He señalado a la Naturaleza como una deidad tan falsa como Dios, y he demostrado que es más acertado suponer que el universo sólo es dirigido en sus momentos más oscuros
todo mi corazón se consagró a esto.
He desollado a todos los amantes del statu quo
y ojalá los reclame el diablo, su amigo, para sí.
Con toda la fiereza que poseo me he pronunciado contra la falacia fundamental del razonamiento, que es la Negación susceptible de transformarse en la Afirmación, y la Afirmación en permanente peligro de convertirse en la Negación
si no es así, ¿para qué tenemos los ojos?
Abrazad cualquier fe, por ello he abogado, pero tan pronto como podáis tener un respiro, rebelaos, pues es tan necesario rebelarse como mantenerse

vivo
y aun espero de ti que me sonrías
Sólo hay una decadencia, creedlo, la relajación constante de la voluntad
ya mis rodillas no me sostienen



FRIEDRICH WILHEM NIETZSCHE (Röcken, cerca de Lützen, 15 de octubre de 1844 - Weimar, 25 de agosto de 1900). Filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores contemporáneos más influyentes del siglo XIX.

Realizó una crítica exhaustiva de la cultura, la religión y la filosofía occidental, mediante la deconstrucción de los conceptos que las integran, basada en el análisis de las actitudes morales (positivas y negativas) hacia la vida. Este trabajo afectó profundamente a generaciones posteriores de teólogos, antropólogos, filósofos, sociólogos, psicólogos, poetas, novelistas y dramaturgos.

Meditó sobre las consecuencias del triunfo del secularismo de la Ilustración, expresada en su observación «*Dios ha muerto*», de una manera que determinó la agenda de muchos de los intelectuales más célebres después de su muerte.

Si bien hay quienes sostienen que la característica definitoria de Nietzsche no es tanto la temática que trataba sino el estilo y la sutileza con que lo hacía, fue un autor que introdujo, como ningún otro, una cosmovisión que ha reorganizado el pensamiento del siglo XX, en autores tales como Martin Heidegger, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Gianni Vattimo o Michel Onfray, entre otros.

Nietzsche recibió amplio reconocimiento durante la segunda mitad del siglo XX como una figura significativa en la filosofía moderna. Su influencia fue particularmente notoria en los filósofos existencialistas, críticos, fenomenológicos, postestructuralistas y postmodernos, y en la sociología de Max Weber. Es considerado uno de los tres «Maestros de la sospecha» (según la conocida expresión

de Paul Ricoeur), junto a Karl Marx y Sigmund Freud.

Notas

[1] *Frau* Foerster sólo volvió a Alemania en los últimos tiempos del confinamiento de su hermano en Jena. El elemento «tiempo» está contundido más de una vez. (Nota del traductor inglés). En lo sucesivo [N. del T. I.] <<

[2] Lou Salomé (1861-1937), desde su matrimonio con Fr. C. Andreas en 1887, firmó Lou Andreas-Salomé. Escritora de origen ruso, trabó conocimiento con Nietzsche en Roma en 1882 por mediación de Malwida von Meysenburg. Fue también amiga del poeta Rilke, sobre quien escribió un libro publicado en Leipzig en 1928. Las relaciones entre Lou Salomé y Nietzsche son hasta la fecha un capítulo oscuro en la vida de estos dos personajes, y aún se da por tendenciosa la información que contiene el libro *Das Leben Fr. Nietzsche*, de la hermana del filósofo. En la obra de la misma Lou Salomé, *Friedrich Nietzsche in seinen Werken* (Viena, 1864), se reproducen algunas cartas que no aluden a las relaciones personales entre ambos.

En 1912, Lou Salomé, a los cincuenta años de edad, viajó a Viena, donde se dedicó al psicoanálisis, trabando amistad con Sigmund Freud.

Falleció en Gotinga en 1937. Es autora de numerosos ensayos sobre psicoanálisis, entre los que merecen destacarse los dedicados a los problemas sexuales de la mujer. [N. DE LA T.] <<



[3] Despierto, desciende del otro lado del sueño. De las *Contemplaciones*, de Víctor Hugo. <<

[4] Apodo que daba a su hermana. [N. DEL T. I.] <<

[5] Señor profesor. <<

[6] En *Así habló Zaratustra*. <<

[7] Naturalmente, la referencia es a Cósima Wagner, a quien Nietzsche asociaba con Ariadna en sus *Ditirambos dionisíacos*. Llegó de Turín la última nota trágica del Nietzsche insano: *Ariadna, os amo, Dionisio*. Y cuando fue llevado al asilo por su fiel amigo Overbeck, dijo a los médicos con resignada calma: «Es mi mujer, Cósima Wagner, que me ha traído aquí». Nos enteramos por primera vez a través de la confesión de Nietzsche que su relación con Cósima fue algo más que espiritual, y que su ruptura con Wagner fue fatal, pues lo separó de la querida presencia de su adorada, irresistible e indestructible Cósima. [N. DEL T. I.] <<

[8] Antoinette Poirier en *El yerno de monsieur Poirier*. <<



[9] Llegará un día que de los pequeños y de los grandes se hará nuevamente una sola masa. <<

[10] La igualdad es el único vínculo seguro del amor. <<

[11] Lo creo porque es absurdo. <<

[12] La frase es de Stendhal. [N. DEL T. I.] <<

[13] La hermana de Nietzsche. [N. DEL T. I.] <<

[14] La cita es de San Pablo. [N. DEL T. I.] <<



[15] Sálvame, y salva a tu imagen de mi alma. (Nietzsche cita la versión cristiana de Goethe en *Ifigenia*). <<

[16] Nietzsche, como Mateo Arnold, identifica a los *filisteos* con la clase media, uniéndose de este modo a Carlyle, Ruskin y otros críticos Victorianos de la democracia burguesa, la falange *tory*. [N. DEL T. I.] <<

[17] Nietzsche se refiere, por supuesto, a Paul Rée y no a San Pablo. <<

[18] Marco Aurelio. <<

[19] ¿Se trata de un fragmento de Aristófanes? <<



[20] Cae el telón, la representación termina. Mi espíritu era la lúgubre luz. (Nietzsche cita al Heine agonizante en quien encontró un íntimo parentesco espiritual). <<

[21] La ignorante y rústica mujer de Heine, que sólo lo conoció a través de su sufrimiento. La ironía de Nietzsche alcanza el punto máximo de la sensibilidad. [N. DEL T. I.] <<

[22] A este punto es obvio que Nietzsche está loco, aunque bastante cuerdo como para entremezclar a su hermana en las redes de su locura, lo que hace sospechar que su «obvia» demencia puede ser un subterfugio, una de las tantas mascaras que usó para esconder sus terribles pensamientos. Se dice que la madre de Nietzsche confiscó muchas de estas «irracionales» manifestaciones, producto de una mente alterada. [N. DEL T. I.] <<

[23] Héroe de la obra *Los Acarnienses*, de Aristófanes. <<

[24] ¿Guardias del asilo? <<

[25] El odio de Nietzsche por la cerveza, que constituye una herejía para el alemán genuino, está asociado aquí con el veneno mortal del suicidio del mundo. [N. DEL T. I.] <<

[26] El manuscrito está aquí en tan malas condiciones que la nacionalidad del escritor, y la cita que Nietzsche da de él, no puede descifrarse con exactitud. Al principio se supuso que hacía referencia a un artículo de John G. Robertson, pero la fecha de su aparición, 1898, hizo desechar esta conjetura. [N. del T. I.] <<



[27] Hombre, ¿dónde está tu senda? Demasiado buena para la ventura, demasiado vil para ser divina. <<

[28] En *Colomba*. [N. DEL T. I.] <<



[29] Nietzsche está en un error: fue Thackeray quien hizo esta observación en su *Feria de vanidades*. [N. DEL T. I.] <<

[30] Cada ser humano tiene una locura. <<

[31] No es posible que todo concepto sea siempre superado. <<

[32] *En Más allá del bien y del mal*. [N. DE LA T.] <<

[33] Comparad el aforismo de Nietzsche: *La vergüenza de la propia inmortalidad es uno de los peldaños de la escalera que conduce al ser humano a avergonzarse también de su propia moralidad*. [N. DEL T. I.] <<

[34] Juan Schoreel, el romántico amante de *madame* Pichler. *Madame* Pichler, célebre literata alemana, murió en 1843 a los setenta y cuatro años. Seguramente Nietzsche ha de haberla leído en su juventud. [N. DEL T. I.] <<

[35] Se dice que Nietzsche dijo a Wagner: Es a causa de la compañía de mi hermana, ya que expande un vigor a su alrededor que induce al hombre a reconciliarse con el mundo. [N. DEL T. I.] <<

[36] Referencia a Cósima Wagner. [N. DEL T. I.] <<

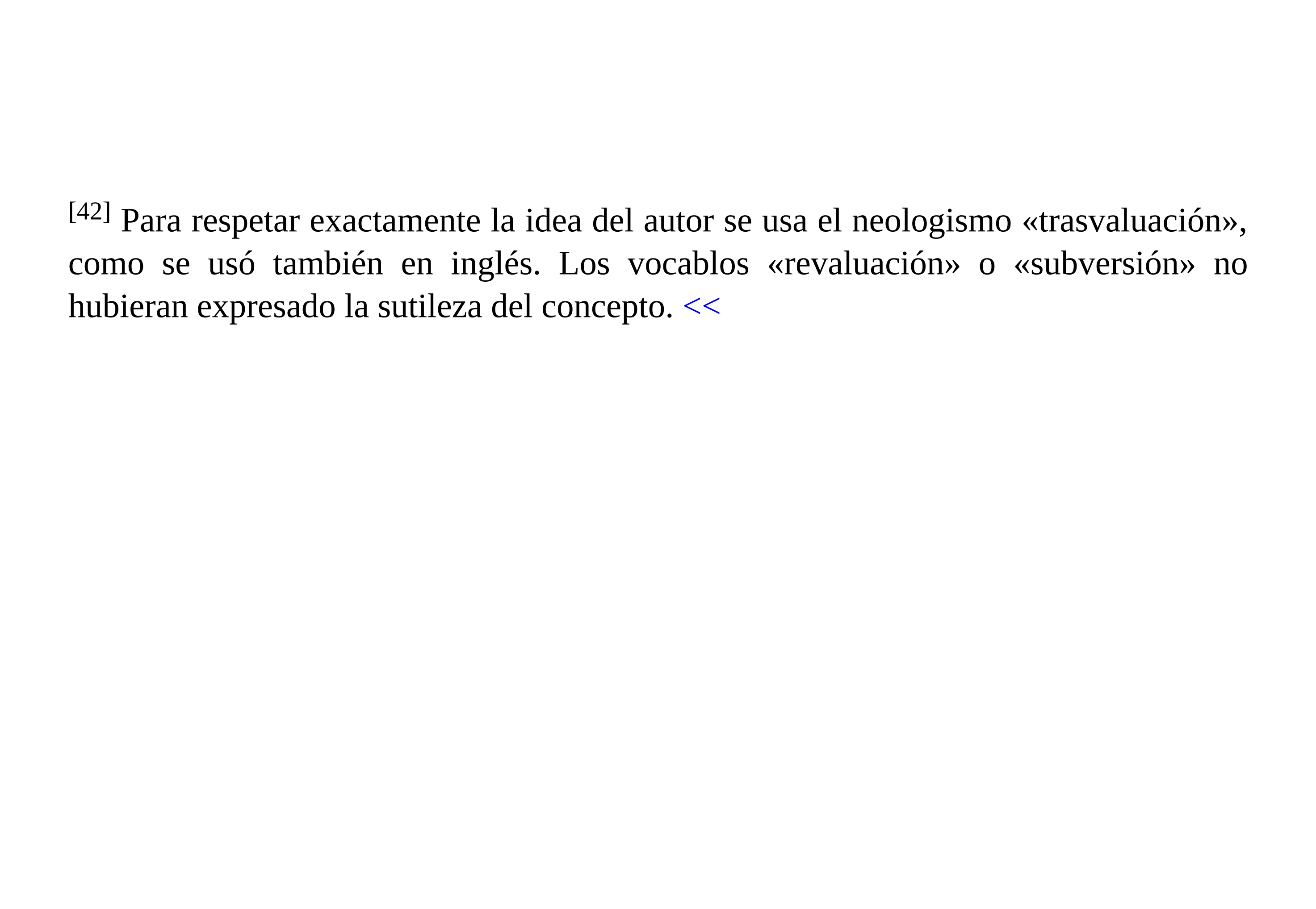
[37] ¡Más luz…! ¡Más luz! <<

[38] Muerte de amor. <<

[39] *Schleiermacher* en el original. El autor utiliza el juego de palabras. <<

[40] En *Humano, demasiado humano*. <<

[41] Cita de *La alegre sabiduría*, de Nietzsche. <<



[42] Para respetar exactamente la idea del autor se usa el neologismo «trasvaluación», como se usó también en inglés. Los vocablos «revaluación» o «subversión» no hubieran expresado la sutileza del concepto. <<

[43] Cósima Liszt era la esposa de von Bülow, director de orquesta, que con Liszt fueron los mecenas de Wagner. Éste le «robó» la mujer a su amigo Bülow y la hizo su querida. La misma hazaña la repitió con otro de sus protectores, en Suiza, que le financiaba la puesta en escena de sus óperas. [N. DE LA T.] <<

[44] Nietzsche escribió *Aurora* en Venecia, influido por el positivismo de Rée, pero no había conocido todavía a Lou Salomé, amiga de Rée. Ella le fue presentada por Malwida von Meysenburg, la casamentera solterona, quien probablemente desconocía el origen de Lou. [N. DEL T. I.] <<

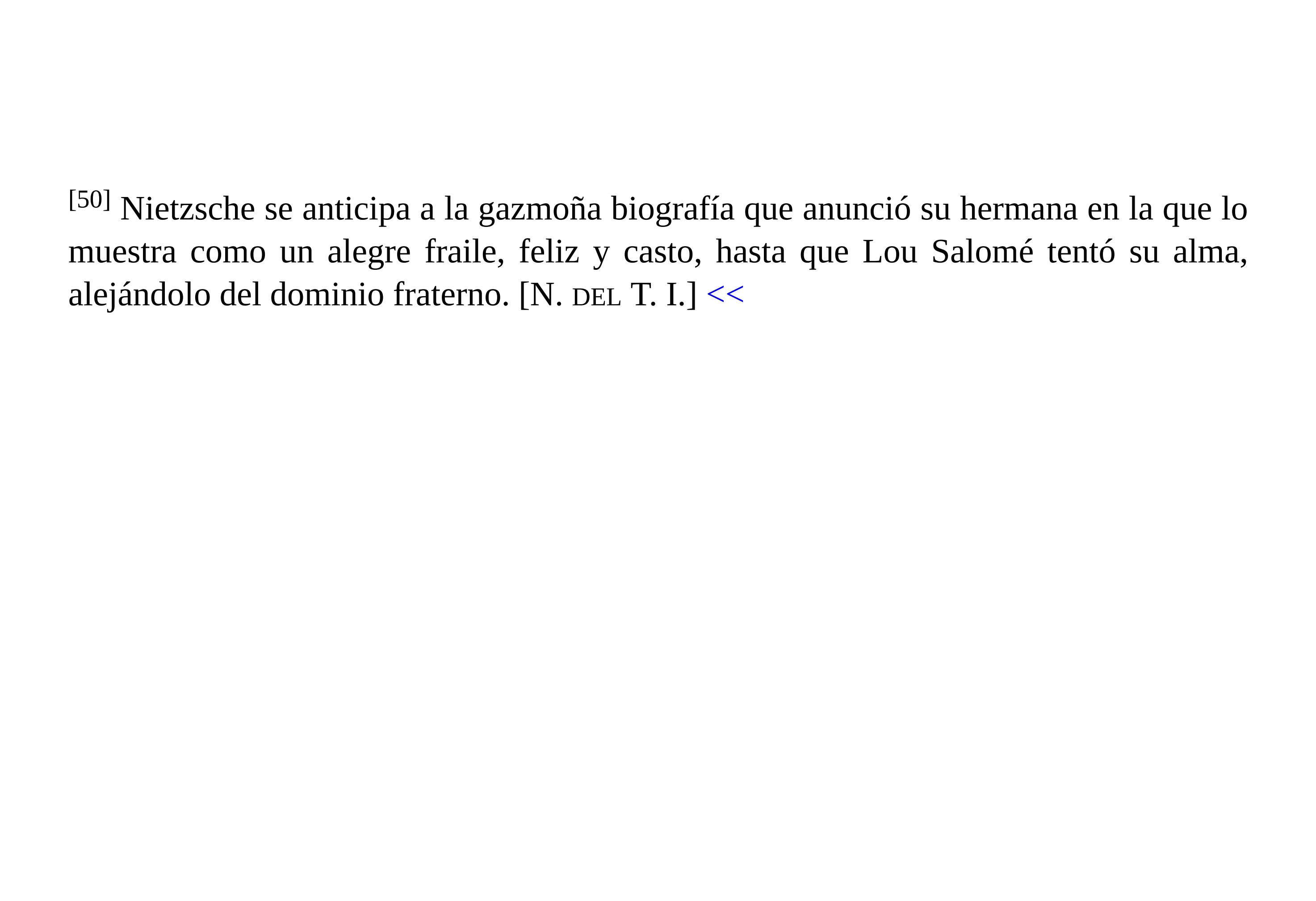
[45] Nietzsche insiste sobre el origen religioso y racial de Lou Salomé. Pese a su odio al antisemitismo, era demasiado hijo de su tiempo para no retroceder horrorizado ante la idea de que una judía lo hubiera contaminado con la herejía democrática. [N. DEL T. I.] <<

[46] Comparad la famosa expresión nazi: «Cuando oigo la palabra “cultura” empuño mi pistola». Thomas Mann hace notar que Spengler nazificaba y bestializaba a Nietzsche, reduciendo su Superhombre a un vulgar soldado de Tropas de Asalto, un salvaje cuya fuerza sólo reside en sus músculos y su ametralladora. [N. DEL T. I.] <<

[47] La mente de Nietzsche se ha sumergido profundamente en el loco laberinto de culpabilidad, al pensar en la muerte de su madre y la «vergüenza» de su hermana. [N. DEL T. I.] <<

[48] El incidente fue referido por Livio en su *Historia de Roma*. Nietzsche olvida que los romanos tenían la elección de Hobson de morir o rendirse y optaron por la última, entregándose así a merced del conquistador. Nietzsche inventa una tercera alternativa: ¡seguir batallando! [N. DEL T. I.] <<

[49] Nietzsche es ahora el *pequeño pastor* que defiende ¡contra sí mismo a Lutero! <<



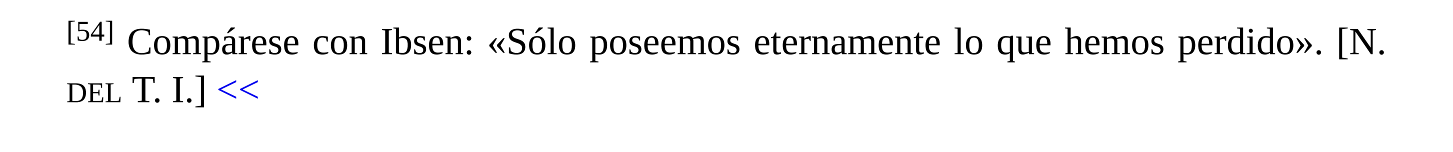
[50] Nietzsche se anticipa a la gazmoña biografía que anunció su hermana en la que lo muestra como un alegre fraile, feliz y casto, hasta que Lou Salomé tentó su alma, alejándolo del dominio fraterno. [N. DEL T. I.] <<

[51] Inscripción antigua que se colocaba sobre las puertas de las casas de los hombres recién casados. El patético esfuerzo de Nietzsche para alejar de su cerebro al demonio de Lou, prueba su fracaso, ya que necesita tenerla en su tonel paradisíaco; el eterno Adán con su eterna Eva. [N. DEL T. I.] <<

[52] En realidad, Nietzsche le escribió a su amigo Peter Gast, pero su confusión de Gast por *Frau* Overbeck es una revelación psicológica interesante, porque fue precisamente *Frau* Overbeck quien urgía constantemente a Nietzsche a liberarse de la prisión psíquica a que lo sometían su madre y su hermana, dos mujeres que lo confinaron en la patología. [N. DEL T. I.] <<



[53] Wagner ha perdido ya predicamento entre los melómanos del mundo. ¡Nietzsche no fue mal profeta! [N. DEL T. I.] <<



[54] Compárese con Ibsen: «Sólo poseemos eternamente lo que hemos perdido». [N. DEL T. I.] <<

[55] Nombre hindú para las castas más bajas de la India. <<